

# YO TAMBIÉN *paso* DE TI



*Ariadna Baker*

YO TAMBIÉN  
*paso*  
DE TI

Primera edición.

Yo también paso de ti.

Ariadna Baker.

©Enero, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

Capítulo 21

Epílogo

# Capítulo 1



Me asomé al escaparate y efectivamente, ese era el vestido que usaría para la fiesta del día siguiente. Sin duda, amor a primera vista.

Entré a la tienda sonriente. Conocía a las dependientas, ya que era una clienta fiel de esa firma de ropas.

—Hola, Mikaela —se acercó sonriente la encargada.

—Hola, Brenda —la besé.

—¿Alguna idea de lo que buscas?

—Totalmente. El vestido color cereza que hay en el escaparate.

—Buena elección, ahora mismo te lo saco —me hizo un guiño.

Le eché una visual a todo lo que había allí. Unos zapatos llamaron mi atención. Para el vestido debía ir perfecto.

—Aquí tienes el vestido y esos zapatos le irán genial.

—Sí, eso estaba viendo. Me voy a probar las dos cosas.

—¿Qué tal llevas la fiesta?

—Pues bien. Ya está todo preparado, ya sabes cómo es mi padre —volteé los ojos.

—Celebra cada uno de tus cumpleaños como si te casaras —sonrió.

—Efectivamente y cualquiera se opone —resoplé riendo.

—Lo hace con mucho cariño. Sabes que eres la niña de sus ojos.

—La única que tiene —reí y me metí en el probador.

Me probé el vestido y me quedaba genial: mangas muy cortas, escote ligeramente pronunciado. Quedaba ajustado y desde la cintura hasta la rodilla en plan princesa. Además, llevaba en la cintura una especie de lazo de brillo que lo hacía de lo más *cuqui*.

Abrí la puerta para que me viera Brenda.

—Espectacular —se puso las manos en la boca — Impresionante, está hecho para ti.

—Pues sí, me encantó, este es el mío —aplaudí emocionada.

Me volví a cambiar y le entregué los zapatos y el vestido.

—Te lo pongo en uno de estos sacos tan *cuquis* que me acababan de llegar.

—Gracias, Brenda —le di un beso y salí de allí.

Me fui paseando hacia el centro de la ciudad. Adoraba Florencia. No podía conocer más fortuna que la de haber nacido en un lugar así. Aparte, vivía en una buena casa con jardín. Mi padre era uno de los actores de novela más famoso del país. A sus cincuenta años, tenía enamorado a todas las féminas.

Mi historia era un poco triste, pero me sentía afortunada. Cuando yo nací, mis padres tenían veintitrés años. Mi madre también era actriz, pero dos años después perdió la cabeza por un actor de Hollywood y nos abandonó sin pensarlo. Al lado de él solo viviría dos años más, ya que murió a causa de una sobredosis. No tomó buen camino junto a ese hombre y nueva vida.

Mi padre se dedicó a su carrera y a mí. A los casi veintisiete años, que cumpliría al día siguiente, solo tenía muchos recuerdos bonitos a su lado y vi cómo se esforzó por estar presente en todo momento en mis estudios, en mis eventos importantes, en mi día a día. Eso sí, por su trabajo tuvo que contar con la ayuda de Emma, mi tía, la mujer que se encargó de estar pendiente de mí las veinticuatro horas del día.

Hoy seguía también seguía en casa y atenta a mis cosas como si tuviera cinco años, pero yo la adoraba, era como mi madre.

Yo había estudiado la carrera de Filología, pero tuve la suerte de escribir una novela romántica que fue todo un *best seller* y desde entonces mi carrera se ciñó a escribir una tras otra obra.

Crucé el *Ponte Vecchio* y me dirigí a la *Piazza della Signoria*. Allí me iba a tomar un café con Georgina, mi amiga de toda la vida, un poco loca, pero adorable. En realidad, íbamos en la misma línea, así que nos llevábamos genial y siempre andábamos juntas.

—Un poco más y me dejas tirada —soltó al verme.

—¿Han pasado dos minutos y treinta segundos? —resoplé mientras me agachaba a besarla.

—Ya nos traen el café.

—Poca paciencia me tienes —resoplé.

—Hija es que no conoces la puntualidad —puso cara de resignación.

—No digas eso ni de broma. Soy puntual solo me paso uno o dos minutos ¿Qué es eso?

—Pues impuntualidad —se encogió de hombros.

—Gracias —dijimos de forma sincronizada cuando nos pusieron el café.

—Ya me compré el traje para mañana.

—Cuenta, cuenta —se frotó las manos.

—Por supuesto que no. Lo vas a tener que ver con tus propios ojos —sonreí de forma chulesca.

—Desde luego, para lo que he quedado —negó resoplando.

—Hombre, es mi secreto mejor guardado —le saqué la lengua.

Georgina era como esa hermana que nunca tuve, pero que no necesité pues ella supo ocupar ese espacio a la perfección. Además, desde muy pequeña muchos fines de semana



dormíamos juntas en su casa o en la mía, así que hasta las broncas nos las ganábamos a partes iguales en los dos lados.

—Por cierto, te he comprado un regalo que espero que te guste. Mis padres te compraron también otra cosa que sé que te encantará. Están deseando ir a la fiesta mañana.

—Lo sé, me llamó tu madre esta mañana de los nervios, poniéndome más nerviosa aún —reí.

—No sabes la que me dio, parece que eres más hija de ella que yo —volteó los ojos.

—No empieces con los celos —reí.

—No son celos, es la realidad —me sacó la lengua.

—Tu realidad paralela —me encogí de hombro.

—¿Van los mismos que todos los años?

—Imagino. Ya sabes cómo es mi padre, siempre sorprende con alguien nuevo.

—Tiene muchos compromisos.

—Es mi cumpleaños, que los tenga en los suyos —reí.

—Sabes que está muy orgulloso de ti.

—¿Y?

—Nada, cuando te pones tonta, no se puede contigo —reía.

Paseamos un rato después del café. Aproveché para comprar algo de maquillaje. Después nos fuimos a comer a un restaurante que nos encantaba y que solíamos frecuentar por lo menos una vez en semana.

—Ole las mujeres bonitas —dijo Marco, el propietario del restaurante al vernos entrar.

—Marco, aquí el único guapo eres tú, lástima que estés casado —soltó Georgina con el descaro que le caracterizaba.

—¿Yo casado? Bah, eso son habladurías de la gente.

—Entonces esa que viene por ahí tiene que ser tu hermana —señaló hacia la calle donde venía Corintia, su mujer.

—Es verdad, estoy casado —nos causó una carcajada —  
Venid por aquí que os pongo la mejor mesa.

—Más te vale —advertí risueña.

Estuvimos tomando un Lambrusco de la casa que estaba de vicio, nos encantaba, además de una espectacular pizza al horno que era la más deliciosa de toda la Toscana.

Tras la comida nos despedimos quedando en vernos al día siguiente en mi casa. La fiesta era de día, en el jardín. Además, era junio, caía en un mes espectacular para ese tipo de eventos.

Llegué a casa feliz con mi vestido. Emma no tardó en llegar a mi lado.

—¿Ese es el vestido para mañana, mi niña?

—Ni más, ni menos, yaya.

—¿Te queda perfecto o hay que hacerle algún arreglillo? Sabes que me pongo a ello en un periquete —me dio un cariñoso beso.

—Está mal que yo lo diga, pero me sienta como un guante —sonreí, mientras le devolvía el beso.

—No tengo ninguna duda. Estoy deseando verlo.

—Pues voy para mi cuarto y allí te espero.

Entre en él y me senté en la cama para descalzarme y ponerme los zapatos nuevos que había comprado.

Eché una visual y sonreí pensando que mi dormitorio era de ensueño. No había habido nada en mi vida que hubiera deseado y que mi padre no hubiera hecho lo posible y lo imposible porque tuviera.

Era tan grande que, de pequeñas, Georgina siempre me decía que en él podían correr caballos. Estaba dominado por los colores claros, neutros y crudos para el mobiliario, mientras que los detalles florales o estampados los había dejado para los textiles y el resto de la decoración.

Todo en él rezumaba armonía, como en el resto de la casa, aunque tenía que reconocer que para mí era como mi propio santuario, el reducto más íntimo en el que había pasado

momentos sensacionales de mi vida y en el que me había sentido yo misma.

Cuando alcancé la adolescencia, le pedí a mi padre un gran vestidor y, en menos de lo que canta un gallo, vinieron dos obreros que estuvieron varios días acondicionando un cuarto de invitados que teníamos al lado para convertirlo en mi sueño, que conjugamos a la perfección con la línea del dormitorio.

Entré en el vestidor y ya estaba mi tía detrás de mí.

—¡Qué susto! —me puse pálida.

—¿Tan fea soy, hija mía? —rió ella.

—¡Tú que vas a ser fea! ¡Eres lo más bonito que ha parido madre! —le di un abrazo que casi la cojo en peso.

—Seguramente, estoy yo ya...

—Estás en edad de merecer —hice un gesto de un corazón con la mano que provocó una risilla.

—¡Eres una loquilla, Mikaela! Eso sí, la loquilla más guapa del mundo. Ponte el vestido que yo lo vea...

Lo saqué del delicado saco en el que me lo habían dado y me lo coloqué.

—Bonita, no, lo siguiente —su mirada era de ternura y emoción infinitas.

—Normal que tú me lo digas. Si es que me quieres mucho...—le saqué la lengua.

—Más que a mi vida, mi niña. Eso sí, ya sabes cómo soy. Si no fueras una preciosidad, no lo diría. Nunca miento.

—¿Ni siquiera dirías una mentirijilla piadosa por tu niña? —me encantaba picarla.

—Ni siquiera eso. No te diría que eras fea, pero tampoco lo contrario.

Y de eso estaba yo segura. Jamás había conocido a una mujer de moral más recta, aunque a la vez más cariñosa.

Además, ella no conocía la maldad, ni le interesaba. Para mí era la figura maternal de la que siempre gocé desde pequeña.

—Entonces, ¿me lo puedo quitar ya?

—Sí, hija. Es verdad que parece que te lo han hecho a medida. Lo único que necesita es una planchita por si se ha arrugado algo por el camino. De eso ya me encargo yo.

—Gracias, yaya. ¡No sé qué haría sin ti!

—Más zalamera imposible —sonrió.

Me puse cómoda y le dije de bajar a tomar un chocolatito con ella al jardín.

—Ya mismo lo estoy haciendo —era la eficiencia en persona aquella mujer.

En realidad, mi yaya era la tía de mi padre, hermana de mi abuela paterna, que había fallecido hacía muchos años, igual que mi abuelo. Yo apenas tenía recuerdos de ellos. Por suerte, ella siempre había permanecido a nuestro lado y muchos de los mejores recuerdos de mi infancia los vivimos juntas.

Además, pese a sus años, era un culillo de mal asiento y no podía estar quieta, por lo que se encargaba de todo lo relativo a la organización de la casa. El gran caballo de batalla entre ella y mi padre fue el hecho de que querría haberlo hecho gratis, pero mi padre no lo consintió. Le pagaba un buen sueldo.

—Aquí lo tienes, muy dulce, como a ti te gusta —puso la bandeja con los dos chocolates en la mesa de una de las zonas del jardín que estaban acondicionadas para tomar algo.

—¡Ummmmm! Pero ¿cómo puede salirte tan bueno?

—¿Está bueno? No tiene nada de especial. Ya sabes que el único secreto es que está hecho...

—Con mucho cariño —interrumpí para decir la frase que miles de veces había escuchado decir a mi yaya en relación con todo lo que salía de sus manos en la cocina, provocando que me hiciera un gracioso gesto con la mano a modo de riña.

—¡Mira que está bonito el jardín en esta época del año! — exclamó entusiasmada.

—No te falta razón yaya, ¡y mira que te gusta a ti! Cualquier día te veo como una exploradora durmiendo aquí al aire libre —le di una de mis locas ideas.

—Sí, hija, ¡en eso estaba yo pensando! Tengo la espalda como una alcayata, ¡solo me faltaba dormir aquí al raso!

Si el paisaje de la Toscana era bonito a rabiar en verano, el jardín de mi casa lo reproducía a la perfección. Y es que tenía un encanto particular.

De hecho, nuestro jardín había sido portada de una revista de decoración hacía años. Era un lugar exuberante que exhibía el tecnicolor de los verdes con las flores salpicadas y el cielo azul del verano. Había áreas que, en aquella época, quedaban ocultas bajo un manto de flores.

Luego teníamos distintas zonas dispuestas por todo el jardín para disfrutar de distintos momentos: un merendero con barbacoa, una zona con sofás bajos y cojines multicolores que invitaban al relax de la sobremesa y un par de lugares más con bonitas mesas y sillas de forja, estratégicamente distribuidos.

También contábamos con una preciosa piscina que había hecho mis delicias desde niña. En ella habíamos celebrado los finales de curso con mis amigas y amigos y largas tardes estivales de asueto que permanecían como tesoros en mi memoria.

—Yaya, voy un ratito a mi cuarto que tengo que echar un vistacillo a mi último libro.

—¿Vas a trabajar ahora?

—No lo llamaría yo trabajar, pero sí echar un ojo a algunos datos y demás que quiero comprobar.

En mi cuarto tenía un precioso secreter que era el que había utilizado desde niña para estudiar y en el que trabaja de mayor. Era amplio y cómodo y una auténtica obra de arte que mi padre había mandado pintar a mano a juego con el entorno.

Era en ese lugar donde me recogía cuando tenía que trabajar y en el que me inspiraba. Él había insistido muchas veces en que me ponía un despacho con todas las comodidades, pero yo defendía lo mágico de mi rincón.

A media tarde, mi padre llegó y se acercó caer por mi cuarto.

—¡Hola, Mikaela! ¿Qué estás haciendo? —me dio un beso.

—Poniendo en orden las ideas para ver la línea argumental que tengo que seguir en el nuevo libro, papá.

—¿Sí? ¿Trabajando esta tarde? Yo te hacía de compras y con los preparativos de tu cumpleaños.

—No, está todo controlado. He estado de compras esta mañana y, respecto al resto, la yaya lo tiene todo a raya.

—¡No sé lo que haríamos sin ella! —rio.

—¡Copión! Ya se lo he dicho yo antes...

—Bueno, cielo. Voy a darme una ducha y a ponerme cómodo. ¿Te veo para cenar?

—Sí, sí, claro. Ceno en casa. No tengo hoy planes. O, mejor dicho, sí los tengo, pero con mi galán favorito —le guiñé el ojo.

Seguí trabajando un rato más. Lo mejor de tener una casa de dos plantas era que abajo hacíamos vida social y arriba nadie ni nada te molestaba lo más mínimo, pues era donde estaban los dormitorios, cuatro en total.

El mío y el de mi padre contaban con vestidores y todos ellos, los cuatro, tenían incorporado su propio cuarto de baño. El tercero lo ocupaba la yaya y el cuarto era el de invitados.

Abajo, teníamos un amplísimo salón con una zona contigua con ventanales correderos que, tan pronto podía sumarse también al salón, como convertirse en una sala independiente. También teníamos un amplio cuarto de baño y una cocina impresionante, con una isla central, que me encantaba.

—Se nos hace mayor —le comentaba la yaya a mi padre durante la cena, en referencia a mi cumpleaños.

—¿Has visto? —le respondió él. Ayer era un ratonceja y hoy toda una escritora reconocida.

—Esto de qué va, ¿de sacarme los colores o algo? —reí.

La velada fue de lo más amena y un rato después, con un vaso de leche tibia en la mano, me fui a la cama. El día siguiente prometía ser movidito y tocaba descansar.

## Capítulo 2



Abrí los ojos y al mirar la hora en el móvil comprobé la cantidad de mensajes de felicitaciones que tenía. Aquello era para estar día y medio contestando.

Llegué a la cocina y no vi a la yaya. Me hice un café en esa bendita cafetera de cápsulas, el mejor invento del mundo.

Me senté a revisar todas las notificaciones. Contesté de aquella manera ya que era imposible pararme en cada uno de los mensajes.

Ese día no había nadie por la casa, ni mi padre, ni la yaya que trabajaba de forma interna desde que yo era pequeña. Como había dicho, hizo de madre siempre.

Teníamos a Bruno que era el señor de mantenimiento del exterior. Venía todos los días de lunes a viernes ocho horas. Yo lo quería como si fuera mi tío, además era de lo más bromista, cariño y predispuesto, pero como era sábado no tenía que trabajar este día. Vino para la fiesta.

En el jardín estaba todo preparado. Iba a venir un servicio de catering con camareros a atender todo el evento.

Unos momentos después apareció la yaya.

—Felicidades, cariño —me abrazó.

—Gracias —la apreté contra mí.

—¿Te tuesto un poco de pan?

—No, ahora mismo no tengo hambre, otro café te lo agradezco.

—Ahora mismo, mi vida.



—El día está precioso.

—Sí, se está en la calle muy bien. Tu padre está recogiendo a tu prima Alisa, llegaba hace un rato a la estación de trenes.

—Sí, es verdad, vaya cabeza la mía.

Me tomé el segundo café charlando con ella y contestando las felicitaciones.

Subí a mi habitación y me duché. Comencé a prepararme tranquilamente, en una hora comenzarían a llegar los invitados.

Estaba preciosa, me veía de lo más atractiva y elegante, además de moderna. Ese toque actual no me podía faltar.

Me asomé por una de las ventanas de mi habitación que daba al jardín y pude ver que ya estaba mi padre, mi tía, Georgina y sus padres Francesco y Helena, además de un montón de amigos de la familia y del mundo del cine.

Mi padre y la yaya estaban haciendo de anfitriones. Todos estaban con la copa de vino en las manos. Veía cómo Georgina hacía reír a sus padres y a todos los que se le acercaban. Era muy querida en casa y ya conocían su humor, uno muy similar al mío. Éramos dos casos adorables, aunque caso aparte.

Desde la ventana pude ver con incredulidad que había venido Alessandro, mi amor platónico desde que tenía veinte años. Él era diez años mayor, hijo de un reconocido presentador de televisión que también estaba allí a su lado.

Alessandro era periodista en un programa de actualidad, de cotilleos sobre personajes públicos, una cara muy conocida a nivel mediático. Siempre estuve enamorada de él, pero no se fijó en mí en ninguno de los eventos en los que nos habíamos visto. Me veía como una cría. Ya hacía por lo menos seis años que no nos veíamos. Bueno, yo a él sí, en la tele, veía mucho el programa donde trabajaba por las mañanas.

Sonreí mirándolo desde la ventana, me puse nerviosa, pero tenía claro que tenía que fingir indiferencia y que pasaba de él, como siempre había hecho conmigo, así que cuando lo saludara no iba a ser exageradamente simpática. Yo lo era, pero con él, no me daba la real gana. Para chula yo.

Estaba nerviosa, no iba a bajar todavía hasta que mi padre me mandara el mensaje de que estaban ya todos. Ese día yo era la protagonista y como tal, no iba a esperar a nadie. Me tendrían que esperar a mí, aunque a la mayoría lo que les importaba era un poco de vida social, vino y comer, pero bueno, yo me metía en mi papel que para eso era la cumpleañera.

El escote me quedaba de escándalo y me gustaba mucho esa voluminosa falda parte del vestido. Me encantaba verme así, con mi melena suelta. Era muy bonita y cuidada, mi mayor tesoro.

La yaya apareció por mi dormitorio con una copa de vino.

—Toma cariño, que se van a poner todos contentos menos tú —me hizo un guiño.

—Necesito un cigarro —imploré.

—Sabes que tu padre se enfada si te ve fumar.

—No me va a ver, me pongo en esa ventana que da a la calle —supliqué.

—Está bien —me dio uno que llevaba en el bolsillo de su falda —Ya sabes que a mí me deja, pero en el jardín —rio encendiéndose uno conmigo.

—Está Alessandro —sonreí.

—Si, me acordé de ti al verlo, espero que no te puedan los nervios.

—Haré como él, pasar —le hice un guiño.

—Tengo la sensación de que hoy va a ser un día espectacular.

—Yo también, yaya.

—Mi hermana estaría muy orgullosa al verte —se refirió a mi abuela paterna.

—Ya, pero sobre todo de ti, por haber actuado como mi madre, abuela, tía y como todo lo que necesité en mi vida y de lo que no carecí gracias a ti —la abracé.

Nos terminamos el cigarro y se fue hacia abajo. Cinco minutos después me llegó el mensaje de mi padre y pude ver por la ventana que todos estaban en dos filas haciendo el pasillo para mi aparición, me puse de lo más nerviosa.

Cogí aire y salí de la habitación directa hacia las escaleras, para aparecer en el jardín ante todos, para volverme a reencontrar con ese hombre que enamoró mi corazón y me sacó todos los colores de mis mejillas desde el día en que lo conocí.

¡Menudo aluvión de felicitaciones y besos me cayó! Si hasta aplaudieron al verme. ¡Era un recibimiento propio de una diva de Hollywood!

—Papá, solo ha faltado la alfombra roja —reí.

—¡Craso error! El año que viene la tendrás —bromeó —  
¡Un millón de felicidades, hija mía!

Me dieron tentaciones de preguntarle que cómo demonios era que estaba Alessandro entre los invitados, pero también sabía lo cargante que era mi padre y, cuanto más se lo mencionara yo, más tendría luego cachondeito con Alessandro hasta en la sopa, así que preferí pasar.

A mi padre todo le gustaba hacerlo a lo grande en lo concerniente a mí, pero ese año se había superado.

Los jardines de la casa estaban engalanados como si se fuera a celebrar una boda de la realeza y hasta había mandado colocar una increíble carpa blanca en la que no faltaba una zona para bailar y cantar.

Las felicitaciones de los invitados no parecían tener fin. No sé cuánto rato pude pasar agradeciendo sus felicitaciones y desenvolviendo una cantidad de regalos tal, que a la pobre yaya solo le faltó una carretilla para ir llevándolos para mi cuarto. Ella siempre tan atenta y servicial.

—¡Felicidades, casi hermanita! —soltó Georgina con un pedazo de abrazo al llegar a mi altura y dándome su regalo.

—¡Petarda! Claro que sabías que me iba a gustar, ¿cómo no?

—Jugaba con ventaja. Lo habíamos visto juntas —sacó la lengua mientras yo desenvolvía su precioso regalo, compuesto por un completo juego de bikini, pareo, zapatillas y bolso de playa, todo a juego.

—Sabes que me quedé prendada cuando lo vi, pero ese día no había mi talla.

—Claro, pero para eso estaba yo allí, al acecho, para cuando llegara...

—¡No tienes tú peligro ni nada! —le di otro abrazo a la loquilla y le dije pregunté por los bajinis qué le parecía que estuviera allí Alessandro. Me respondió que al verlo pensó que “¡ya estaba el lío!” —reí negando —De lío nada, esta vez no me enredaba. Tenía yo ya muchas tablas.

—Espero que también te guste —Helena, la madre de Georgina, me dio el regalo que ella y su marido Francesco me habían comprado. Era un precioso conjunto de oficina a juego con mi secreter.

—¡Me encanta, Helena! —le di un beso.

—Eso es para que te acuerdes de nosotros cuando estés trabajando. Por las muchas broncas que os llevasteis de pequeñas Georgina y tú cuando quedabais para hacer los deberes y os pillaba jugando.

Levanté los ojos y llegó el turno de Alessandro.

—¡Felicidades, Mikaela! Estás preciosa —me dio un beso en la mejilla mientras nuestras miradas se cruzaban.

Sentí un cosquilleo en el estómago... No obstante, no fue solo por verlo. Fue porque, por primera vez en mi vida, noté un brillo en sus ojos al encontrar los míos, que me resultó totalmente desconocido.

—¡Hola Alessandro! Ha pasado mucho tiempo —tenía muchas ganas de seguir descubriendo qué había tras aquella mirada, pero no iba a darle esa satisfacción.

—Sí, demasiado —siguió mirándome fijamente y esbozó una preciosa sonrisa —Yo también te he traído algo —sacó un paquete delicadamente envuelto.

—Muchas gracias, no tenías por qué haberte...

—¿Molestado? No es una ninguna molestia —ya le salió su vena descaradilla. No me había dejado ni terminar. En realidad, pensé que claro que tenía que molestar en agradarme, y tanto, ¡hasta ahí podía llegar la broma!

Al abrir el paquete, me estremecí por dos cosas: la primera porque el bolso era una auténtica preciosidad y la segunda, porque era de mi marca preferida desde la época en la que lo conocí. ¡Se había acordado!

—Una monería —dije, sin demostrar un ápice de la emoción que había sentido, ¡a mí no me volvía a tomar el pelo!

—Pero una auténtica monería —vino Georgina al rescate, poniendo el bolso en brazos de la yaya y cogiéndome del brazo. La primera en la frente, lo dejamos allí con dos palmos de narices.

Después de recibir todos los regalos, no se veían más que bandejas con toda clase de exquisiteces por todas partes.

—Aquí hay comida para dos regimientos —dijo Georgina, cogiendo los primeros canapés y la primera copita de vino y poniendo otra en mis manos.

—¿Has visto lo guapísimo que está? —le hice un gesto para que no mirara donde estaba Alessandro, consiguiendo todo lo contrario.

—Está cañón. Hay que reconocer que Don Capullo es un macizorro que te cagas...

—Y tú eres el colmo del disimulo —volteé los ojos.

—Déjate de tonterías. Sabe de sobra que estamos hablando de él. Y si no quería que le diéramos a la lengua, que no hubiera venido. Por cierto, ¿cómo ha sido?

—Ni idea —me encogí de hombros. Yo solo sé que miré por la ventana y allí estaba.

—Y se te cayeron las bragas...como si lo estuviera viendo.

—Pues sí, pero la lleva clara si se cree que ha dado con la misma pardilla de hace unos años, ¡como que me llamo Mikaela que esté se va a enterar de quién soy yo!

Fue en ese momento cuando escuché los acordes de aquella canción y no me lo podía creer. Miré y allí estaban “Eros y el resto”, mi grupo de música preferido. ¡Me puse a chillar como una loca!

Eros siempre había sido mi mejor amigo y era gay hasta la médula. Llevaba la música en las venas y hacía un año que habían lanzado un éxito que en pocos días tuvo millones de reproducciones en YouTube. Desde entonces, él y sus músicos, habían actuado por todo el mundo y se habían convertido en astros de la canción.

Me puse delante del pequeño escenario que había en la carpa y Eros me señaló con el dedo para que subiera.

El resto de los invitados, al verlos, se pusieron también a chillar y solo faltaba que hubiera desmayos entre las chicas.

Subí al escenario y me hizo señas con el micrófono para que cantara con ellos. Yo veía cómo todos los invitados nos hacían cientos de fotos. ¡Estaba flipando! No podía creerlo...

Entre todas aquellas miradas incrédulas, divisé la de Alessandro que, con su copa de vino en la mano, me miraba fijamente e hizo un gesto a modo de brindis que me dedicó.

Ni que decir tiene que no estaba dispuesta a darle ni una satisfacción. Hubo un tiempo en el que yo hubiera muerto por un gesto de esos. Si ahora quería algo, que se lo currara tela. No se lo iba a poner en bandeja.

Cuando bajé del escenario, Georgina vino enflechada hacia mí, igual que mi prima Alisa y las tres estuvimos cantando y bailando aquellas canciones como si no hubiera mañana. Mientras, el resto de los invitados seguía, tras la emoción inicial, dando buena cuenta de todas aquellas delicatessen.

En un momento dado mi padre se acercó y yo me lo comí a besos.

—¡No sabía que Eros estaba en la Toscana! Eres un mago de las sorpresas. Te quiero papá...

—Me alegro, hija, pero no me quieras tanto que me vas a asfixiar. Deja de saltar, loquilla...

El caso es que no puede “asfixiarlo” demasiado porque pronto llegó Laura, una amiga de toda la vida que estaba loca por echarle el lazo a mi padre y, como quien no quiere la cosa, se lo llevó del brazo.

Él me hizo un gesto del tipo que le había caído la monumental porque Laura era un poco pesadilla y mi padre siempre decía que él “era muy joven para el compromiso”.

Siempre he pensado que, en mi casa, el que no corría, volaba. Y hablando de eso, estaba yo dando botes bailando cuando noté que caí sobre un pie, clavando mi tacón en su zapato.

—Vale que me debías una de aquel día que te pisé bailando, pero bien te la has cobrado, condenada... Alessandro resoplaba del pedazo de pisotón que se había llevado...

—¿Dices que me pisaste? ¡Pues ni pajolera idea, no me acuerdo! —me hice la tonta para darle a entender que había reseteado.

—¿No te acuerdas? —arqueó la ceja —Fue el mismo día que te llevé a tu casa en moto y pinchamos...que luego te quedaste en un lado de la cuneta y casi te caes en una mierda de caballo que había. Vamos, que te cogí a lo justo —encima le había a tener que agradecer que me hubiera salvado la vida, no tenía guasa la cosa...

Y claro que me acordaba. Lo que no dijo el muy cabrito es que me llevó a casa como una niña buena, porque no me hacía puñetero caso, y luego Eros me contó que lo habían visto en una fiesta con una de su edad. Me pasé tres noches llorando...

—¿Dices que pinchamos? Pues ni idea, chico... Ni de lo de la mierda de caballo, ni de nada...

—Joder, ¿has estado en coma o algo y no me he enterado?

—Pues mira no, es solo que me he dedicado a vivir la vida. Y creo que mi memoria se ha vuelto selectiva, vamos que me he quedado con aquello que merecía la pena —lancé una sonrisita maléfica.

—Bueno, si me das tu número de teléfono, igual te puedo ayudar a recordar algunas cosillas...

—Mira por dónde, lo siento. También se me ha olvidado —le saqué la lengua y seguí bailando.

—Pues que sepas, me decía al oído, que se lo voy a pedir a tu padre...

—¡No te escucho, lo siento! —seguía yo pegando botes y sin darle bola.

—Desmemoriada y sorda. Tenía mejor recuerdo de ti —dijo con esa ironía suya tan característica.

—Pues como te diga yo el que tengo de ti, vas a necesitar beberte tres o cuatro botellas para olvidarlo —reí irónicamente.

—Joder, ¡vengo en son de paz! —se contagió de mi risa.

—Y a mí me parece genial, pero yo puedo dar toda la guerra que quiera, que además para eso es mi cumpleaños...

—Chicas, ¿os habéis fijado quién está aquí? Es para comérselo... Es el del programa “Para volverse loca”, el de los cotilleos, ¿no os habíais dado cuenta? —pregunté, mirando a varias de las invitadas.

Hasta ese momento, Alessandro se había mantenido en un discreto plano y, entre eso y que llevaba las gafas de sol, las chicas no habían reparado en que era el presentador de moda de la tele. Fue decirlo yo y correr a su encuentro como las moscas a la miel.

—Toditas para ti —le dije mientras me apartaba y ellas venían a la carrera para hacerse fotos con él para subirlas a las redes sociales.

Salí andando y lo dejé allí. Me hizo un gesto de que yo tenía mucha cara y se mordió el labio.

Yo seguí andando y contoneando mi culo, mientras lo dejaba atado de pies y manos.



—Lo estás haciendo que te cagas. Te digo yo que a este paso lo tienes comiendo de tu mano en dos días —Georgina estaba disfrutando de lo lindo y yo más.

—Y me sobra uno —cogí otra copita y ya iban varias.

El día fue una pasada. La comida fue en plan informal, tipo buffet, compuesto por una amplísima variedad de delicias. De postre, un exquisito carrusel de postres dejó ensimismados a los invitados. Había que reconocer que no faltaba un detalle. Para eso mi padre se las pintaba solo.

A media tarde, el momento de la entrada de la tarta fue también de lo más emotivo. Su forma era de carroza, en honor a una que aparecía en mi primera novela, la que me había puesto en el top ventas en su momento.

—Papá, esto es mucho más de lo que nunca había podido soñar... ¡Vaya detalle el de la tarta!

—Para mi hija todo es poco —me dio un beso.

El momento corte fue para enmarcarlo, con otros cientos de fotos que caían sobre mí y los besos de mi padre y la yaya, que no me dejaban ni a sol ni a sombra en los momentos importantes de mi vida.

—Espero que hayas pedido un deseo —dijo Alessandro, acercándose sugerentemente a mi oído en un momento en el que me quedé sola.

—No te quepa duda —mi sonrisa era de “dientes, dientes...”

—¿Y tengo yo algo que ver con él?

No me dio tiempo a responderle cuando escuché la voz de Georgina: “Sí mono. Ha deseado que te esfumes”.

—Joder, tenía poco con una y me estáis dando de dos en dos. Creo que no he bebido tanto para ver doble...

—No ves doble, no... Es mi amiga Georgina, la conoces muy bien...

—Sí, aquí nos conocemos todos y del pie del que cojeamos, también...—le soltó ella.

—Al final vais a hacer que me tire a la bebida...

—Cosas peores te has tirado —tiré con bala.

Hasta la copa se le resbaló de las manos y fue a estrellarse a sus pies...

—Encima patoso —rio Georgina mientras salía corriendo a hacerse una foto con Eros, que ya había dejado de cantar y se había unido a la fiesta.

—Me la tenéis jurada, ¿o es cosa mía? —se agachó a coger los trozos de la copa... Eso sí, al llegar a la altura de mi cintura, me lanzó una mirada libidinosa que me puso ardiendo.

—No te vayas a cortar...—si quería, que lo tomara en doble sentido — Ahora decimos que la recojan —me di la vuelta como si la mirada no hubiera ido conmigo... Aquello era de lo más divertido.

El increíble colofón de la noche lo puso un espectáculo de fuegos artificiales que mi padre había encargado.

Después de que acabara, los invitados se fueron despidiendo. Alessandro fue de los últimos en hacerlo, no sin antes susurrarme en el oído un sugerente “Eso no acaba aquí” al que yo respondí con un “Pues sí, se ha quedado buena noche...”

Lo seguí con la mirada hacia la salida y se dio la vuelta antes de cruzar la puerta. Me dedicó una de aquellas preciosas sonrisas y se perdió entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

Había sido un día realmente increíble. Entré en la casa y observé, muerta de risa, cómo mi padre intentaba zafarse de Laura, que insistía en quedarse un ratito a tomar una copa.

—No te preocupes mujer, ya si eso, otro día. Hoy estamos todos reventados —le decía.

—¡La noche es joven, Luca! —exclamaba ella de lo más achispada y haciéndole un bailecito que él parecía eludir como si le fuera a dar alergia.

La tía también se moría de risa y, negando, se fue para la cocina. Yo me despedí de mi padre con un “que lo pases bien”

al oído y él me lanzó una mirada de “quítamela de encima” que yo esquivé, yendo para el piso de arriba.

Aquellas escaleras nunca me habían parecido tan largas, pero eso debía ser proporcional al número de copas que yo me había tomado. Me senté en la cama y me quité los zapatos.

Los pies me dolían como si me hubieran dado un martillazo en cada uno y no sabía si estaba en una habitación o en un carrusel, porque aquello daba vueltas que era un gusto.

Me eché a dormir con un solo pensamiento. No podía negar que la fiesta había sido memorable, pero volver a ver a Alessandro me había dejado loca y descolocada. Eso sí, hasta ese momento no se iba a enterar aquel “pieza” de que “para chulo, chulo, mi pirulo”. Reí mientras me quedaba dormida.

## Capítulo 3



Me quería morir con la resaca. Me había bebido lo más grande el día anterior. Miré todas aquellas bolsas con regalos que estaban en una esquina de mi habitación.

Cogí el móvil y... ¡Mierda! Tenía un mensaje de Alessandro, al final había conseguido mi número. Yo sí tenía el suyo desde hacía mucho tiempo.

Alessandro: Buenos días, reina de la fiesta. Espero que estés bien después de todos los litros de alcohol que ingeriste ayer. ¿Para cuándo una comida?

Ahí lo tenía, pues claro, el tiempo pone a todos en su sitio. Al igual que pasó de mí, yo le tenía que demostrar que ahora pasaba de él.

Yo: ¿Quién eres?

Ahí llevabas la primera, chaval.

Alessandro: El coco y no me vale esa pregunta, ves mi foto de perfil en WhatsApp, así que no cuela.

Hostias, que mal me sentaba la resaca, pues claro que tenía su foto de perfil, pero para chula, yo.

Yo: La pregunta era irónica, desde luego que estás peor que yo.

Me reí solo de pensar que no se lo iba a creer. La verdad que lo del detalle del bolso de una de mis firmas favoritas había sido todo un acierto y me había dado que pensar.

No tardó en responder...

Alessandro: Bueno, haré que me lo creo, pero te repito ¿Y la comida para cuándo?

Uy este iba a cobrar todos los años que me había dado pasando de mí.

Yo: Me espera un verano muy ajetreado, yo creo que, en tres meses, por septiembre podríamos organizar algo.

Salí de la habitación y bajé a la cocina, allí estaba la yaya.

—Me muero de la resaca —reí acercándome a besarla.

—Anda siéntate —sonrió. —Te doy un sobre de Ibuprofeno que te dejará nueva, con un buen desayuno y en una hora ni te acordarás.

—Gracias, yaya —miré el móvil y tenía respuesta de Alessandro.

Alessandro: Mikaela, dime una fecha si no quieres ser el lunes titular de mi programa jajaja

Vaya, se atrevía a amenazarme...

Yo: ¿Vas a decir que la escritora *best seller*, hija del famoso actor, se emborrachó en su cumpleaños?

Solté una carcajada después de enviarlo. Yaya me miró negando sin entender qué pasaba y yo para hablar no estaba mucho.

Comencé a desayunar y volvió a llegarme otro mensaje.

Alessandro: No, para nada, solo diré que estuve en tu fiesta y que intentaste ligar conmigo. Tengo mucha credibilidad en mi programa.

Bueno, este no sabía dónde se metía.

Yo: Sin problema, si eres tan valiente... ¡Hazlo!

Sabía yo que no era capaz, que era una forma de presionarme, pero nada más allá de las bromas.

Me tomé el desayuno charlando con la yaya que me contaba lo feliz que estaba con lo bien que había salido todo el día anterior.

—Papá me dejó flipada. Nunca ha reparado en gastos para mí, pero lo de ayer ya fue la bomba.

—Sí, hija, porque lo de los fuegos artificiales, fue ya el colofón. Se va a hablar de eso durante mucho tiempo.

—Ya te digo que sí. Bueno y luego estuvo lo de Eros que fue impactante y...

—Y lo de ese chico, Alessandro, ¿no? ¿Cómo lo viste? Porque yo...

—Tú, ¿qué? Desembucha ya...—reí.

—Que me dio la impresión de que te miraba mucho. Fíjate, te diría que él te mira ahora a ti como tú lo mirabas antes a él.

—Esas son las vueltas que da la vida —cogí una rosquilla de azúcar de las que habían quedado del día anterior y la mordisqueé riendo y pensando que se avecinaba un verano movidito.

Después me puse a ayudarla ya que me empecé a sentir mejor. La verdad es que había faena para recoger todo aquello y, aunque mi padre siempre le ofrecía ayuda a la yaya y deseaba poner a una persona que le echara un cable con la limpieza, su respuesta era un rotundo no.

Me encantaban esos momentos con ella. Era esa persona que levantaba cualquiera de mis días tristes, ese refugio de mis temores, dudas, tristezas y sobre todo la que más se alegraba de mis sonrisas junto a mi padre, ese que por cierto hoy estaba de comida por ahí.

Recuerdo que me gustaba hacer cosas con la yaya desde pequeña y yo siempre ponía música de fondo, de modo que ella terminaba sabiéndose todas las canciones. “Al final me conviertes en una moderna” solía decir y hasta algunas veces se animaba a echarse un bailoteo conmigo.

Ese día estábamos de lo más atareadas.

—Mano de santo ha sido eso que me has dado porque cuando me he levantado creí que estaba en un barco —reía, mientras ella aguantaba la escalera y yo colocaba algunas piezas de porcelana en la última balda de un mueble alto de la cocina.

—Hija mía, si es que ahora os bebéis hasta el agua de los floreros. Yo no quiero decirte nada, pero un poquito de control, que Georgina y tú ibais como dos cabras montesas.

—Pues como lo que somos yaya, y ya se sabe eso de que “la cabra tira al monte” —reí y al final resultó que no estaba tan bien como yo pensaba, porque perdí el equilibrio y fui a caer de culo en el suelo.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Te has hecho daño, hija? Ni porque haya aguantado la escalera...

—Nada de nada, yaya —solo podía reír...

—No puedes ser más gansa, te ríes hasta de tu propia sombra, pero te contaré un secreto —mientras, me ayudaba a levantarse —Nunca hubo una melodía más bonita que la de tu sonora risa en esta casa...

Su comentario me llegó al alma.

Cuando terminamos de fregar, colocar, secar, ordenar, guardar y no sé cuántas cosas más, la yaya se quedó en la cocina preparando el almuerzo y yo me fui un ratillo al jardín.

Llamé a Georgina por teléfono.

—No se respeta ni el descanso de una moribunda tras una fiesta —su voz era de ultratumba.

—Arriba ya, perezosa, que yo llevo horas despierta...

—Porque habrás estado ayudando a la yaya, capulla, pero mi casa está recogida y limpia como la patena y yo solo quiero dormir...

—Tengo noticias frescas, mensaje mañanero de Alessandro.

—¡Si que le ha dado fuerte! Está claro que no era una leyenda urbana, hay que pasar de ellos como de la mierda para que te hagan caso. Tomo nota.

—Pues sí y pienso seguir haciéndolo...

Le conté un poco cómo se había desarrollado la conversación y ella se partió de risa. La imaginaba negando al otro lado del teléfono.

Nos despedimos y seguí entregada a mi actividad favorita: tomar el sol como una lagartija.

Bruno andaba por allí y también se acercó a saludarme y a decirme lo mucho que había disfrutado en la fiesta.

Al rato entré en la cocina. Le había pedido a la yaya que hiciera algo ligerito para comer y preparó una deliciosa *Panzanella*, uno de mis platos preferidos.

Departimos animadamente durante el almuerzo, echando unas risas...

—¿Qué sería anoche de papá?

—Pues no sé hija, porque la tal Laura está a la caza y captura, pero a él parece que le cuesta trabajito dar su brazo a torcer...

—Ya lo conoces. Desde que mamá lo dejó desarrolló un miedo cervical al compromiso... Vamos, que se caga por las patas abajo —ya me salió mi vena fina.

—Sí, y no le llegaba la camisa al cuerpo cuando ella insistía...

—Es verdad y creo que anoche me pedía socorro, pero yo bastante tenía con subir las escaleras sin despeñarme...

—Sí, hija mía, que no estoy yo para sustos...

Tras el almuerzo me fui a mi cuarto. Necesitaba dormir otro rato para recuperarme totalmente. Estaba como alma en pena, no podía conmigo.

Volví a recibir un mensaje de él.

Alessandro: No te pierdas mañana el programa...

Pues me quería poner nerviosa, me quería, pero no, ni lo más mínimo.

Le iba a contestar, pero con ese mensaje se iba a joder hasta que viera el programa. Ver lo iba a ver, sabía que no se atrevería a nada, pero si quería jugar, adelante, tenía ganas de ganar.



Me desperté a media tarde y pensé que ya estaba bien de zanganear. El tiempo estaba espectacular y pedía un plan a gritos. Y me apetecía que fuera con Eros.

Cogí el teléfono a la velocidad del rayo.

—¡Ey! ¿Qué dice la cumpleañera más bonita del mundo?

—Pues dice que tiene un capullo de amigo que no le había contado que estaba de vuelta en Florencia.

—¡Te quejarás!

—No, capullín, no, pero lo haré si no me dedicas la tarde.

—¡Dicho y hecho!

—Paso a recogerte en una hora y vamos a...—ordené.

—A la heladería *Dondoli*, ¿no es eso lo que ibas a decir?

—Ahí mismo...

Me encantó estar con él. Y me sorprendió ver el fenómeno mediático en el que se había convertido. No podíamos dar dos pasos seguidos sin que alguna chica le pidiera una foto.

—¿No te cansas? —le pregunté cuando por fin nos sentamos en la heladería.

—Es el precio que hay que pagar, bonita. Yo sabía que metía en la boca del lobo.

—Pero a cambio, has cumplido tu sueño.

—Puedes jurar que sí y que sepas que en parte te lo debo a ti.

—¿A mí? Anda ya...

—A ti, sí. En ocasiones estuve a punto de tirar la toalla. No había garantía de éxito y lejos de ganar dinero, casi que tenía que ponerlo de mi propio bolsillo...

—Es verdad, lo recuerdo...

—Claro, si hasta tú me dejaste en alguna ocasión algo de tus ahorros...

—Anda que sí, eso no lo recordaba...

—Pues así era y yo me desesperaba. Luego llegabas tú con unos dulces a aquel local cutre en el que ensayábamos y nos aplaudías a rabiar...

—Es que creía en ti de verdad. Bueno y en los demás, pero sobre todo en ti.

—Cierto y después nos íbamos a tomar pizza y me repetías que yo no estaba hecho para trabajar en un banco, ni en una notaría...

—Claro que no, tú eras farandulero hasta decir basta y tenías que subirte a un escenario y así están las niñas contigo. Y lo más grande es que sabiendo que eres gay y todo.

—Eso por supuesto. Mi agente dijo que había que encubrirlo. Hasta buscó una modelo cañón para que me sirviera de tapadera y yo dije que no me daba la gana.

—¿Una pelandrusca en mi lugar? —me moría de risa —Y es que, desde siempre, le había dicho a Eros que yo era la mujer de su vida. En calidad de lo que le diría la gana, pero la mujer de su vida.

—No, no tendría yo huevos de poner a nadie en tu lugar —bromeó.

—Bien hecho, porque los pierdes —puse cara de malilla e hice la señal de cortarle el cuello.

—Total que el asunto es que dije que, de eso nada, que bastante me había costado a mí salir del armario en su momento como para ahora tener que meterme otra vez dentro.

—Y con lo atiborrado de ropa que lo debes tener —hice con las manos el gesto de cantidad.

—No lo sabes tú bien. Con lo que nos ha gustado siempre un trapo a los dos...

—¿Te acuerdos cuando íbamos juntos de compras? Nos pasábamos el día entero recorriendo tiendas...

—Lo recuerdo cada vez que voy de *shopping*. Nunca me he vuelto a divertir tanto comprando.

—Ni yo... Aunque nos compráramos solo unos vaqueros...

—Nos probábamos la tienda entera —interrumpió él, entre risas.

A todo esto, llegó el camarero, que nos conocía de vista de toda la vida y después de saludarnos nos tomó nota.

—Helado grande de pistacho para los dos —afirmé sin siquiera preguntarle a Eros.

Y es que siempre había sido nuestro preferido. Hay cosas que no cambian.

—¿Y cuánto tiempo te quedas?

—Una semana. Tengo un par de conciertos por aquí y luego comenzamos el tour veraniego... No me veréis el pelo en todo el verano.

—¡Será por lo que te lo hemos visto últimamente!

—También tienes razón. Bueno y ya está bien de hablar de mí, ¿cómo le va a mi escritora favorita?

—Genial. Estoy muy contenta...

—Que sepas que me bebo todos tus libros. Me entusiasman tus personajes. Siempre fuiste muy fantástica...

—Y cada vez más...

—¿Y de amores? Porque vi allí a Alessandro. No lo esperaba. Creí que ese era ya un capítulo cerrado...

—Y yo. Fue sorpresa total...

—¿Y estás dispuesta a abrirlo?

—No te digo yo que no, pero para eso va a tener que sudar tinta...

Pasamos unas horas geniales en las que nos pusimos al día de todo. No nos quedamos a cenar juntos porque igual después nos liábamos con las copas y no era plan de exprimir la noche, que mi cabeza todavía estaba como una coctelera.

Llegué a casa y ya estaba allí mi padre.

—¿Qué tal te fue anoche? —reí.

—Muy graciosa. ¡Anda que ayudaste a tu padre!

—En mi defensa diré que no podía dar dos pasos derecha...

Cené algo ligero con él y con la yaya y me metí en la cama. El último pensamiento antes de caer frita fue para Alessandro y su pequeña “amenaza”. Me hacía mucha gracia.

## Capítulo 4



Me levanté tarde. Me senté en el salón y la yaya no tardó en traerme el desayuno. Ya estaba a punto de empezar el programa.

Mordisqueé la tostada de lo más nerviosilla.

Ahí estaba él, sonriente con los demás tertulianos hablando de los temas de actualidad. La cosa estaba tranquila hasta que uno de sus compañeros sacó a la palestra la fiesta de mi cumpleaños.

—Estuvo genial y yo estuve allí. Por cierto, un saludo a Mikaela que sé que es fiel seguidora del programa y muy fan mía. Un besito, guapa —se puso la mano en la boca y lanzó un beso a la cámara.

¿Tendría poca vergüenza? Negué incrédula. Habló un poco sobre la fiesta, pero sin contar nada, solo comentado el buen ambiente y lo bien que se lo pasaron los invitados.

Fan suya...

Le mandé un mensaje.

Yo: Fan tuya... ¡Ya quisieras!

Miré a la tele y vi cómo leía el mensaje. No tardó en hablar.

—Mikaela acaba de escribirme y dice que nos manda a todos un saludo, que algún día vendrá a visitarnos.

Yo lo mataba, de esta lo mataba, pero cuando saliera del programa. Sus compañeros comenzaron a mandarme saludos y a animarme a ir pronto. Decían que sería bien recibida. Yo quería que la tierra me tragara.

Terminó el programa y fue cuando le escribí.

Yo: Te juro que te mato. Eres un descarado.

No tardó en contestarme.

Alessandro: Demasiado bien me porté ¿Para cuándo la cita?

Uy, eso me estaba sonando a que aceptara o de lo contrario me la seguiría liando.

Yo: Ya lo hablamos el viernes...

Alessandro: Cuando termine el programa ¿verdad? ¡chica lista! Cierra un día ya o serás toda la semana el tema de actualidad.

No me lo podía creer, quería jugar y bien jugado.

Yo: El viernes después del programa ¿Te parece?

Alessandro: Claro. En el restaurante de Marco.

Yo: Buen gusto.

Alessandro: Conozco los tuyos...

Me dejó de piedra ¿De qué tenía tanta información? No me lo podía creer.

Avisé a Georgina para irnos a comer, cosa que aceptó de inmediato.

—¿Has visto el programa? —le dije tan pronto como se acercó el restaurante.

—Pues eso digo yo, que buenas tardes —rio —Y no, no tienes fiebre ni nada —me puso la mano en la frente y enseguida la retiró.

—¿Qué dices de fiebre, cacho de loca?

—Pues nada, que como habías llegado antes que yo, he pensado que tenías que estar mala o algo, por el tema de la

puntualidad...

—Tú eres una cabrona —señalé haciendo el gesto de “me he quedado con tu cara”.

—Un poco y sí, he visto el programa. Muy gracioso él, pero vamos que parece que ahora es Alessandrito el que va babeando por las esquinas...

—Sí. Parece que ahora la pelota está en mi tejado y yo tengo tela de ganas de jugar. Nos vamos a divertir.

—Ya, pero a mí no me engañas. Tú te estás quedando colgada otra vez de él.

—Yo creía que lo de Alessandro era prueba superada, pero no te voy a engañar, no. Desde que ha reaparecido...—no me dio tiempo de terminar.

—Te chorrean las bragas y se nota. No hace falta que me digas nada —se puso a mirar la carta.

—Más o menos, fina, que eres muy fina —volteé los ojos.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues básicamente divertirme, que es lo que hacía él conmigo hace años, cuando yo no sabía ni dónde estaba de pie y él se lo pasaba de miedo sin hacerme caso.

—Bueno, pero te digo yo que no vas a poder mantener esa fachada mucho tiempo. Tú estás loca por meterte en sus pantalones. A mí no me la das.

—Ya veremos... ¿Qué apostamos?

—Veremos sí, ¿y hay ya algún plan concreto?

—Sí. Nos vemos el viernes en el restaurante de Marco.

—Vaya, vaya. Pues va a dar que hablar tu cumpleaños, sí. Ya veremos lo que sale de todo esto...

—Oye, ¿y esa sonrisilla que me traes? Tú eres una brujilla, tú escondes algo. Ya lo estás vomitando o montando aquí un numerito.

—Matteo vuelve a Florencia —soltó, como quien lava y no enjuaga.

—¿Tu Matteo? ¿Me lo dices en serio?

Matteo había sido novio de Georgina durante un par de años. Cuando cumplimos los veinticinco, él decidió seguir su carrera de Derecho Internacional Público en Bruselas y le pidió a Georgina que lo acompañara.

El caso es que aquello llegó en el momento menos apropiado porque mi amiga, que acababa de terminar su Máster de Arquitectura, había entrado a trabajar en uno de los estudios más prestigiosos de Florencia y la decisión de Matteo partía su carrera por la mitad.

Él se marchó solo. Al principio decidieron seguir con la relación, pero luego no se vieron capaces de continuarla en la distancia y cortaron, aunque queriéndose mucho.

—¿Te ha llamado él? ¿Te ha dicho algo de lo vuestro? ¿Cuándo ha sido? ¿Piensas que ha vuelto por ti? Quiero todos los detalles...

—Y yo quiero que te relajes y que no me marees. No lo he sabido por él, no. Me lo ha dicho Maurizio, su antiguo compañero de piso, que ya sabes que mantenemos la amistad.

—¿Y cuándo lo has sabido?

—Pues esta mañana. Iba camino del trabajo cuando me lo encontré.

—¿Y crees que Matteo te va a llamar para decirte que ha vuelto?

—Supongo que eso sí. En este tiempo no hemos hablado mucho por no reavivar la llama, pero cada equis meses siempre nos hacemos alguna llamada o enviado algún mensaje.

—Vaya, vaya, ¿es impresión mía o todas las ovejas vuelven al redil?

—Hay que reconocer que es casualidad, pero yo no cantaré victoria. En tu caso sí, Alessandro está por ti. Sin embargo, la vuelta de Matteo no tiene por qué tener nada que ver conmigo...



—Pero tú en el fondo tampoco lo has olvidado nunca —arqueé la ceja.

—Eso es verdad. En cualquier caso, tiempo al tiempo, ahora vamos a lo tuyo, que es lo único que hay en firme. ¿Qué te vas a poner el viernes?

Lo pasamos genial durante el almuerzo. Lo cierto es que no tenía claro lo que me iba a poner para esa cita y me apetecía mirar trapos con mi amiga.

Nos acercamos por la *Vía Porta Rossa* hasta el cruce con la famosa *Vía Tornabuoni* y recorrimos varias de aquellas tiendas que tanto me gustaban.

—Ese es el tuyo. Sutil, como quien no quiere la cosa, pero te sienta de muerte —Georgina era muy de meterse en el papel en todo lo que hacía.

—¿Estoy mona?

—Estás divina.

Era un vestido con estampado Liberty y mangas globo, muy a la moda, con una silueta relajada que me hacía sentir de lo más cómoda. No me lo pensé dos veces. Además, tenía varios pares de zapatos que podían irle bien y hasta el bolso que me regaló Alessandro le combinaba.

Me despedí de Georgina a media tarde. Estaba machacada y tenía ganas de llegar a casa.

Entré en la cocina y allí estaba la yaya.

—Ya estás aquí, mi niña. ¿Qué traes en esa bolsa?

Le conté por encima lo de Alessandro y le hizo gracia.

—¿Mensajitos por la tele? Ay, mi niña en los programas, como una estrella —A ver si esto se va a convertir en un amor de película.

—De película es el morro que le está echando —reí —¿Me pones un zumito de esos tan ricos?

Me encantaban esos zumos naturales que me hacía la yaya. En primavera y en verano, las frutas del tiempo los hacían especialmente apetecibles.

En un santiamén me puso uno en la mano.

—Subo a mi cuarto.

—Sí, falta hace que ordenes, porque no se puede ni entrar en él de paquetes —me advirtió —Luego voy yo a ver ese vestido nuevo, que ahora voy a hacer unas galletas.

—¡Qué buenas! —las manos de la yaya para la repostería no tenían precio. Me encantaba todo lo que hacía. Además, el olor que quedaba en la casa cuando elaboraba dulces me inspiraba hasta para escribir.

Subí a mi dormitorio y comprobé con horror que la pobre mía no había exagerado. ¡Vaya si había cosas que guardar! La mayoría de ellas eran preciosas y me hacían mucha ilusión.

En un rato ya estaba ella dando en la puerta.

—¿Te ayudo en algo?

—No, no te preocupes. Me defiendo. Me voy a poner el vestido para que me lo veas.

—Monísimo. Sencillo y moderno. Estás guapísima —me dio un beso y sonrió al verme.

Terminé de colocar todo mientras ella me hablaba, sentada en la cama.

—Mikaela, tienes muchas cosas nuevas, ¿no has pensado que va siendo hora de deshacerte de lo que ya no te pongas?

—Tienes razón yaya. Dicen que lo que no te hayas puesto este año ni te pusieras el pasado, no te lo pondrás el que viene ni el siguiente.

—Pues eso. Si quieres localizo a mi amiga la monja y que venga a por todo. Sabes que ellas lo distribuyen a las personas que lo necesitan.

—Por supuesto, pero dile que ya le llevo yo las bolsas.

—Eres un amor, mi niña.

Mi padre llegó a la hora de la cena. Había empezado a grabar de nuevo y estaba un poco estresado. Participaba en una nueva serie y los diálogos eran un tanto complicados.

—Si quieres te ayudo en un rato a afianzar los guiones —sabía que esa idea siempre le encantaba.

—¿Tienes tiempo?

—Sí, papá. Ya sabes que trabajo duro durante todo el año para en verano quedarme más tranquila. En cuanto acabemos nos ponemos a ello.

Lo hacía por ayudarle, pero para mí también era un placer. Lo había hecho desde pequeña y me encantaba meterme en los papeles de las series y pelis que protagonizaba mi padre.

Él iba recitando de memoria y yo leyendo, pero me lo pasaba genial.

—¡Quién dice que no podrías ser actriz si quisieras! —besó mi frente —Te has metido en el papel, como siempre. Es muy fácil ensayar contigo.

—Gracias, papi. Eso sí, déjame con lo mío que ya tengo bastante.

Lo cierto es que mi padre hablaba así de abiertamente ahora, que yo ya era una mujer hecha y derecha, pero durante años le dio miedo que pudiera hacerme actriz, por establecer un paralelismo mental con la vida de mi madre.

Me despedí de él y de la yaya y me fui a la cama. Durante el día, no había parado, pero en la tranquilidad de la noche la bonita sonrisa de Alessandro fue lo último que vi mientras mis ojillos se iban cerrando y mi corazón palpitaba con fuerza.

—¡Café en vena, *please*! —le dije a la yaya nada más entrar el martes por la mañana en la cocina.

—Alguien viene muy contenta. Un besito a su yaya —me puso la mejilla y yo no le di uno, sino un montón.

Era cierto que entré como una locomotora porque llevaba un subidón alucinante. En aquellos días no ponía alarmas ni nada y lo que me había despertado había sido un mensaje de Alessandro.

“Buenos días, bombón. Te deseo un martes genial y sobre todo que no lo olvides: tienes una cita muy importante el viernes en el restaurante de Marco”.

Después de eso, mis pilas estaban repletas. ¡A tope!

No tardé en contarle a la yaya mientras me ponía uno de sus estupendos desayunos y me preguntaba lo que me gustaría comer ese día. ¡Yo no podía tener más suerte!

El resto de la mañana sí lo pasé trabajando. Sobre todo, concretando ciertos aspectos con la editorial, cuestiones que el resto del año me costaba más trabajo poder tratar, por falta de tiempo.

Antes del almuerzo me llamó Eros.

—¡Hola, preciosa! Tu cantante favorito da un concierto el jueves noche y necesito inspiración de la buena. Te quiero allí. Tráete a Georgina y si quieres a alguien más, sin problema. Tendréis entradas VIP, pero VIP, las mejores que haya.

—¡No veas si me hace ilusión! Y sí, voy con Georgina. Si mi prima Alisa siguiera aquí, iría encantada, pero ya sabes que solo vino para mi cumple.

—Como quieras. El jueves os espero, preciosa.

Bajé y la yaya había preparado para las dos un pescado al horno riquísimo, que comimos la mar de a gusto junto con un vinito blanco que abrimos.

Después recogimos la cocina y yo me fui un rato a la piscina. Nadar me apasionaba desde niña y la nuestra, para ser una piscina privada, tenía unas dimensiones considerables. Mi padre la había mandado construir así por mí.

A media tarde llegó él y venía un poco sofocado.

—¿Qué te pasa, papi? —yo seguí en el jardín tomando el sol y lo vi llegar.

Se sentó en la hamaca de al lado.

—Yo no sé qué quiere esta mujer de mí.

—¿Te refieres a Laura? —yo apenas podía contener la risa.

—¿Y a quién si no?

—Pero ¿qué pasa con ella?

—Pues que es como una garrapata, hija, que no me suelta.

—Ya será menos —negué.

—Es que yo creía que solo venía a lo que venía, de otro modo...

—De otro modo, ¿qué? Hay algo que no me hayas contado, ¿no? —pregunté con curiosidad.

—Me da apuro hablar de estas cosas contigo, hija —fue a levantarse.

—¡Quieto ahí! —lo cogí del hombro. Ni se te ocurra dejarme así.

—¿Es que ha habido tomate en algún momento?

—Sí —nunca lo había visto más rojo. Tuve que aguantar la risa —Lo que pasa es que yo creí que era solo eso lo que quería.

—¿Y a ti no te gustó?

—¡Claro que me gustó! —casi se ofende. Era para partirse.

—Entonces, ¿por qué no quieres repetir? ¿No te gusta para eso?

—Sí, sí que me gusta. Lo que pasa es que ella quiere más.

—¿Y ya para más no la ves?

—Sí, la veo. O, mejor dicho, no la veo...

—O todavía, mejor dicho, estás más liado que la pata de un romano...

—No digas tonterías hija, no es eso.

—Vale. Analicemos, te gusta en la cama y te gusta fuera de ella, pero no la ves para nada más. Eso sí, la que dice tonterías soy yo.

—Es solo que...

—Es solo que te sigue dando un miedo atroz el compromiso, y que, por no sufrir, tampoco eres capaz de disfrutar de una relación con nadie.

—¡Eso es una estupidez!

—Sí, sí, será una estupidez, pero más clara que el agua — señalé a la piscina, con un agua que rezumaba transparencia.

Si algo tenía mi padre es que era terco como una mula. Eso sí, aquel día durante la cena pude comprobar cómo me miraba de reojo y casi podría jurar que escuchaba la maquinaria de su cerebro trabajando para procesar lo que yo le había dicho.

Cuando me metí en la cama me agarré fuerte a la almohada. Había sido un día casero en el que Alessandro volvió a ocupar parte de mis pensamientos. Mi sensación era que el avance de la semana lo posicionaba mejor en mi corazón.

## Capítulo 5



Miércoles por la mañana y aquellos cálidos rayos de sol entraban de nuevo por mi ventana. ¿Había sonado un mensaje? Miré y esboqué una amplia sonrisa.

“Buenos días, bombón. Te deseo un miércoles genial y sobre todo que no lo olvides. Tienes una cita muy importante en dos días en el restaurante de Marco”.

Creo que no bajé las escaleras deslizándome por el barandal, como cuando era pequeña, porque sabía que la yaya me iba a decir de todo menos bonita.

—¿Dónde está ese cafelito? —pregunté entusiasmada al entrar en la cocina y verla.

—Buenos días, tesoro, ahora mismo te lo pongo. Y también pongo la mano en el fuego y no la pierdo a que te ha vuelto a poner un mensaje Alessandro.

—¿Dónde tienes guardada la bola de cristal? —bromeé rebuscando entre su delantal.

—Mirarte a los ojos me ha sido siempre suficiente para saber qué pasaba, mi niña.

—No me lo recuerdes que cada vez que hacía una trastada no podía ni mirarte —reí dando el primer sorbo al café que ya me había puesto en la mano —No me asustaba ponerme delante de papá, pero delante de ti...

—Es que tu padre siempre ha sido un bendito, pero había veces que parecía que estaba en las nubes. No se enteraba de la misa, la mitad...

—Sí, más o menos como si estuviera en una película —hice el símil que tantas veces había utilizado —Por cierto, ahora yo creo que necesita un empujoncito.

—Explícate y siéntate aquí anda, que no paras quieta y me estás volviendo loca...

—Pues un empujoncito con el tema de Laura. Por lo poco que él me ha contado, pero algo de información privilegiada es, podría ser la candidata que llevamos años buscando —hice la señal de la victoria.

—¿Quieres decir “la elegida”? —hizo un gesto de lo más teatrero posible.

—Justo.

De siempre, la yaya y yo habíamos bromeado sobre que la mujer que terminara conquistando el corazón de mi padre tendría que ser bastante especial, porque el jodido no lo ponía nada fácil. Y hacíamos la broma de llamarla “la elegida”.

—¿En serio me lo dices?

—Y tan en serio yaya. Creo que su rechazo es proporcional a lo muy atraído que se siente por ella, pero claro, está cagado. Ya lo conocemos.

—Bueno, pues tú sigue con el oído bien puesto, que ya sabes que la información es poder y ya pondremos nuestro granito de arena.

—¡Eso está hecho!

—¿Qué quieres que te haga hoy para comer?

—En principio nada. Ayer recibí un mensaje de Nicoletta. Ya está de vuelta en Florencia.

—¿Nicoletta también? ¡Qué alegría me das, hija! Dile que tiene que venir a vernos. Que te comente cuándo vendrá y lo que quiere comer.

—Por supuesto y el restaurante yaya le pone el menú a la carta...

—No tienes tú guasa ni nada.



Nicoletta era hija de Stella, una actriz compañera de mi padre. Tenía un año menos que yo. Cuando ella contaba con diez añitos de edad, su madre sufrió un accidente de tráfico que la tuvo un mes en coma y varios más de rehabilitación y durante ese tiempo la pequeña vivió con nosotros.

Desde entonces nos sentíamos en cierto modo familia y siempre que estaba en Florencia pasaba algún día por casa. Ese día yo la había citado en la calle porque me apetecía airearme.

Subí a mi cuarto y elegí un short vaquero con una camiseta de tirantes ajustada en color azul añil, que combiné con unas zapatillas de esparto y un bolso, ambos en amarillo mostaza.

Habíamos quedado a las once en *Le Vespe Café* y la muy cenutria me hizo esperar media hora.

—¡Si esto se lo haces a Georgina en vez de a mí, te deja aquí tirada como una colilla! —ella también conocía de sobra a Georgina.

—Pero yo sé que tú eres mucho más permisiva —me sacó la lengua mientras nos fundimos en un fuerte abrazo.

—¿Se puede estar más morena y más guapa? —pregunté. Nicoletta venía espectacular.

—Gracias, cariño. Eso sí, no es moreno del Caribe, precisamente.

Nicoletta era médico y tenía un corazón de oro. Había sido número uno de su promoción universitaria y le sobraban ofertas de trabajo bien remuneradas. Sin embargo, ella tenía sus propias teorías sobre lo mucho que debía agradecer al universo y sus primeros pasos los estaba dando de un modo peculiar.

Nos sentamos y pedimos un café. Teníamos mucho que contarnos.

—Estoy entusiasmada, Mikaela. Considero que esa pobre gente hace mucho más por mí, que yo por ellos.

—Eres un ejemplo, enana. Así que seis meses en Mozambique con la ONG, te vas a conocer todo África.

—Bueno, no diría yo tanto, pero es verdad que ya he estado allí y en Kenia, en Etiopía y en Uganda. Y no veas si es enriquecedor. Deberías probarlo alguna vez. No solo hay sanitarios. Se necesitan manos para todo.

—Cuéntame.

—Pues lo que te he comentado otras veces, lo mismo para construir un pozo, que una escuela, que para utilizar el proyector con el que poner una película a los niños. ¡Y tenías que ver sus caritas!

—De veras que yo te admiro, de corazón, pero no creo que pudiera. Se me partiría el alma.

—Eso es una excusa Mikaela. En la vida hay que coger el toro por los cuernos. Y no sabes lo bien que se siente una y lo que esa gente te enseña.

Me siguió contando sus increíbles experiencias por aquellos lares y yo me quedaba con la boca abierta.

—¿Y de amores? Porque tú mucho darte a los demás, guapa, pero también tendrás que darle alguna alegría al cuerpo.

—Bueno, hay un compañero alemán. Es enfermero y se llama Hans. Digamos que hemos conectado muy bien en los últimos meses. También se ha vuelto estos meses para Europa hasta que decidamos nuestro nuevo rumbo. De momento, voy a pasar el mes de julio con él en *Mittenwald*, su ciudad.

—No sabes lo que me alegra. ¿Cómo es? ¿Está potente? ¡Quiero foto!

—Mira es este.

—Joder guapa, como para no trincártelo. Veo que hice bien mi trabajo —bromeé respecto al hecho de que, de niñas, por ser algo mayor que ella, le daba “lecciones” sobre chicos.

—Sí. Es una monada y lo mejor es que es un tío fenomenal.

—Sois Barbie y Ken, dos modelos, vaya.

—¡No seas exagerada! Y tú, ¿tienes algo nuevo a la vista?

—Bueno, tanto como nuevo no diría yo. Más bien, renovado. No sabes a quién tengo revoloteando por ahí.

—Muero de intriga. Escúpelo ya.

—A Alessandro.

—Pero Alessandro, ¿tu Alessandro?

—El mismo que viste y calza. Lo único que ahora han cambiado las tornas.

—¡No me lo puedo creer!

La puse al día en un santiamén y ella se echaba las manos a la cabeza. Le resultaba increíble el giro que habían dado los acontecimientos.

—Pues créetelo.

—¿Te acuerdas cuando le hicimos el boicot todas las chicas de la pandilla porque lo invitaste a tu cumpleaños y se fue ese finde de viaje con sus amigos?

—Ya te digo si me acuerdo. Y, sin embargo, ahora ha venido sin que yo lo llame. ¿Será eso que llaman el karma no?

—¡Será!

—Yo voto porque tanta buena noticia bien merece que nos demos un homenaje. Te invito a comer a *Sabatini Firenze*.

—¡Hecho!

Ese sitio nos encantaba a las dos y allí estuvimos almorzando de lo más animadas.

—¿Y la buena de Stella? —le pregunté por su madre.

—Sigue en Grecia, dándose la vida padre con su armador. No hay quien la pille por aquí. Bueno, tampoco yo estoy, así que es lo mismo. La adoro, pero sabes que siempre hemos sido muy independientes las dos.

—Eso es verdad, ¿recuerdas cuando de pequeñas hacíamos todo lo posible por ennoviarla con mi padre?

—Ya te digo. Nos empeñamos en que teníamos que ser hermanas de verdad. Y eso no lo conseguimos, pero algún que otro castigo por hacer trastadas al respecto sí.

—Es verdad, como cuando le escondimos la llave del coche a tu madre para que tuviera que quedarse a dormir en mi casa y al final la pilló mi perrito *Enzo*, con lo salado que era y la hizo trizas.

—Nos la hicieron pagar con nuestros ahorros. Dejó de caerme bien tu perro, si te soy sincera —rio.

Nos despedimos con la promesa de que al día siguiente vendría a comer a casa. En pocas semanas no estaría en Florencia y era mejor cazarla al vuelo.

Camino de casa iba pensando en Alessandro. Por mucho que hiciera mil cosas, no se me caía del pensamiento en todo el día. Fue entonces cuando reparé en que no le había dicho ni media palabra a Georgina de lo del concierto de Eros.

—¡No hagas planes para mañana por la noche! —exclamé, tan pronto descolgó el teléfono.

—Pues eso, que buenas tardes, amiga —notaba cómo le encendía la sangre siempre que entraba de un modo tan directo —¿Dónde se supone que vamos?

—Al concierto de Eros.

—Mola. Eso no me lo pierdo. ¿Alguna noticia de tu Don Juan?

—Nuevo mensaje mañanero recordándome la cita del viernes.

—¡Lo tienes en el bote! Ni al oído que se lo hubieran ido a contar, hubiera él dado crédito en su día...

—Eso es verdad. ¡Por cierto! ¡Vaya cabeza la mía! También se lo podía haber dicho a Nicoletta, lo del concierto, que he comido con ella.

—¿Está en Florencia?

—Sí. Recién llegada. Mira, mañana almuerza en mi casa. ¿Por qué no te vienes tú también y echamos el día las tres? Por la tarde nos arreglamos juntas, como en los viejos tiempos...

—Me parece sensacional.

Llamé a Nicoletta y le hice la propuesta del concierto. También aceptó y llamé a Eros para decirle que finalmente seríamos tres.

—No creo que el cantante se enfade. Como si sois trescientas, cariño. Para vosotras, lo mejor.

—Te veo mañana feísimo. Anda que no fardo yo nada de amigo estrella.

Por fin solté el teléfono, que vaya tarde de palique que llevaba. Llegué a casa un tanto reventada.

—¿Puede ser un cafelito? —le di un beso a la yaya.

—Puede ser —enseguida me lo puso en la mano.

—Mañana te vamos a dar faena, al final. Vienen Nicoletta y Georgina a comer.

—¡Reunión de petardillas! ¿Te dijo algo de Nicoletta de lo que le apetece?

—Pues ni le pregunté, para qué te voy a decir, pero ya sabes que a ella le encanta todo lo que cocinas. Me voy un ratito a mi cuarto que he tenido algunas ideas para la nueva novela y quiero dejarlas apuntadas.

—Muy bien, hija. Luego cenamos con tu padre, a ver si le podemos tirar un poco de la lengua.

—¡Eso, eso! “Operación casamenteras” en marcha. Y si nos sale bien, ya solo tenemos que colocarte a ti.

—¿A mí? ¡Tendrá guasa esta niña! Será a ti, hija de mi vida...

—Pues será porque tú no quieras, pero un buen meneo hace maravillas, yaya.

—¡Tira de aquí, anda! Será deslenguada... —reía y negaba con la cabeza mientras me tiraba con un paño de cocina que tenía a mano.

Subía a mi cuarto y me tiré en la cama. Cogí mi cuaderno de apuntar ideas y mi bolígrafo de la suerte, que era uno recargable que conservaba desde mi infancia y con el que tomaba nota de todo lo importante.

Al rato llegó mi padre y yaya sirvió la cena para los tres. Intentamos sacarle el tema de Laura, pero pronto vimos que no estaba el horno para bollos y lo dejamos pasar. Tampoco era cuestión de presionarlo.

Volví a mi cuarto y terminé de darle forma a alguna de mis ideas. Ya me había despedido de todos y me disponía a trabajar un rato. Pronto caí en la cuenta de que algunas cosas de las que estaba escribiendo tenían que ver con Alessandro. Sin comerlo y sin beberlo, me estaba sirviendo de inspiración.

Traté de dormir y no podía. De repente me apeteció y lo hice. No era la primera vez. Siempre que reinaba el buen tiempo y, antes de que algún evento me pusiera nerviosa, bajaba a nadar un rato por la noche. Yo no era consciente, pero la cercanía del viernes me estaba acelerando.

Nadé durante una media hora hasta caer exhausta. Me di una ducha relajante y entonces sí: me dejé caer en los brazos de Morfeo en apenas unos minutos. Tenía ganas de viernes.

## Capítulo 6



Me desperecé y tomé contacto con la realidad.

Ya era jueves y un sol deslumbrante que decía “Mikaela, levántate y disfruta”. Y no solo lo decía el sol sino el mensaje de Alessandro que acababa de sonar.

“Buenos días, bombón. Te deseo un jueves genial y sobre todo que no lo olvides: tienes una cita muy importante mañana en el restaurante de Marco”.

Bajé por mi cafelito y la yaya ya estaba liada con el almuerzo. Era increíble la vitalidad que tenía esa mujer. ¡Vamos, nos íbamos a quedar sin comer nosotras!

—Huele a gloria yaya, dije al entrar en la cocina, mientras le daba un beso.

—Gracias, cariño. Aquí tienes tu cafelito. Ha vuelto a escribir, ¿verdad?

—Sí. Ha vuelto a hacerlo —sonreí —Mañana es el día.

—¿Nerviosa?

—Un poquito.

—Normal, lo estoy hasta yo. Tú siempre has querido mucho a ese chico.

—Sí y también lo he pasado muy mal por su culpa. Aquello era una contradicción en mi interior. Me gustaba hablar de él, pero también hacía que me pusiera a la defensiva.

Después de desayunar subí a ordenar un poco mi cuarto y las chicas no tardaron en dar señales de vida, cada una por su lado.

Les comenté que vinieran sobre las 12 del mediodía. Al rato, me llegó un mensaje de mi padre “Mikaela, hija lo siento. Me hubiera gustado ir a comer con vosotras aprovechando que está hoy Nicoletta, pero va a ser imposible. Vamos con retraso”.

No pasaba nada. Reunión de chicas.

A las doce en punto, como un clavo llegó Georgina.

—¿Te ayudo en algo, yaya? —mis amigas también la llamaban así, cariñosamente.

—Ni mucho menos, hija. Poneos los bikinis y aprovechad el solecito, que está el día precioso.

Ya estábamos en la piscina cuando llegó Nicoletta, con su parsimonia característica y con cerca de una hora de retraso.

Se introdujo sigilosa en la cocina y le tapó los ojos a la yaya.

—¿Quién soy?

—Mi niña preciosa —se volvió ella y se la comió a besos.

—¿Qué está pasando aquí? —hice ver como que la escena me daba celos, provocando las risas de las dos.

En un pispás, Nicoletta se cambió y se unió a nosotras en el jardín.

La yaya no tardo en salir con una completa bandeja con 3 zumos naturales de frutas y unos aperitivos.

—Pero yaya, no te vayas. Quédate con nosotras —coreamos.

—Después, después. Ahora estoy liada con la comida, pero no os preocupéis que ya luego me tendréis que poner al día de todo.

—Esto es vida —Nicoletta miraba alrededor con ojos nostálgicos —Este jardín siempre me recuerda al pony que tenías, Mikaela.

—Eras la envidia de todas nosotras con el pony. Hacíamos cola para venir a verlo —recordaba Georgina.



—Bueno y la bomba fue el día que tu padre y mi madre estaban charlando en la puerta, vamos más bien pasteando un poco, y no se dieron cuenta de que el pony salió corriendo carretera abajo.

—Sí, vaya risa, que tu madre salió detrás de él y se le partió un tacón...

—Y tu padre la trajo en brazos, muy galán él, mientras que nosotras llorábamos porque creíamos que el pony estaría muy lejos.

—Y se había metido tranquilamente en el campo de al lado. Tenemos fotos de las dos con él cuando volvió...

La verdad es que mi infancia había sido de lo más bonita, igual que mi juventud. Y ello pese a la marcha y posterior muerte de mi madre, que me pillaron muy pequeñas. Prácticamente, los únicos malos recuerdos que tenía eran de cuando me tocó pasar las de Caín con Alessandro y ahora parecía masoca perdida.

—Hoy comemos las cuatro aquí en el jardín —la yaya salió muy dispuesta, mantel en mano y todas corrimos a poner la mesa.

—Es una estupenda idea yaya, sería una pena perdernos este buen tiempo.

—De eso nada, hija. Además, el sol es fuente de vitamina D — se las sabía todas en cuestión de salud y a mí me hacía mucha gracia. Además, tenía una gran cultura en todo lo concerniente a hierbas y conocía todos los remedios.

Comenzamos a hablar de eso.

—¡Yaya, si hasta a mí me quitabas los resfriados con los vahos de eucalipto! No los he vuelto a olvidar en mi vida — recordaba Nicoletta.

—Es verdad, bonita, que eras muy propensa a que se te agarrara la tos al pecho.

—Pues no sabes tú que muchos de tus remedios los recuerdo cuando estoy en esos países sin recursos y me han sacado de más de un apuro.

—¿De veras me lo dices?

—Y tan de veras. A menudo nos faltan medicinas y tenemos que echar mano del ingenio. Y muchas veces me acuerdo de ti y de cómo harías las cosas.

—Me alegra mucho si he podido ayudarte con lo poquito que yo sé —no podía ser ella más humilde.

—Me has ayudado y no poco, yaya. Y ahora otra cosa, ¿no hay otro lugar en el mundo en el que se ha coma mejor que en esta casa! —Nicoletta estaba convencida y la yaya negaba con la cabeza.

—Es simplemente *tagliata con rucola*, hija. Nada del otro mundo.

—Pero que sabe a gloria, yaya —añadió también Georgina.

—Me vais a sacar los colores entre todas —dejadlo ya.

La conversación no podía ser más animada. Allí las tres tenían a alguno a la vista, pero ninguna nada seguro.

—Ya voy teniendo ganitas de veros emparejadas y de ir hasta a alguna boda —la yaya se achispaba con nada y habíamos dado cuenta de un buen vinito.

—Calla, calla, no mientes ruina —pretendí cambiar de tema.

—Pues tú igual eres hasta la primera, hija, que de lo tuyo se habla en la tele y todo.

¡Ya estaba el lío!

—Yaya, lo mío sabes que no tiene mucho caso. Es más bien que nos debe ir la marcha a los dos —lo decía en alto para convencerme a mí misma. Quería que saliera, pero me daba hasta miedo hacerme ilusiones.

—Tú estás enamorada hasta las trancas y lo sabes, Mikaela. Vas a caer la primera —soltó sin anestesia.

¡Pues sí que la estaba agarrando bien la yaya!

—Anda ya...

—Que sí. Venga, venga y las demás, enseñadme fotos de esos chicarrones, que les dé yo el visto bueno —pocas veces la había visto tan graciosa.

—Yo lo único que sé es que vuelve Matteo, yaya —suspiró Georgina.

—¿Y no tienes una foto de él?

—Pero si tú lo conoces. Salimos un tiempo...

—Sí, mujer, pero es para ver cómo le han sentado los aires extranjeros —la yaya tenía hasta la boca pastosa y nos estábamos partiendo de risa.

Georgina buscó en las redes hasta dar con una foto actual de él.

—Pues bien, muy bien. Está muy potable el muchacho, te pega hija. Y recuerda eso de que donde hubo fuego quedan rescoldos y no le quites ojo de encima.

—Bueno, ya veremos yaya. No las tengo yo todas conmigo.

—¿Y el tuyo, Nicoletta?

—El mío se llama Hans y es alemán, yaya. Mira es este —le acercó su móvil y le enseñó fotos de los campos donde prestaban servicios.

—Hija mía, ¿y todos estos niños son suyos? ¿y tan negros?

Casi nos caímos las tres de la silla de lo que nos reímos. La yaya era un ser entrañable pero nunca la habíamos visto tan borrachilla. El vino se le había subido de verdad a la cabeza.

—No, yaya. Esos pequeñitos son los de los campos de refugiados. Hans es enfermero y cuidamos de todos ellos.

—¡Qué valía tienes, Nicoletta! Y el muchacho también —en ese momento a la buena mujer le dio llorona. ¡No nos iba a faltar ni un perejil!

—Yaya, voy yo por el postre —cambié el tercio como pude.

—¡Dios mío, ahora sí que muero! —Nicoletta fue la primera en probar la *schacciata alla Fiorentina*, el postre

estrella de la yaya, que le salía para chuparse los dedos.

—Me alegra que os guste, hijas. Y yo creo que me voy a tener que acostar un poco porque me debe haber sentado mal la comida. Yo no sé ni lo que tengo, pero parece que el jardín me da vueltas.

¡La comida decía! Ella no estaba acostumbrada a beber y se había pillado una melopea como un castillo.

Con mucho cariño, la acompañamos a su cuarto y la dejamos echándose una siestecita. Nosotras bajamos otra vez a la piscina a tostarnos un poquito más al sol.

—Nicoletta, tú como cojas más sol te vas a poner como un conguito —reí, pero tú misma.

—Déjame, que a mí me gusta estar morena.

—Hija, pero es que más que morena parece que te has velado, como las fotos antiguas.

—¡Ay, la leche! No me acordaba del estudio de fotos de tu padre. ¡Madre mía, aquel día que abrimos la puerta de golpe y nos las cargamos todas de un plumazo!

El caso es que mi padre había sido muy aficionado a la fotografía y, todavía me parecía verle en aquel pequeño estudio que se montó en casa en mi niñez y que con los años desapareció.

De resultas de aquella afición, nuestra casa estaba plagada de fotos que él mismo había tomado durante mis primeros años de vida. Incluso en algunas paredes, conservábamos, como una reliquia, algunas en las que aparecía mi madre conmigo.

A media tarde subimos a vestirnos, no sin antes echar un vistazo a la yaya, que yacía plácidamente en su cama.

—Lo mejor que puede hacer es descansar —Nicoletta cerró su puerta con cuidado.

—Sí, sí, no hace falta ser médico para saber eso —bromeé —Georgina y yo lo sabemos por experiencia. Tenías que ver la cogerza que nos pillamos el día de mi cumple. Lástima que no llegaras a tiempo para él.

—Y encima la desgraciada esta me llama a la mañana siguiente, temprano, con un dolor de tarro que tenía yo que me quería morir. No sé cómo le hablo —Georgina me hizo burla.

Aquello nos recordó a los viejos tiempos y arreglarnos juntas fue todo un ritual.

Comenzamos a ducharnos por turnos y yo preparé las planchas de última generación que me habían regalado por mi cumple.

En ese momento sonó un mensaje. Era de Eros. Nos dejó flipadas.

“Cariño, a las nueve envió una limusina a la puerta de tu casa para que os traiga a las tres”.

Nos pusimos a chillar. La noche se presentaba fenomenal.

Cada una escogimos un look a la última pero cómodo, porque deseábamos disfrutar como era debido del concierto. A mí se me daba mejor maquillar, así que me encargué de esa parte, mientras que Nicoletta hizo lo propio con el pelo de las tres.

—Yo alucino con lo bien que nos has dejado el pelo — Georgina no paraba de mirarse al espejo. Más que médico, tenías que haber sido peluquera.

—Es que cuando eres hija de artista te toca hacer un poco de todo y yo desde pequeña le arreglaba el pelo a mi madre —nos contaba ella mientras daba unos toques a los últimos mechones con las planchas.

Estábamos impresionantes y nos hicimos un montón de *selfies* antes de salir de casa.

—¡Ya está ahí la limusina! —exclamé cuando la vi encarar la esquina de mi calle. Aquello era francamente alucinante.

Se ve que aquel gritillo que no pude reprimir despertó a la yaya, que en ese momento llevaba ya varias horas dormidas.

—¿Qué dices de limusina? —salió de su cuarto.

—Pues nada, yaya, que Eros nos ha enviado una para llevarnos al concierto.

—Pues eso lo tienen que ver mis ojos —bajó con nosotras las escaleras y hasta se subió en ella un momento para que nos hiciéramos fotos las cuatro.

Después ella se metió en casa y la limusina echó a andar. ¡Hasta champagne nos ofreció el chófer!

Tomamos una copita, pero controlando. Yo no quería desfasar. No tenía necesidad de beber siempre para pasarlo bien. Y al día siguiente era mi cita con Alessandro. Tenía que ir estupenda.

Fue todo un lujo llegar al recinto, que ya estaba hasta la bandera, y que nos colaran por la parte de los artistas. Nos llevaron directamente hasta el camerino de Eros.

—¿Han abierto el cielo y se han fugado tres ángeles? —nos besó a todas.

—Yo tengo de ángel lo que tú de hetero —le guiñé el ojo.

—Pues es una verdadera lástima que yo no lo sea, porque estáis para mojar pan todas.

—¡Tú sí que estás impresionante! Pero mírate... Me quedo loca.

No era ya solo que estuviera guapísimo, que eso saltaba a la vista, era que despedía un halo de estrella que tiraba para atrás.

—No es para tanto, mujer... Después del concierto, voy con los míos a tomar algo. Os tenéis que venir. No es una propuesta, es una imposición.

A todas nos apetecía ir y a mí la primera. Controlaría el alcohol y punto.

Antes de salir del camerino, nos hicimos fotos con él. Quedaron de lo más saladas. Aquel comienzo de verano no podía estar siendo mejor.

Ni zona VIP ni nada. Nos había tomado el pelo. Pudimos ver el concierto desde uno de los laterales del escenario. Fue una experiencia memorable.

Cuando el público lo vio salir, el clamor hizo retumbar el escenario. Después empezó aquel espectáculo de luces y los

primeros acordes marcaron una noche mágica.

En diversos momentos del concierto, vi cómo me guiñaba un ojo y, en un momento determinado, me dedicó una canción. Ese gesto me hizo estremecer.

El público estaba de lo más entregado y Eros moría con su gente. Yo siempre supe de la pasta que estaba hecho mi amigo, pero comprobarlo aquel día en vivo y en directo fue formidable.

—¡Otra, otra! —coreaba el público cada vez que él intentaba abandonar el escenario.

Hasta cinco canciones más nos regaló y finalmente la estrella bajó del escenario y volvió a ser mi amigo de toda la vida.

—¿Qué os ha parecido?

—Que esto debe ser como la droga —le comentamos, porque era lo que nos estábamos diciendo unos minutos antes las unas a las otras.

—Eso no lo sé, porque no las he probado. Yo solo puedo decir que no puedo vivir sin esto y aludía a los gritos que la multitud le profesaba dándole las gracias por el impresionante concierto que acababa de ofrecer.

Salimos de allí los cuatro en la misma limusina que nos envió, rumbo a uno de los locales de moda de la ciudad. Lo pasamos de escándalo, bailando, cantando y con alguna otra copichuela.

Estábamos en un reservado espectacular en el que pudimos hacer el loco de lo lindo, lejos de las miradas de los curiosos, ya que Eros despertaba pasiones allí por donde pasaba.

Eso sí, todos teníamos cosas que hacer a la mañana siguiente y a las dos plegamos velas.

—Mil gracias por todo, cariño —le di un montón de besos cariñosos y quedamos en hablar en aquellos días.

—No hay de qué —decía mientras me bajaba de la limusina, que había parado enfrente de la puerta de mi casa.

Antes de eso, ya habíamos dejado tanto a Nicoletta como a Georgina en las suyas.

Entré en casa y, sin hacer ruido, fui a ver cómo estaba la yaya. Por suerte, dormía como un tronco después de lo agitado que había sido el día para ella.

Bajé a la cocina y me serví un vaso de leche tibia con el que subí a mi dormitorio. Estaba totalmente desvelada. Al día siguiente tendría aquella primera cita con Alessandro después de tanto tiempo y me podían los nervios.

No sé cuántas vueltas di en la cama. Lo único que recuerdo es que, después de las ovejas, vinieron rebaños completos y yo seguía con los ojos como platos. En algún momento debió rendirme el sueño, con la sonrisa en la cara por un encuentro que me generaba una ilusión increíble, por mucho que le hiciera ver lo contrario a él.



## Capítulo 7



Y llegó el viernes, ese día tan esperado.

Por la mañana me levanté y la taya no estaba ya que había ido al mercado. Mi padre ni idea, pero tampoco se encontraba en la casa.

En esas sonó el teléfono. Era Georgina y por su voz cantarina, adiviné que no era yo lo única que tenía un buen día.

—Hola, guapa, ¿nerviosa? —me preguntó.

—Hola, petarda. Pues sí, para qué nos vamos a engañar. Más nerviosa que un muñeco de nieve con fiebre. ¿Y tú? ¿A qué viene esa vocecilla?

—Adivina quién me ha llamado.

—Como no me des más pistas...—me hice la tonta.

—Eres boba, pero boba del todo. ¡Me ha llamado Matteo!

—No veas si me alegre, tonti. Quiero todos los detalles. Desembucha y hazlo rapidito, *please*.

—¿Y eso?

—Porque todavía no me he preparado el café y ya sabes que no soy persona.

—Pues te aguantas, eso para cuando me lo haces tú a mí —casi podía ver su cara de burla a través del teléfono.

—Que lo sueltes ya. ¿Qué le pica a Matteo? Y espero por tu bien que le pique lo que yo estoy pensando...

—Eres mortalita, pero me tengo que aguantar porque en el fondo somos iguales. Yo creo que más o menos es eso lo que

le pica, porque me ha dicho que volvía y que tiene ganas de verme.

—¿Sin anestesia?

—Y sin nada, ¡así, como te lo cuento!

—Este viene enflechado por ti. Lo sabes, ¿no?

—Eso espero...

—Ahora te jodes y a sufrir como las demás. Ya no soy yo sola a la que... ¿cómo dijiste? Le chorrean las bragas, ¿no?

—Vengativa, que eres una vengativa. Pero no te equivocas, estoy revolucionada. ¿Tú crees que vuelve por mí? ¿Me echará de menos?

—No, yo creo que vuelve por mi prima, ¡pues claro, empanada! ¿Por quién va a volver si no? Ese se fue porque es un orgulloso y un cabezón como tú. Y ya lo había dicho y no dio marcha atrás. Ahora, que te apuesto lo que quieras a que no ha estado conforme ni un día. Y vuelve con el rabo entre las piernas.

—Hombre, espero que sí. Solo faltaba que volviera sin rabo...

—No, no te preocupes, que lo trae y ya verás lo pronto que te lo enseña.

—Así me gusta, bonita. Eres todo romanticismo.

—No puedo evitarlo. Ya me conoces... ¿Se te ofrece algo más o me dejas ya desayunar?

—Ya te dejo, desagradable.

—Venga tonta, que es todo un papel. Ya sabes que me encantan tus noticias. Ojalá en nada me digas que ya estás con él.

—Ojalá, amiga. Y de ti quiero noticias pronto, que tengo que saber cómo va el culebrón del año.

Nos despedimos y me preparé un café y una tostada con mermelada. Me los llevé al jardín.

Camino de la mesa me encontré a Bruno que también venía con ganas de palique. ¡Me había mirado un tuerto esa mañana! No veía la hora de sentarme tranquila.

—¿Tú cómo ves mejor el jardín? ¿Antes o ahora, Mikaela?

Respondiera como respondiera iba a quedar como el culo porque no me había percatado ni del más mínimo cambio. ¡Estábamos apañados!

—A mí me gusta siempre como lo pones. Está precioso — me zafé corriendo antes de que el universo me pusiera otra trampa y no llegara.

Por fin me quedé sola. Encendí la tele del porche y me puse a ver el programa de Alessandro.

¡Joder! Estaba guapísimo, con ese pelo al aire, esa sonrisa...

Pese a que parecía tener claro lo que ponerme, el vestido que me había comprado, ahora al verlo así me asomaban las dudas. Ya no me molaba lo suficiente. Así era yo. Le di vueltas al coco ¿Un vestido corto? ¿Falda? ¿Pantalón? ¡Nervios!

Desayuné sin poder de dejar de mirar a la tele y preguntarme mil veces ¿qué me pongo?

Lo pensaría cuando estuviera arriba. Eso siempre me funcionaba. Igual no tenía ni idea, pero era coger una prenda y saber que era la que venía como anillo al dedo ese día.

Subí a mi dormitorio y me di una relajante ducha. Me había levantado con todo el tiempo del mundo. Al salir, me apliqué un maquillaje suave y volví a recurrir a mis planchas. Me encantaba cómo me dejaban el pelo.

Ahora ya sí que tocaba elegir ropa. Llegó el momento y me introduje en el vestidor. Al final me decidí por una falda corta

pegada en toda la cadera de color rosa claro y tres volantes pequeños, con unas sandalias de tiras blancas al igual que la camiseta de tirantes.

Estaba guapísima. Un atuendo *casual* pero que me sentaba fenomenal. Un rato después el timbre sonó y era Alessandro. Había pasado a por mí.

—Hola —sonreí negando.

—Hola, parece por esa cara que vienes obligada, pero viendo lo guapa que estás algo me dice que no tanto.

—¡Vamos! —reí —Y no te hagas ilusiones, que yo me arreglo para mí. Y a quien le guste, bien y a quien no, también.

—Te diría de ir en coche, pero la verdad es que sería una auténtica necedad perdernos este solazo.

—¡Ni de coña! ¡No me lo pierdo ni de coña! Me encanta el sol...

Fuimos caminando hacia el restaurante. La gente nos miraba, sobre todo lo reconocían a él, aunque a mí también. En mi caso no por ser una autora *best seller*, sino por ser la hija de Luca.

Marco nos pasó a la mesa que nos tenía reservada, sonriente como siempre y feliz de que dos personas famosas estuvieran juntas en su restaurante. Ya estaba acostumbrado, pero a vernos allí por separado, sobre todo a mí, que lo visitaba frecuentemente.

Nos pedimos una botella de vino y una ensalada *Frutti di mare*. Luego nos comeríamos una carne a la brasa. No teníamos ganas de pasta ni de pizza.

—Brindo por este reencuentro que nos llevará al comienzo de...

—¡Cuidado con lo que dices! —reí.

—¿Quieres dejar de cortarme? —negó sonriente.

—Yo sí, pero cuidado con lo que dices —advertí.

—¿Sabes que te voy a secuestrar hasta el domingo por la noche? —hizo un carraspeo.

—No, no lo sabía, ni lo quiero saber, solo es una comida...  
—ya estaba viendo sus intenciones y yo se lo quería poner bien duro, las intenciones, claro.

—Bueno, no sé qué parte hay que explicarte de un secuestro —sonreía ampliamente.

—Me lío a hostias contigo y no hay Dios que me frene...

—No creo, no será tan difícil —volvió a carraspear antes de dar un trago al vino.

—¿Crees que tienes el mundo a tus pies? —volteé a los ojos.

—Con tenerte a ti me es suficiente —rio.

—¡Serás tonto!

Me encantaba esa seguridad con la que me vacilaba.

—Una cosa, no vi que salieras con equipaje de fin de semana ¿Tenemos que ir a recogerlo?

—No, mejor quemas tarjeta y nos vamos a comprar ropa a lo *Pretty Woman* —sonreí con ironía.

—No hay problema por ello —hizo un gesto de no importarle en absoluto.

—Ah, entonces sí. Me voy todo el fin de semana contigo, si hay que quemar tu tarjeta, se quema —reí.

—Así que lo pasarás para sacarme los cuartos. Es bueno saberlo —levantó la ceja.

—Y todo eso en caso de que me apetezca, que no lo tengo muy claro. Además, es seguro que después de la comida y con el vino que estamos tomando, me quiera ir para mi casa a echarme a dormir —me encogí de hombros.

—Si hay que ir a tu casa a dormir un rato, nos vamos. Tampoco tengo problemas por eso —soltó con descaro.

—Ah no, tú te vas a la tuya —reí.

—¿No me dejarías dormir en tu casa?

—Bueno, en la habitación de invitados, pero eso mejor lo hablas con Luca —me referí a mi padre.

—Eso, encima echas balones fueras.

—Ni que fuera futbolista —negué con la cabeza

Su mirada y gestos eran de lo más seductores. Parecía que iba a saco, quería ponerme nerviosa, pero no, no lo iba a conseguir. Ahora me cogía con más tablas y menos babosa, así que la iba a llevar clara conmigo, a pesar de que me gustaba muchísimo.

Estuvimos charlando de cómo nos había ido en aquellos años, aunque yo a él lo veía y mucho en su programa la mayoría de las mañanas.

—Tú te has convertido en una escritora de renombre. Si ya decía yo que eras una ratonceja de biblioteca —empezó a provocarme.

—De ratonceja nada, que mi buen público tenía yo. Otra cosa es que tú no supieras apreciar este cuerpo serrano —lo señalé de cabeza a pies.

—Ahí, me has cogido. No sé, supongo que igual tenía que haber ido a que me graduaran la vista o algo. En cualquier caso, quiero enterrar el hacha de guerra —sonrió del modo más seductor del mundo.

—Pues tú dirás. Soy toda oídos...

—Creo que después de esta comida y siendo viernes, pega irnos a tomar unas copas por ahí...

—No sé yo ¿eh? —hice una burla.

—¿Me lo piensas poner muy difícil? —arqueó la ceja poniendo cara de pensativo.

—Nooo, para nada —moví la cabeza de modo irónico.

—No, no, que va, ella no —rio —De todas formas, esto es un secuestro, así que poco puedes decidir este fin de semana.

Marco se acercó en ese momento con la cuenta que le había pedido Alessandro, así que pagó y salimos de allí.

Me puso su brazo para que me agarrara. En el fondo era muy gracioso a pesar de que yo lo había sentenciado por todo

lo malo que me hizo sentir años atrás. Si él pasó de mí, ahora me tocaba hacerlo a mí.

Andamos un rato por el centro de Florencia. Luego nos paramos en una terraza a tomar una copa de vino con unos amigos de él del programa que nos habíamos encontrado. Eran periodistas, dos chicos y una chica, Emmanuel, Leo y Romina.

En su rostro se pudo ver la sorpresa al vernos juntos, incluso bromearon para que les diéramos alguna información de lo nuestro que les sirviera para rellenar espacio en el programa.

Les advertí que ni de bromas, que como sabían, éramos amigos de años y ahora nos habíamos encontrado para comer.

No había forma, estaban muy graciosos y animados. Les volví a advertir que ni se les ocurriera meterme en un lío mediático y hablar sobre ello.

Alessandro todo el tiempo estaba sonriente. Imagino que le hacía gracia que nos relacionaran, pero yo lo miraba con ojos de advertencia, para que no permitiera ni lo más mínimo.

Estuvimos toda la tarde con ellos. Me encantaba conocerlos directamente ya que lo hacía de modo profesional. Los había visto durante miles de horas y ahora estaba allí participando en lo que parecía una de sus tertulias televisivas.

Y nadie podía decirme que yo no tuviera velo en ese entierro pues no había duda de que la posibilidad de que tuviera algo con Alessandro hacía que quisieran saber más cosas sobre mí.

Yo era consciente de que aquel revuelo podría incluso venirme fenomenal para mi carrera como escritora, pero no estaba dispuesta a pasar por el aro. Todo lo que había avanzado en ese terreno me lo había ganado a pulso y estaba orgullosa de ello.

Romina era de lo más divertida y descarada. Junto a Georgina, Nicoletta y a mí podría ser parte de un gran cuarteto ya que tenía un humor muy sarcástico, me reía bastante con ella.

Empezó a insistir tela marinera en que yo tenía que ir al programa.

—Pero si yo no me llevo bien con la pantalla —negaba con la cabeza. Solo quería quitarles aquella idea absurda.

—Mujer, anda ya que, seguro que das muy bien en cámara y, además ya no es eso.

—¿Y entonces? —reí. Aquello me venía más bien grandecito.

—Pues que tú misma nos lo prometiste, Mikaela. Alessandro nos lo contó en vivo y en directo.

Le lancé al mentirosillo una mirada asesina. En vivo y en directo lo iba a aniquilar, allí mismo. De repente, salvada por la campana.

Para nuestra sorpresa mi padre, que pasaba por allí, se paró a saludarnos y se quedó un rato con nosotros. Lo trataban con mucho respeto. Además, estaban contentos de poder tenerlo de esa forma cercana por unos momentos así que se convirtió en la joya de la reunión.

Eso sí, quisieron sacar tajada, alguna información sobre su vida privada y ahí demostró él las muchas tablas que tenía. Los esquivó con mucha elegancia. Llevaba toda la vida sorteando a la prensa. ¡A roban iban a venir a la cárcel!

Más tarde se despidió y se fue. Emmanuel propuso irnos a su casa a seguir de copas y cenar algo, así que terminamos de camino a ella.

Fui con Alessandro en su coche ya que Emmanuel vivía en una zona residencial fuera de la ciudad. Una preciosa casa con un jardín de estilo balinés y cuidado al detalle. Me encantó, se veía un lugar confortable.

Habían comprado comida asiática. Cenamos mientras charlábamos animadamente y luego pasamos a las copas, con un poco de música de fondo.

Romina le daba para el pelo a todos, cuando soltaban una de las suyas, ella les arreaba un zasca.



Me lo estaba pasando pipa. Lo que sí notaba es que Alessandro observaba con ese aire seductor cada uno de mis gestos y palabras. Yo lo hacía peor, me gustaba enviar mensajes en esa charla que solo él podía descifrar.

Nos recogimos bien tarde, el día había sido divertido, bonito y largo, pero muy bien disfrutado.

Quería que me fuera a dormir con él, pero me negué en rotundo, así que me dejó en mi casa y quedamos en hablar por la mañana. Tenía claro que quería que pasara el sábado con él. Yo le hice entender que eso dependería del humor con el que me levantara.

Al llegar a casa y, para mi sorpresa, vi luz en la cocina. Era muy tarde y aquello no era de esperar. Pensé que pudiera ser la yaya calentándose un poco de leche.

—¡Hola, papá! —mi intuición me había fallado.

—¡Hola, hija! He venido por un poco de agua, pero después he pensado que eso no debe ser sano —sonrió —Mejor me voy a servir una copa.

—Te acompaño —sabía que tenía ganas de hablar.

Me puso una copa en la mano y él se sirvió otra.

—No me andaré con rodeos y no quiero sonrisillas. No podía coger el sueño...

—¿Es por Laura?

—Sí. He estado con ella esta tarde y me he sentido muy bien, la verdad.

—¡Papá! Eso es horroroso. ¡No sé cómo has podido soportarlo! ¡Normal que no puedas coger el sueño!

—Déjate de guasita, anda... Hay una parte del tema que no me gusta y lo sabes.

—¿Y cómo quieres que trate el tema? Lo estoy haciendo a pitorreo, como si fueras un niño de tres años, que es la edad que representas cuando hablas así.

—Perdona, supongo que tienes razón...

—¿Qué parte es la que no te gusta?

—Pues la de que me ha dicho de volver a vernos mañana y le he contestado un “sí” rápido y ligero, sin pensar.

—Que te ha salido del alma...

—Más o menos.

—¿Y cuál es la parte negativa? Vamos según tú, porque yo sé que no hay ninguna...

—Pues que yo no quiero depender emocionalmente de ninguna relación, hija. No quiero...

—No quieres sufrir, cabeza de alcorneque. Y no quieres hacerlo porque desde que mamá se fue piensas que todas las mujeres de tu vida van a irse, haciéndote daño y has sido incapaz de volver a darte a ninguna.

—No puedo negarlo, pero es que prefiero estar solo a tener miedo...

—Pero es que ese es un temor irracional, papá. Lo que te pasó una vez no tiene por qué volver a repetirse. Lo pasado quedó en el pasado. Y el futuro es tu oportunidad para ser feliz.

—Mikaela es que yo, no sé cómo decírtelo, la quise demasiado. Quise a tu madre con toda mi alma.

Sus palabras me conmovieron a más no poder porque jamás mi padre se había abierto en canal así conmigo.

—Nunca se quiere demasiado, papá. La quisiste como tú sabes hacerlo y eso te honra. Estoy segura de que Laura sabría apreciar ese amor. Es una mujer maravillosa y no tiene edad de andar jugando a las casitas, ni necesidad ninguna de hacerlo.

—En eso tienes razón, hija.

—En eso y en que deberías darle una oportunidad. A mí me cae fenomenal —le guiñé un ojo.

Era la primera vez que mi padre y yo hablábamos con tanta franqueza. La verdad es que el día había venido cargadito de emociones. Nos despedimos y él me prometió pensar en la cuestión.

Me fui a mi habitación donde caí en redondo sobre la cama.

## Capítulo 8



Joder con la resaca que llevaba.

Por si no iba todavía fina, encima la última copita por la noche con mi padre. Bajé a la cocina y allí estaba mi yaya sonriente, preparando mi café.

—Buenos días, *amore* —la besé con cariño.

—Buenos días, cielo ¿Qué tal ayer?

—Me lo pasé bien. La verdad es que fue un día un poco sorprendente. Nos encontramos con los compañeros del programa de Alessandro y pasamos la tarde con ellos. Además, terminamos cenando y tomando copas en casa de Emmanuel.

—¿Estaba Romina?

—Sí —reí —es una crack, me encanta, super simpática.

—A mí es la que más me gusta de ese programa. Se ve que es una chica con las ideas claras y que no se corta ni un pelo, pero todo lo dice con mucha educación.

—La tiene, es muy educada además de toda una cómica. Me reí mucho con ella.

—Se le ve, a las personas llenas de vida, se le nota.

—Pues Emmanuel y Leo también son bastantes buenas personas.

—No lo dudo.

—Pues no veas si me insistieron en que fuera al programa.

—Ay, fíjate. Aunque no te veo yo en ese sarao Mikaela, para qué voy a decirte.

—Yo tampoco, yaya, pero si quieres aviso que vas tú y así los conoces de primera mano —me encantaba buscarla.

—¿Yo? No sé qué se me habría perdido a mí allí, hija.

—Pues convertirte en una estrella, yaya, porque tú lo vales —le hice un gesto como presumiendo de pelo y ella se moría de risa.

Miré el móvil y me había llegado un mensaje.

Alessandro: Te recojo en una hora...

Me quedé a cuadros, me dio la risa y se lo enseñé a la yaya que se ponía las manos en la boca riendo también.

Yo: ¿En una hora? ¿Teníamos una cita?

—Hija, mira que ponerle eso —volteó los ojos.

—Yaya, que hay que tratarlo así para que no vuelva a ponerse tonto —reí.

—Mujer de eso hace años —hizo un gesto con la cabeza un poco en plan riña.

—Pues yo se lo tengo guardado, que hubiera espabilado. Ya me llegó otro mensaje —dije enseñándole el móvil.

Alessandro: En 57 minutos...

—Anda me da la cuenta atrás y todo —solté otra carcajada nerviosa.

—Me da a mí que te vas a tener que espabilar y ducharte rápido, en nada toca la puerta.

—Si tiene que esperar, que espere, quiero otro café relajadamente.

—Ahora mismo te lo pongo, pero ya sabes, el tiempo corre.

—Veremos qué me depara hoy el día.

—Pues pasear, tomar algo, comer, quizás reuniros de nuevo con sus amigos...

—No, eso fue porque ayer salieron de trabajar y aprovecharon el día. No creo que hoy se reúnan de nuevo,

además no escuché ningún comentario sobre quedar, ni nada por el estilo.

—Bueno, pues te tocará pasarlo a solas con Alessandro.

—Eso creo.

—Mira que si vive arrepentido por no haberte hecho caso antes...

—Pues que se joda —le saqué la lengua y cogí el café que me había puesto.

—No seas mala, anda...

—Y hablando de otra cosa, yaya. Creo que hemos dado en el clavo. Para mí que al final Laura va a ser “la elegida”.

—¡Dios te oiga, hija!

—Creo que ya lo ha hecho.

—¿Hay avances?

—Los hay. Papá anoche me reconoció que le gusta mucho, pero que tiene miedo.

—¡Alabado sea Dios! Este hombre, por fin se abre...

—Sí, lo que pasa es que estos procesos no son fáciles. Es un gran paso, pero espero que no dé marcha atrás en ningún momento.

—Bueno y si lo da, ahí estamos nosotras para darle un empujoncito, hija. No le quitaremos la vista de encima.

—O un pedazo de empujón, lo que haga falta, pero al galán lo emparejamos como que me llamo Mikaela.

—Corre ya, anda y no te hagas más de rogar. Ponte guapa.

Me duché y me vestí. Al final decidí estrenar ese día el vestido que me había comprado para el anterior y que al final dejé muerto de risa en el armario. A la hora acordada sonó el timbre de la casa.

Escuché desde arriba a yaya recibirlo.

Bajé sonriente y lo encontré en la cocina con ella.

—La yaya me trata mejor que tú —soltó nada más verme aparecer.

—Mejor que yo te trata cualquiera, soy consciente —sonreí con ironía —Ya veo que te pusieron un vino y todo.

—Ya te digo que me tratan mejor —sonreía feliz.

Yaya me puso una copa de vino a mí y nos fuimos al jardín. Ella se vino con nosotros a tomar una.

—Pues le estaba diciendo yo a Mikaela que me gusta mucho esa compañera tuya del programa. Bueno, mejorando lo presente, que tú también lo haces fenomenal, hijo.

—Gracias, yaya. Pues nada, te vienes un día y nos das una entrevista. Vamos, que nos cuentas todos los entresijos de esta preciosidad —subió la copa a modo de brindis.

—¡Otro que mejor baila! Vamos, estaría yo monísima dando una entrevista, muchacho. Ese mundo no va conmigo. Yo soy una mujer sencilla. Me gusta cuidar de la casa, de la cocina, de esta niña, que es la de mis ojos...

—Pues entonces hacemos una cosa —él no cejaba en su empeño de darle un capricho —Estás invitada el día que quieras a venir al plató. Te sientas entre el público y al final te presento a todos mis compañeros. ¿Qué te parece?

—Eso ya me gusta más. Ahí no te diría yo que no. Eso sí, que venga la niña conmigo.

—¡Qué cruz! —parecía que yo no me lo quitaba de encima. No paraban de planear.

Notaba que me miraba demasiado con esa sonrisa que me cautivó desde años atrás. Era lo que más miedo me daba, que ahora en ella se notaba deseo, ese que antes no transmitía, aunque me enamoró de igual manera.

Tras la copa de vino nos despedimos de yaya y salimos hacia su coche.

—¿Dónde vamos? —pregunté sonriendo ampliamente buscándole la lengua.

—A mi casa —me devolvió esa sonrisa en señal de ironía también.

—¿A tu casa para qué? —seguía yo sonriente de manera exagerada, ya casi me tapaba los ojos con las mejillas.

—Tienes mucho rencor dentro de ti —seguía con el mismo gesto.

—¿Yo? Soy un alma pura —negué en plan bromista.

Llegamos a su casa, una preciosidad no muy grande pero coqueta, muy minimalista. El jardín era pequeño, pero no le faltaba de nada. La casa de dos plantas muy vanguardista, con una piscina a un lado, al otro una terraza que salía desde la misma planta del edificio.

Era una joya, en una urbanización de seis casas iguales. Muy exclusiva la zona, con unos jardines en medio de todas las entradas que eran una pasada.

—Veo por tu casa que tienes buen gusto —solté con segundas.

—¿Acaso lo dudabas?

—¿Lo del gusto? En absoluto...

Nos sentamos en la terraza. El día estaba precioso. No tardó en traer una copa de vino y un surtido de quesos que estaban buenísimos.

—La piscina invita a tirarse de cabeza —la miraba embobada, era una cucada y se veía impecable.

—Pues ya sabes, toda tuya.

—No traje bañador —sonreí con ironía.

—Puedes hacerlo en ropa interior, no me voy a asustar —volteó los ojos.

—Tus ganas —reí.

Me ponía nerviosa, aunque intentara fingirlo, pero me parecía tan tentador, tan sexy, tan...



—¿Mis ganas? ¿Quién te dice que no terminarás desnuda? —rio.

—Mira, Alessandro, no me conoces...—solté una carcajada.

—Bueno, primero reconozco que te tengo que robar un beso, pero entre tanto, si quieres, puedo llamar a una tienda de confianza y te traen un bañador rápido —me hizo un guiño.

—Ah no, yo me refería que tus ganas de ver mi lencería. No me hace falta bañador, yo mejor me baño en pelotas —sonreí con ironía.

—Me estás haciendo el tres sesenta.

—Pues verás cuando te haga el tres noventa, te vas a enterar —reí.

Estuvimos bromeando un rato y luego sacó la comida. La había hecho por la mañana y solo la tuvo que sacar del horno.

Un pescado gigante con patatas y verduras, con una pinta deliciosa.

—Lo compré esta mañana en el mercado, temprano. Volví, lo preparé mientras tomaba el café y luego fui a por ti. Soy un chico que hasta con resaca responde —me hizo un gesto burlón —Lo que pasa que no quieres ver la joya que soy, pero poco a poco verás cómo me darás la razón.

—Te doy la razón en que como cocinero eres impecable —sonreí con maldad.

—¿Solo en eso?

—Y como periodista —resoplé mirando hacia arriba y causándole una carcajada.

—Me leí tu última novela, me gustó mucho —carraspeó mientras pillaba un trozo de pescado con el tenedor.

—¿En serio? No sabía que te iba la romántica.

—Bueno, no mucho, pero con el toque misterioso que le das, debo reconocer que me mantuvo todo el tiempo bastante expectante sobre lo que pasaría. Además de que me reí mucho

con el personaje de Jack, es muy bueno, todo un galán y muy cabra loca a la vez.

—Como tú, ni más ni menos —le saqué la lengua.

—Si vamos a tener el final de la novela, entonces sí quiero ser como él.

—Madre del amor hermoso, que efusivo te levantaste hoy —negué.

—Me tienes a dos velas —soltó con descaro.

—Y así te vas a quedar.

—Pero sí sé que algo te gusto —puso el rostro como un niño pequeño, en plan triste.

—Eso era antes, hijo, antes, tú te lo perdiste —me encogí de hombros —Por cierto, vuelvo a reiterarte, el pescado está de muerte.

—Pues si quieres te hago todos los fines de semana uno —me hizo un guiño.

—No gracias, no suelo tenerlos libre, este es una excepción.

—Y el que viene también.

—No te lo crees ni tú —ahí yo toda chula, pero en el fondo quería quedar todos los días con él. Eso sí, no lo iba a hacer ver ni por asomo.

—Ya lo veremos...

—Pues ya lo veremos.

Sonreía tan pícaro que encendía mis colores rojo fuerte pasión. Eso no eran mejillas. Lo mío era como si me hubieran dado una piña en cada cachete.

Después de la comida nos fuimos a pasear por la ciudad. Estaba de lo más animada y las terrazas se mostraban a rebosar de gente.

Elegimos una terraza en alto con unas vistas absolutamente privilegiadas. Un lugar que, sin ser pretencioso, era amable y servicial.

Nos atendió una camarera cubana e insistió en hacerse una foto con Alessandro. Él accedió amable y ella se fue con su mejor sonrisa.

—A veces no es lo que más te apetece, pero uno tiene que entender que vive del público. Eso sí, siempre que sean personas educadas. Lo que no soporto es la grosería o la gente que pierde las formas y se cree con derecho a todo.

—Cualquiera diría que te las tienes que quitar de encima, por tu manera de hablar —exageré un poquillo para hacerle saltar.

—A la única que me gustaría tener encima es a ti —no perdió la oportunidad. Las cazaba al vuelo —Bueno o debajo...

—Un listillo es lo que eres tú.

Alessandro me miraba de forma penetrante. Hacía revolotear todas las mariposas que habitaban en mi interior. Sabía cómo llevarme a perderme en su mirada, deseosa de que algo pasara, pero yo se lo iba a poner difícil. Ya no era la tonta a la que conoció.

—¿Piensas ir de viaje este verano a algún sitio?

—Pues claro, como todos los años —sonreí ampliamente.

—¿Con Georgina?

—Suelo ir con ella, pero aún no hablamos sobre ello. Siempre lo hacemos todo a última hora.

—No le digas nada y vámonos los dos —sonrió haciendo un gesto bromista.

—¿Aguantarte a ti en unas vacaciones? ¡Ni loca! —reí.

—Estás deseando, el problema es que no te dejas querer.

—Ni me dejas, ni me dejaré, ya sabes que tienes siete años de peregrinación por lo bien que te portaste conmigo —solté con ironía.

—Yo me voy de viaje con vosotras, lo tengo claro —ladeó la cabeza dándolo por sentado.

—Bueno, veremos este año Georgina, pues vuelve su ex, así que está deseando saber de él y reencontrarse. Seguramente me quedo en tierra.

—No, no, nos vamos los dos.

—¡Qué no! —resoplé riendo.

Pasamos por el *Ponte Vecchio* y en medio de él, me paró y me dijo de tomarnos un *selfie*. En ese momento se pegó a mi cara y me soltó un beso, de esos rápidos, de esos que te dejan sin saber qué hacer.

—La foto quedó genial —comenzó a mirarla mientras andaba como si no hubiera pasado nada —Por esto me dan un pastizal en el programa —carraspeó.

—¿Me has besado por toda la cara? Ignoré lo de vender la foto.

—No, por toda la cara no, solo en los labios —cogió mi mano y tiró de mí.

—¿Pero con qué derecho te crees? —resoplé riendo y me plantó otro beso — ¡Alessandro!

—Mikaela, si vuelves a quejarte te daré uno de verdad.

—Ni que este hubiera sido de bromas, vamos —negué.

Y fue cuando me agarró la cara, se pegó a mis labios y me dio un morreo de esos que te quitan el aliento, que te dejan sin saber reaccionar, de esos que se te va la vida en ellos...

—Te lo ganaste —me hizo un guiño y volvió a tirar de mi mano.

—Una cosa...

—Veremos qué cosa —rio.

—¿Vas a hacer conmigo lo que te dé la gana?

—No, lo que nos dé la gana a los dos —se paró en un puesto de un chico senegalés que vendía cosas de bisutería y madera —Quiero esta pulsera —dijo señalando a una de madera labrada.

—Son cinco euros.

—Claro —le pagó y la cogió. Me la puso en la mano sonriente —Ya tienes una joya mía.

—Ya te podrías haber rascado el bolsillo un poco más —reí alucinando.

—Tengo capacidad para enamorar por lo que soy, no por lo que doy —volvió a guiñarme el ojo.

—Al próximo que veas le compras un colgante a juego —volteé los ojos y no tardó en parar ante otro y coger un collar de bolas de madera.

—Ah no, yo eso no me pongo que parece un rosario.

—Quita, no me seas desagradecida —me lo colocó.

—Con lo mona que voy y me pones estas cosas —puse cara de resignación.

—A ver si solo te va a poner contenta lo *Bulgari* —reía.

—Hombre, más contenta me pondría, para qué nos vamos a engañar —solté una carcajada.

—Cásate conmigo y te compro todo lo que quieras —sonreía.

—¿Yo casarme contigo? ¡Antes muerta! Prefiero tirarme de una azotea para abajo.

—Dudo yo eso —negaba riendo.

—Además, no necesito que nadie me compre nada, ¿qué te has creído?

—Ves, eso no lo pongo en duda.

Me llevaba de la mano, me abrazaba, besaba la mejilla, los labios cuando me cogía despistada y me enamoraba más, esa era la verdad.

Fuimos a cenar y se empeñó en invitarme a uno de los mejores restaurantes de Florencia. Estaba claro que pretendía tirar la casa por la ventana. Su elección me encantó. Definitivamente, tenía buen gusto, para todo.

—¿He elegido bien?

—Genial. Me encanta este sitio. Yo había ido en muchas ocasiones allí con mi padre. Era una marisquería de lujo en la que nos conocían a los dos y nos trataron como a reyes.

—Parece que voy ganando puntos...

—Tu tranquilito, que para que ganes puntos hay mucha tela que cortar. No seas tan rapidito...

Cenamos fenomenal y hasta salió el dueño a darnos las gracias. Yo creo que en el fondo también le generaba curiosidad saber si estábamos juntos. En cualquier caso, fue de lo más amable y nos invitó a volver pronto.

—Bueno pues ha sido una noche estupenda —quise dar a entender que ya se había acabado porque disfrutaba buscándolo.

—¡Eso no te lo crees ni tú! Ahora nos vamos a tomar una copa.

—¿Pretendes emborracharme? —volteé los ojos.

—Pretendo conquistarte. No sé si me he explicado con la suficiente claridad. Y sí, lo cierto es que lo había hecho: conciso y como un libro abierto.

—Pues anda que no lo tienes crudo...

—Crudo o asado, me da igual. Me van los retos. Y cuanto más difíciles sean, más me apasionan. ¡Imposibles a mí! ¡De eso nada!

—En ese caso, te lo vas a pasar pipa, porque tienes por delante el reto más difícil de tu vida.

—Y el más estimulante, ¡venga esa copa!

Elegimos un local de moda que estaba hasta los topes. Yo me partía porque lo cierto es que costaba trabajo escucharnos y, cada vez que lo ponía en un aprieto, le decía que no me enteraba, que lo dijera más fuerte.

—Tú eres un bicho. Lo que quieres es que se entere el local entero de que me estás haciendo sudar tinta, pero por mí sin problema. Si quieres me subo a la barra y lo grito aquí mismo.

—¡No, no hace falta! Tómame una pastillita para los nervios, anda. Y es que lo veía lo suficientemente decidido a contárselo a todo Florencia y encima me iba a caer a mí la del pulpo con la prensa.

—Pues es una verdadera pena porque me apetecía chillar que eres una estiradilla.

—Y no me ves más el pelo —le saqué la lengua.

—No importa. Calva también te tiraría la caña.

Alessandro o decía la última palabra o no se quedaba contento. Era un auténtico caso.

Estaba muy bromista con el tema de irnos de viaje, pero yo le daba largas. A lo de irnos esa noche a dormir a su casa, menos bola le daba aún. Ni se me ocurriría todavía, no me fiaba de él ni un pelo.

—Pues tú te lo pierdes. A media noche no me vayas a llamar suplicando que vaya a hacerte compañía porque ya habrás perdido tu oportunidad.

—¡Ni en tus mejores sueños te llamaría yo a media noche, chaval! Menos lobos, Caperucita.

Eso sí, cuantas más cosas como aquella me decía, más me ponía. Y he de reconocer que me costaba la misma vida quedarme como una niña buena en casa cuando en realidad lo que me apetecía es que nos la diéramos mortal en la cama.

¡Todo fuera por darle en la nariz y por demostrarle que conmigo no se jugaba!

En la puerta de mi casa me advirtió de que al día siguiente venía a por mí para irnos a pasar el día a la suya. No me dejó ni contestar.

—Descansa, a las doce vengo a por ti —me plantó otro de sus besos y se fue.

Entré y la yaya estaba despierta. Me apetecía tomarme un vaso de leche en la cocina con ella.

—Alguien viene con muy buenos colores.

—Dame un abrazo anda y sí, lo he pasado genial. Es como un tira y afloja constante que me encanta, yaya.

—No te encanta el tira y afloja. Te encanta el muchacho y, por cierto, yo diría que está bastante cambiado.

—Más le vale y, cuando haya visto que hace el pino puente por mí, a lo mejor, hasta lo perdono un poquito —hice el gesto con la mano.

—Hija mía, pues sí que estás dura. Ni que el pobre chico fuese el bicho que picó al tren...

—Más o menos, ¿o ya no recuerdas cuando me acostaba llorando por las que me hacía?

—Pero cariño, es que tú entonces eras muy joven y él no te tomaba en serio. Y tú eres muy pasional y te lo tomabas muy a pecho.

—Y hablando de gente poco seria, ¿papá?

—No ha vuelto todavía. Quiera Dios que también siente cabeza y esté con Laura, porque en esta casa, con tantos vaivenes, la tenéis a una en un sinvivir. Con lo que me gusta a mí una boda...

—Pues si tanto te gusta, yaya, tenemos ya que organizar la tuya —yo era cargante por naturaleza — Primero te buscamos lo importante, que es el vestido y luego, el novio. Y ya verás lo guapa que vas...

—¡Ay, cariño mío! ¿Pero tú no sabes eso de que “aunque la mona se vista de seda, mona se queda”?

Me eché a reír y me despedí de ella. Subía a mi cuarto y me puse un pijama de dos piezas corto, muy cómodo. Llevaba algunas ideas en el coco, de esas que me inspiraban, y quería anotarlas antes de dormirme.

Quisiera o no quisiera, Alessandro me estaba sirviendo de inspiración y, de un día para otro se había convertido en mi



último pensamiento de cada noche y en el primero de cada mañana.

En la soledad de mi dormitorio, reí internamente, porque la yaya siempre decía que cuando eso ocurría, es que era amor y del bueno. Yo de momento, no le ponía etiquetas.

## Capítulo 9



—Buenos días —dije estirándome al entrar a la cocina.

—Buenos días, hija —se acercó yaya a besarme —¿Cómo te has levantado hoy?

—Bien —sonreí con amplitud.

—Esa cara es que más que bien.

—Ya te lo dije anoche. Me encanta, pero no me fío ni un pelo de ese hombre —murmuré aguantando la risa.

—¿Pero es porque pasó algo más de lo que me contaste?

—No, pero no me fío. Lo conozco y por muy bonito que lo vea todo, no me fío —repetí de nuevo riendo. Miré la cara de yaya que negaba aguantando la risa.

—Le sentenciaste por eso de que no te hiciera caso en su día —seguía negando y haciendo con las manos un gesto de quererme zarandear.

—Parece ser que sí —di un buche al café que me había acabado de poner.

—Pero hija, sabes que él es diez años mayor que tú, que siempre te vio como una niña —movía su cara a modo riña.

—Pues sigue siendo diez años mayor...—sonreí ampliamente mientras la miraba sonriente.

—Pero a ti no se te ve ya una niña —movió la cabeza regañando.

—¡Qué se lo trabaje! —exclamé sacándole la lengua.

—Y lo está haciendo —seguía con ese movimiento que me hacía tanta gracia.

Sería injusto negar que estaba mostrando un cambio. Eso sí, ahora se interesaba en quedar, en buscarme y en esas cosas, pero yo tenía una alerta de esas que te decían que no me relajara que el lobo sacaría las pezuñas en cualquier momento.

No paraba de pensar mientras miraba la olla y ese pito que chirriaba sin parar. ¡Me ponía de los nervios! Se me representaba a mi cabeza a punto de estallar cuando me agobiaba por las cosas de Alessandro.

—¿No puedes pararla, yaya?

—¿Qué quieres que pare, hija?

—La olla, ya lo sabes, no me gusta...

—¿Y eso desde cuándo?

—Pues supongo que desde ahora...

—Yo la paro, lo único es que hay una peguita.

—¿Cuál?

—Que después llega la hora del almuerzo y en esta casa tenemos todos la mala costumbre de querer comer —se echó a reír y yo no tuve más remedio que hacer lo mismo. ¡Parecía una niña pequeña!

Mi padre se incorporó al desayuno, sonriente y comenzó a contarnos sus peripecias, otro que tenía delito. Después vi que era la mía.

—Papa, tú también tienes buena cara. Dime por favor que anoche saliste y estuviste bien acompañado.

—Define bien acompañado —le encantaba el juego de esquivar mis preguntas.

—Pues ya sabes, con Laura. Q saliste es obvio, porque yo me acosté y no había ni rastro de ti en esta casa, pero hasta ahí puedo leer. El resto de información me la tienes que dar tú.

—Y no lo haré si no es presencia de mi abogado —sonrió. Ese día se mostraba especialmente esquivo. ¡Estábamos

apañados!

Desayunó rápidamente y me quedé de nuevo a solas con la  
yaya.

—Pues sí que ha estado comunicativo. Este hombre, tan pronto se abre, como se cierra. Es un enigma.

—Sí, siempre fue una cajita de sorpresas tu padre. Ya lo sabes. No te preocupes. Cuando quiera vomitar algo, nos buscará. Tú tranquila.

—¡Qué remedio! —negué con la cabeza. Parecía que era cuestión de familia. De tal palo, tal astilla. En las cuestiones del amor nos debía faltar un tornillo a mi padre y a mí.

Luego subí a la habitación y me duché. Me puse un bikini debajo. Esta vez, si íbamos a su casa, me tiraría a la piscina. Lo tenía claro. La primera vez, me había quedado con toda las ganas, pero no iba a darle el gusto de hacerlo en ropa interior y menos desnuda.

Todavía quedaba media hora para que llegara y tenía que buscar algo que hacer. Odiaba esperar mano sobre mano. Eso es algo que no había aguantado nunca. La yaya siempre decía que yo era un manojillo de nervios.

Me dispuse a coger mi cuaderno de notas y sonó el teléfono. Era Geogina.

—Hola, petardilla, ¿qué se te ofrece? Casualmente tengo un rato para hablar contigo, transcurrido el cual saldré como un tiro por la puerta. Viene Alessandro a buscarme para que pasemos el día en su casa.

—¿En su casa?

—Sí, en su casa. ¿Qué parte es la que no has entendido? Es muy sencillo. Su ca-sa. Son tres sílabas.

—Yo lo he entendido perfectamente. ¿Y qué parte es la que no has entendido de que tú caes hoy sí o sí?

—De eso nada, ¿Qué apostamos?

—Un pedazo de almuerzo por todo lo alto en el restaurante más elegante de toda Florencia. Y te vas a tener que rascar el

bolsillo tú porque voy a ganar la apuesta.

—¡Y un mojón pinchado en un palo! O mejor, que sean dos... ¿Y tú? Te vuelvo a notar contentita. ¿Qué se cuenta Matteo?

—Pues nada, que me volvió a llamar anoche y lo cierto es que empiezo a sentirlo mucho más cercano.

—Define cercano —ahí me había parecido a mi padre esa mañana.

—Pues que yo creo que debimos estar hablando por lo menos dos horas. Fue bestial. No sé cómo decirte. Es una sensación...

—Como si el tiempo no hubiera pasado, ¿no?

—Justamente, brujilla. Como si estos dos años los hubiéramos borrado de un plumazo. Sentí mucha conexión. Fue algo realmente guay.

—¿Y qué te dice de su vuelta?

—Bueno, todavía no tiene fecha fija, pero no es inminente, como a mí me gustaría, porque tiene que ultimar unas cuestiones importantes de trabajo en Bruselas. Eso sí, en cuanto las culmine, se viene. Será cuestión de unas cuantas semanas.

—Y tú estás que no cagas porque eso pase, claro.

—Que no cago y lo siguiente. Imagina.

—Imagino. Me alegro mucho, te lo mereces, aunque no te lo diga a menudo porque me gusta darte caña.

—Ya, ya. Me he dado cuenta. No te preocupes que es mutuo.

—Pues eso capulli, que cualquier cosa me sigues contando.

Nos despedimos y pensé que sería una gozada que a las dos nos pasara por fin algo bueno con aquellos chicos por una vez.

Me puse a mirar por la ventana mientras recordaba esos besos que me había robado el día anterior, era para morir de amor...

Bajé y en ese momento sonó el timbre y me dirigí a abrir a Alessandro. Me besó la mejilla sonriente y nos fuimos directos a su casa.

Por el camino me llevaba de la mano, mientras con la otra conducía. Yo lo miraba sonriente y negando por lo descarado que era y él me sonreía como si le importara una mierda lo que yo pensara. Así de simple, hasta parecía que estaba enamorado de mí el muy cretino. Me sacaba los colores.

Llegamos a su casa y abrió una botella de vino, además de poner un poco de chips, olivas y embutidos en la mesa de la terraza, junto a la piscina, en una mesa alta con taburetes. A mí me apetecía estar de pie un rato.

Miraba alrededor y me encantaba. Aquel entorno me hacía conectar, era como ese lugar que te regala un momento que a veces buscas y no encuentras. Eso me pasaba allí, tenía algo...

La casa de mi padre era más grande y señorial. Estaba cómoda allí, pero era diferente, no llegaba a sentirla mía por muy bien que estuviera. Sabía que el día de mañana tendría algo distinto y la casa de Alessandro lo era.

Me estaba planteando el casarme con él y adueñarme de esa casa, pensé mientras lo miraba.

—¿De qué te ríes? —arqueó la ceja.

—Hoy traje ropa de baño —brindé con él con la copa.

—Lástima, pensaba que te iba a ver nadando desnuda —su tono era bromista y sugerente.

—Eso más tarde, poco a poco, es cuestión de doce copas de vino, cinco de whisky y te hago un *strip-tease* —sonreí con ironía.

—Pues sí que bebes —ladeó la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Yo todo lo hago a lo grande, el caso es que me pille con ganas —le saqué la lengua y se acercó, me quitó la copa de la mano y me besó de verdad.

Y digo de verdad pues me pegó a él como nunca. Me miró sonriente y se fue a mis labios como si le faltara oxígeno de

ellos. Yo lo estaba deseando, no lo voy a negar, así que me dejé llevar y me agarré a sus brazos, esos que me causaron un fervor increíble. Su cuerpo cerca de mí era toda una provocación y yo ardía en deseos.

Cuando nos separamos cogimos las copas sonrientes. Yo negaba y él me miraba con ese brillo y esa sonrisa que derretía mi alma.

Alessandro tenía algo especial que lo hacía irresistible, además su mayor arma eran sus gestos, esos que conseguían enamorar a cualquier fémica del planeta. No le hacía falta mucho más. Eso sí, era guapísimo. Tenía un físico espectacular y no se mataba precisamente en el gimnasio, la madre naturaleza se había portado realmente bien con él.

—Me miras con la vista perdida, estás pensando en algo —volvió a insistir.

—Pues sí, que mira, me encanta tu casa, me quiero casar contigo —le saqué la lengua.

—Ven aquí —me agarró por la cintura y me pegó a él —Repítemelo ahora —lo escuchaba respirar aceleradamente.

—Ah no, así no —solté una carcajada echándome en su hombro.

—¿Y cómo entonces? —levantó mi cara con sus manos.

—Es broma —resoplé.

—¿Segura?

—Alessandro, suéltame —intenté separarme mientras reía, pero no me dejó.

—Me has dicho que llevas bikini —carraspeó metiendo las manos por debajo de mi vestido y comenzando a subir por mis caderas para quitármelo.

—¡No! —reí.

—Mikaela...—dijo en tono exigente, pero sin perder la media sonrisa y continuó quitándolo.

No pude reaccionar, aquel vestido salió por encima de mis manos que se levantaron para darle paso.

Lo dejó caer sobre el respaldo de una de las sillas. Me miraba mordisqueando el labio inferior. Cogió mi copa y la puso en mi mano, le dio un trago a la suya.

—Me has terminado de matar —levantó un poco los hombros.

—¿Qué quieres decir con eso? —reí volteando los ojos.

Puso la copa en la mesa y se vino hacia mí. Me agarró por la cintura y quitó la copa de mi mano. Comenzó a besarme mientras apretaba mis glúteos con fuerza y me rozaba con su miembro. Ese gesto provocó que me acelerara de una forma brutal.

Me cogió en brazos y me sentó al borde de la mesa de madera. Se puso entre mis piernas y comenzó a quitarme con sutileza la parte de arriba de mi bikini, mientras miraba mis pechos sin perderlos de vista, esperando a tenerlos destapados.

Se quedaron al aire y vi cómo su mano iba directa a mi pecho. Lo apretó y soltó un suave gemido. Yo me quedé inmóvil, no podía ni reaccionar, me sentía totalmente a su merced. Quería dejarme llevar por él.

Sus dos manos terminaron apretando mis pechos mientras me miraba y se acercaba a mordisquear mis labios entre besos.

Hizo que echara un poco la espalda hacia atrás y que me apoyara con mis manos para quedar un poco inclinada. Me quitó la parte de abajo del bikini y me dejó desnuda ante esos ojos que me miraban con deseos, con ganas de todo.

Me abrió un poco las piernas que colgaban de la mesa para verme mejor. Se le notaba de lo más excitado y tras sus bermudas se marcaba su miembro a punto de estallar.

Se quitó la camiseta y se puso entre mis piernas, mordisqueaba mi pezón y el otro lo pellizcaba con la mano.

Me quejé entre gemidos. Él hacía caso omiso y seguía a su ritmo. Yo me iba poniendo cada vez más excitada e impaciente porque la cosa fuera a más.

Comenzó a descender hasta llegar a mis partes. Las abrió con sus dedos y metió la lengua, que comenzó a jugar por



dentro y por el clítoris. Yo eché la cabeza hacia atrás mientras respiraba con total aceleración.

Sus dedos empezaron a ayudar a su lengua y ya creí que iba a volverme loca. Aquello era un frenesí que me ponía cada vez peor, hasta que llegué al orgasmo implorando que parara.

Caí hacia atrás mientras escuchaba cómo se quitaba las bermudas. Hasta pude sentir cómo se ponía el preservativo. Sabía que no había tregua. Sus manos ya volvían a abrir mis piernas mientras se pegaba y su miembro comenzaba a entrar por mi zona.

Se agarró a mis pechos mientras se adentraba con cuidado. Una vez dentro comenzó a salir y a entrar de forma progresiva, ligera, con firmeza.

Una de sus manos bajó de mi pecho a mis caderas y me sujetó con fuerza acompañando a los movimientos de su cuerpo.

Comencé a chillar gimiendo como nunca lo había hecho, hasta llegar a otro orgasmo a la paz de él, quedando totalmente agotada sobre la mesa.

—No te vistas —me advirtió mientras cogía la ropa y entraba en la casa.

Me incorporé y cogí la copa que estaba a un lado de la mesa. Yo no me bajé de ella, le di un sorbo y me eché a reír en flojo. Me había acostado con él, para matarme... Georgina había ganado la apuesta.

No tardó en aparecer con un bañador amarillo que le quedaba de muerte. A decir verdad, su cuerpo era impresionante y tenía un color tostado por el sol que lo hacía aún más sensual.

—O sea, que yo me tengo que quedar desnuda y tú vienes con el bañador —negué riendo.

—Es mi casa, cuando te cases conmigo...

—Ah no, yo me pongo la parte de abajo —la cogí y me la puse corriendo —aquí igualdad.

—Está bien, veremos cuánto te dura —cogió su copa para dar un trago.

—A ver si te piensas que me vas a tener todo el día abierta —miré hacia arriba moviendo la cabeza.

—Tampoco es mi intención —sonreía con una sensualidad que ya me estaba poniendo de nuevo con taquicardia.

—Me voy a la piscina —salí pitando hacia ella con la copa en la mano y la puse a un lado de las escaleras en la que me senté.

Se acercó sonriente con su copa, sin dejar de mirarme y se sentó al otro lado de la escalera. Parecían una hamaca acuática de la amplitud que tenía, cogía todo el ancho de la piscina.

—Ahora nos van a traer comida que pedí a un restaurante de confianza.

—Pensé que ibas a cocinar tú.

—Hoy no estaba abierto el mercado —sonrió con ironía.

—Vaya, se ve que ayer me sorprendiste con lo único que sabes hacer —me puse de lo más coqueta.

—No te imaginas la de cosas que sé hacer —levantó las dos cejas produciendo un cosquilleo en mi barriga.

—Nadie te dijo que quisiera saberlo...

En ese momento sonó el timbre y salió a recoger el pedido. Se fue advirtiéndome con el dedo que eso no se quedaba ahí.

Me gustaba ese Alessandro que caía rendido a mis provocaciones, ese que antes no pude descubrir porque pasaba olímpicamente de mí.

Regresó bandejas en mano y las puso sobre la mesa. Comenzó a colocar todo mientras me hacía un gesto con la cara de que fuera y yo con el dedo le respondía que no.

Se reía, eso me encantaba. Verlo sonreír me daba a entender que estaba feliz conmigo, que mi compañía le agradaba, aunque viendo que era él el que insistía en vernos, poca duda había de que estaba a gusto conmigo.

Salí de la piscina cuando todo estaba sobre la mesa y saqué una camiseta de tirantes que llevaba en el bolso. Me la puse para comer. Así estaría mucho más cómoda que con mis melones al aire.

Nos habían traído pasta y unos panecillos de queso que eran mi perdición.

Comimos entre charlas, las mismas con las que pasamos la tarde mientras nos regalábamos mil besos.

Por la noche me llevó hasta casa. Al día siguiente él tenía que estar en la cadena temprano para trabajar en su programa.

Me pidió que el fin de semana siguiente lo pasara con él y le dije que ya vería. No llegué a aceptar, pero se fue convencido de que sí, yo en el fondo lo deseaba.

No había atravesado mi puerta y ya lo echaba de menos, increíble pero cierto. Sabía que el viernes lo volvería a ver, además yo tenía que trabajar la novela, no me podía dejar de ir.

Cuando entré no vi a nadie por la casa. Mi padre seguro que estaba por ahí y la yaya en su cuarto descansando, viendo la televisión. Yo me fui al mío. Estaba cansada y tenía ganas de dormir, de acostarme pensando en él. Aquel día había sido de lo más sorprendente y aún me quedaba asimilarlo.

## Capítulo 10



Mi primer pensamiento, nuestro momento más erótico...

Bajé a la cocina y me puse con yaya a contarle un poco del día anterior, solo un poco, no quería profundizar ya que me la iba a cargar de un susto tan pronto, o no, pero me daba un no sé qué.

Ella había ido cambiando mucho con los años. Cuando yo empecé a salir con chicos, todo le daba un miedo atroz, pero con el paso del tiempo, su cabeza se fue amoldando a la época. Pese a ello, yo no solía contarle según qué cosas.

—Vamos a desayunar a la terraza que ya empieza el programa —llevaba la bandeja mientras me hacía un guiño.

Estaba claro y más que claro que estaba del lado de Alessandro, porque ella era muy discreta, pero sabía cómo propiciar las cosas. Y allí estaba, poniéndomelo delante de la nariz.

Alessandro aparecía debatiendo con su equipo. En el programa participaban varios, pero los más fuertes eran él, Romina, Leo y Emmanuel, que llevaban más años. Después estaban Flavio y Luciano que eran sus enemigos, vamos que se notaba a la legua, y siempre andaban rebatiendo los temas.

Esa mañana el clima estaba muy acalorado. Había más bronca que consenso. Eso quizás era lo que enganchaba del programa, la diversidad de las opiniones, pero por lo general estos dos últimos caían muy mal a la audiencia. Eran muy prepotentes, por eso también vendían como colaboradores.

—Esos dos son unos engreídos, hija. No me gustan nada. Parece que llevan la contraria, por llevarla nada más.

—Es su rol, yaya. Así dan juego.

—Pues vaya rol más antipático, hija.

Estuvimos hablando la yaya y yo mientras desayunábamos de lo que estaban comentando de la pareja de actores más estables del país. Por lo visto él le había sido infiel e iban a poner las pruebas. Alessandro lo defendía y nosotras opinábamos que seguro que era verdad ya que era un mujeriego.

—Míralo, defendiéndolo.

—Ya, hija. Cosas de hombres y que a lo mejor él lo cree de corazón, pero me da a mí que el otro persigue a toda falda que vea.

—Ya te digo —debí poner algo de cara de tristeza porque la yaya se percató.

—Hija, no son todos iguales. No te preocupes ni te vayas a poner a la defensiva como tu padre. También hay hombres buenos y leales.

—Eso espero —suspiré, pensando que ahora lo esperaba más que nunca. Después de acostarme con él lo sentía muy cerca y me daba miedo.

Un rato después subí a mi habitación para ponerme un rato con mi novela. Parecía que las musas me habían abandonado y todas las escenas que tenía preparadas me costaba la vida recrearlas.

Resoplé y me puse a dar vueltas por la estancia, ¿qué me pasaba?

No podía concentrarme. Estaba de los nervios, otra vez mi cabeza volvía a obsesionarse con Alessandro y ese no era mi plan.

A la hora del almuerzo llegó mi padre. A menudo no podía venir a comer con nosotras por lo que cuando lo hacía era motivo de júbilo. Me encantaban esos ratitos de cocina de los tres.

Yo había escuchado un cotilleo en el programa de Alessandro y estaba deseando corroborarlo con él.

—Papá, ¿es verdad que Sophia se casa? Ella era la protagonista femenina de la telenovela que estaba rodando mi padre.

—Vaya sí se casa. Menudo numerito. ¿Ya ha llegado a oídos de la prensa?

—Sí. Lo han dicho hace un rato en el programa de Alessandro. Bueno, ha sido la última noticia, no han podido ampliar nada al respecto. Lo ha soltado uno de los colaboradores como un bombazo, justo antes de acabar.

—Pues sí. Es que su prometido ha aparecido por el rodaje, ramo de rosas en mano y se lo ha pedido delante de todo el equipo. ¡Vaya bochorno!

—¿Por qué bochorno, Luca? —a la yaya aquellas palabras le parecieron demasiado.

—Porque la pobre muchacha, yo creo que la puede haber puesto en un aprieto, ¿y si ella no quisiera?

—Papá, también puede ser que él estuviera completamente seguro, porque esas cosas suelen saberse. Quizás el chico solo haya querido tener un gesto bonito y romántico con ella. No hay que darle más vueltas. A mí me parece precioso.

—Y a mí más —la yaya seguía tomando su sopa convencida de lo que quería —No todo el mundo tiene por qué estar escondiendo sus sentimientos, Luca.

Ahí lo había dejado...

Después de comer llamé a Georgina.

—Hoy eres tú quien tiene la voz cantarina. Suéltalo ya que muero por saber —estaba impaciente mi amiga.

—Pues nada, que mucho me temo que he perdido la apuesta.

—Lo sabía y lo sabía. Tú caías...

—Es que es irresistible y yo quería decir que no, pero no podía y al final...

—Y al final hiciste lo que tenías que hacer porque de otro modo hubiera sido para chocarte.

—Sí y fue, no sé ni cómo decirte. Me subió al cielo...

—Ya. No hace falta que me des detalles. Sé de qué va la cosa. Vaya tía, al final lo llevas al altar. Lo veo venir.

—¿Qué dices? Me megaencanta pero quiero ir despacito.

—¿Y eso lo has pensado antes o después de tirártelo la primera vez que tienes ocasión?

—Eres una cabrona integral —reí.

—Pero que dice verdades como puños. Lo mejor es que ya está hecho, lo has disfrutado y has puesto las cartas encima de la mesa. Para qué andar con jueguecitos. Lo quieres, lo tomas, no hay más.

—Pues la teoría me parece sensacional. Ahora ya solo falta que tú seas capaz de hacer lo mismo con Matteo, sin dar más vueltas que un volador —me salió la sonrisita maléfica.

—Te ha faltado el tiempo para devolvérmela, pero no te falta razón. Tomo nota, capulli.

—¿Todo bien con él?

—Todo sensacional. Anoche volvimos a hablar y más de lo mismo. No queríamos soltar el teléfono ninguno de los dos.

—Uy, uy, que me da a mí que al final los que pasáis pronto por el altar sois vosotros.

—No, no, no me aburras con eso, que ya sabes que las bodas no son lo mío. Yo creo en el amor, no en los papeles.

Nos despedimos con la promesa de seguir informándonos mutuamente.

Ese día lo pasé trabajando. Por la tarde tenía la ilusión de que me mandara algún mensaje, pero nada, ya me había advertido de vernos el viernes. También entendía que tenía que trabajar y preparar los programas, así como la información que recibía de las fuentes.

Pero me dormí triste, esa era la realidad...

Desperté como loca deseando que comenzara el programa. Al menos así lo vería, aunque fuera por la tele.

—Buenos días, yaya —la comí a besos.

—Buenos día, mi niña, ya tengo el desayuno preparado para irnos a la terraza —me hizo un guiño y la ayudé a llevar las cosas —Tu padre se fue bien temprano.

—Como la mayoría de los días —reí.

Nos sentamos a ver la tele y ese día comenzó la cosa calentita. Flavio sonriente dijo que tenía que dar una noticia de alguien del plató, lo que no sabía era que me iba a hacer tanto daño.

—Tengo unas fotos de alguien de aquí. Son de anoche pasándolo muy bien con una modelo muy conocida —dijo Flavio y la cara de Alessandro se desencajó por completo.

En ese momento ocupó toda la pantalla su foto llevando por la cintura a la modelo Helen Manson, entrando en un restaurante. Me quise morir, la primera en hablar fue la yaya.

—Qué cabrón —negaba enfadada con la cabeza.

—Lo sabía yo —sentía rabia y dolor.

Alessandro no tardó en hablar.

—Es una amiga, en esas imágenes no hay más nada allá de eso —dijo enfadado.

—Hay otra foto más dándooos un beso en el coche, en la puerta de su casa —respondió sonriente Flavio y la fotografía apareció en la pantalla.

—No pienso explicar cómo me despido de mis amigas —soltó enfadado Alessandro y apagué la tele.

Miré a la yaya alucinando.

—Para mí está muerto y enterrado, me da asco.

—No te quiero ver sufrir, no se lo merece Mikaela y mira que yo lo creí.

—Yo no, sabía que tenía que pasar de él y gilipollas de mí voy y me acuesto con él —solté sin pensar que la yaya aún no



lo sabía.

—Pues piensa que eso que te llevas —dijo ante mi asombro —Pero ni verlo más. Si te llama, lo mandas a la mierda.

—Tenlo claro, muy claro.

Llamé por teléfono a Georgina y ya se había enterado de la noticia. Le pedí irnos el fin de semana por ahí.

—Por supuesto que nos vamos, busca un lugar sea donde sea.

—Vale, lo necesito, no quiero quedarme aquí.

—Es un cerdo, vaya decepción.

—Pues imagina yo. Me he quedado a cuadros —mi tono era pura tristeza.

—No te preocupes, a cada cerdo le llega su San Martín y a este le va a llegar y bien.

La tía me miraba preocupada. Colgué el teléfono y le dije que tranquila, que esta vez no me iba a afectar como antes. Al menos iba a intentar que así fuera.

Me fui a la habitación con rabia, cualquiera se ponía a escribir con ese estado de ánimo.

Me eché a llorar, no lo pude evitar. Aquellas imágenes habían destrozado las pocas ilusiones que tenía con Alessandro. La culpa era mía por, en cierto modo, haber caído en sus garras.

El día lo pasé triste. La tía me subió la comida, ni ganas de bajar tenía.

Por la noche recibí un mensaje de Alessandro. Él sabía que yo lo había visto o me lo habían dicho, la noticia se había extendido como la pólvora.

Alessandro: Buenas noches. Me gustaría explicarte todo.

Le respondí lo que me salió del alma.

Yo: Mira, no me tienes que explicar nada, pero te voy a pedir un favor. Déjame en paz y no me vuelvas a hablar en tu puta vida.

Apagué el móvil de la rabia que me entró y me quedé a oscuras en la cama. Necesitaba dormir, eso era lo que necesitaba, desconectar y olvidarme del puñetero Alessandro.

Por la mañana llevaba una tristeza que hasta la yaya se quedó asombrada y me puso el desayuno en la cocina, sin encender la tele para nada.

Cogí el mando y la encendí, para matarme, pero le dije a la yaya que me dejara, quería saber más.

Y vaya sorpresa....

Habían pillado en la calle a la modelo y a la pregunta de qué tenía que decir de las imágenes, mi sorpresa fue más grande.

—Como dijo Alessandro solo somos amigos, nos estamos conociendo, hay conexión y el tiempo dirá.

La cara de Alessandro era de no saber dónde meterse.

—Tengo que decir que es lo que dije. Somos amigos, ahora nos estamos conociendo más, pero eso no significa que haya algo entre nosotros a lo que poner etiqueta —dijo de forma sofocada.

—Claro, te vas besando con todas tus amigas, hasta que las conoces interiormente ¿no es así? —preguntó Flavio con segundas.

—A ti no te tengo por qué contar nada...

—Está bien Alessandro, vemos que ella habla más claro. Tendremos que ir a la fuente más contundente —sonrió con ironía.

Yo estaba flipando en colores, entre la declaración de la modelo y la contestación de Alessandro era para vomitar y no parar en un mes. Era lo más deleznable que me había echado a la cara.

Lo bloqueé de todo, apagué la tele y decidí no ver más de él. Me tenía que concienciar de que estaba fuera de mi vida y eso lo iba a conseguir como Mikaela que me llamaba.

—Mikaela, no te quiero ver sufrir.

—Yaya, no lo haré hazme caso.

—Eso espero, me dolería mucho verte mal.

—Tranquila. Además, como me voy el fin de semana, me hará bien coger aire.

Subí a la habitación y me puse a ver posibles destinos para irnos tres días. Necesitaba irme lo antes posible, me iba a volver loca.

Venecia, me apetecía pasar el fin de semana allí. Aparte, en menos de tres horas estaríamos en mi coche. Era un lugar que nos gustaba mucho a las dos y al que habíamos ido en bastantes ocasiones.

Yo: Georgina ¿Qué te parece Venecia?

Tardó un buen rato en contestar mientras yo seguía mirando hoteles.

Georgina: Tengo días libres que puedo coger. Lo digo por si contemplamos la opción de irnos un poco más lejos, aunque sean cuatro o cinco días. Tengo ganas de coger vuelo, literalmente.

Pues la verdad es que era una muy buena opción el irnos algunos días de más, así que tocaba buscar vuelos.

¡Lo tenía! A Ibiza, una isla de España que se ponía de lo más animada y ambientada en esa época de comienzos del verano. Ahí había que ir.

Yo: Georgina, el viernes por la mañana salimos para ¡¡¡IBIZA!!!

Salté emocionada y toqué las palmas cuando se lo envié, pero volvió a mi mente Alessandro y otra vez me entró el bajón.

Georgina: ¡¡¡Si!!! ¿Cuándo volvemos?

Yo: El lunes por la mañana.

Georgina: Genial. Cómpralo ya, luego te paso mi parte. Busca un hotel exclusivo, con buenas piscinas e instalaciones externas.

Reí, ya conocía yo a mi amiga, *selfies* y a inundar las redes de imágenes, de esas, tipo *influencer*. Tenía el Instagram patas arribas de seguidores, así que había que buscar un hotel de esos que son todo blanco, con servicio a las hamacas blancas, de madera, lo estaba viendo venir.

Tenía el perfecto ante mis ojos, en una bahía, de cinco estrellas, frente a aguas turquesas, hamacas de colchonetas blancas, piscinas infinitas que dan la sensación de unirse con el mar y varios bares por todo el jardín. Era el ideal, sin dudas, además tenía una zona de animación nocturna para las copas por la noche.

Se lo hice saber a mi amiga y lo reservé. Ya lo teníamos todo, solo faltaba que pasaran los dos siguientes días rápido y montarme en aquel avión, escaparme de Florencia y que le dieran por culo a Alessandro. La verdad es que había supuesto toda una decepción para mí ese hombre.

Los dos siguientes días los viví a paso de tortuga. Yo no ponía ni un momento la tele, pero para mi desgracia las noticias en las redes se extendían por doquier y se hablaba sobre la posible nueva pareja entre el periodista y la modelo de moda e incluían alguna foto nueva de los tortolitos.

Yo tenía bloqueado de todos lados a Alessandro así que no se pudo poner en contacto conmigo y por la casa no iba a ser capaz de aparecer así que me fui a dormir antes de coger el vuelo sin noticias directas de él, ni las quería.

## Capítulo 11



Allí estábamos en el vuelo, directas a España, ese país que tan loca nos volvía. Las personas de allí tenían algo especial y eran muy alegres, como los italianos.

Yo hacía mucho tiempo que quería viajar a Ibiza. Y es que aquella maravillosa isla lo tenía todo. Buenas playas y calas escondidas por el día y ambiente y bullicio por la noche.

Eso se traducía en tranquilidad y descanso cuando quisiéramos y cachondeo y desenfreno cuando nos lo pidiera el cuerpo. Y todo en un entorno idílico, pequeño y acogedor, ¿Se podía pedir más?

—Lo vamos a pasar de maravilla —Georgina estaba emocionada y ese día ni siquiera me estaba dando lata. Sabía que yo no tenía el chichi para farolillos.

—Sí, es verdad. Solo faltaba que hubiera venido también Nicoletta. El caso es que lo pensé, pero no he llegado a decirle porque en breve se va para Alemania, con su Hans, y sé que tenía cosas que hacer. Con lo buenaza que es, sé que la hubiera puesto en un compromiso.

—Nada, nada, pues para otra. Aunque me da a mí que esta se nos ennovia de por vida con el alemán...

—De por vida no sé, pero que se ennovia puedes darlo por hecho. Y tú también jodida. Al final, la única que se va a quedar para vestir santos soy yo. Ya lo verás. Me inundó la melancolía por unos segundos.

—¿Tú estás tonta o estás tonta? Das una patada y se levanta media Florencia a conquistarte. Ya estás cambiando el chip...

Tenía sentimientos encontrados, alegría por el viaje y tristeza por la decepción. Lo ocurrido era algo que me tenía partida en dos, por mucho que intentara recomponerme. El mazazo había sido duro ya que, aunque me lo tendría que haber esperado, en el fondo quise creer que era distinto.

Aterrizamos en la isla y cogimos un taxi hasta el hotel, donde nos recibieron con una copa de Champagne y un bombón helado. Mejor recibimiento imposible.

Estaba claro que habíamos acertado con el sitio y una momentánea euforia comenzó a apoderarse de mí. Ojalá durara un poco, porque los momentos de bajón eran de vértigo.

Aquello era todo de revista y nuestra habitación contaba con unas vistas impresionantes a la piscina y al mar. Además, era de aquellos de la pulserita, así que lo teníamos todo a nuestro alcance. Mucho me temía que iba a beber en cantidad, y no precisamente agua.

Era la hora perfecta, la una de la tarde. Teníamos los bikinis puestos y el día por delante, así que bajamos a uno de los bares de la zona de la piscina y nos pedimos dos cocteles.

Prontito empezábamos, pero la ocasión lo requería.

Nos tiramos en aquellas hamacas que eran como camas. Aquello era vida y lo demás tontería. Además, el día invitaba a ello, claro, lleno de vida, con unos colores espectaculares y esa piscina que se encontraba con el mar, para quedarse ahí montando una novela en la cabeza que posteriormente dejara plasmada por escrito...

—Qué estúpido es Alessandro —murmuré dando un sorbo al coctel y negando con la cabeza, acordándome de él.

—Desde luego que a mí me la dio también, pensé que esta vez estaba más centrado.

—No se va a centrar en su vida, es un mujeriego.

—Pero Mikaela, además descarado. Sabe que lo van a pillar fácilmente y no le importa un pimiento.

—Bueno, pero sus deseos le pueden, te juro que es una decepción, que me da asco.

—Asco, pero duele...

—Mucho, pero lo olvidaré. A mí no se me acerca más en la vida. Y yo no lo toco más ni con un palo. Lo único que quiero es olvidarlo.

—Claro que lo olvidarás, pero el desgraciado ese no conocerá a otra como tú.

—Bueno, yo me conformo con el hecho de no se acerqué a mí. Además, si lo hace, le parto en la cabeza lo primero que tenga a mano —bromeé riendo.

—No te veo a ti muy violenta —me sacó la lengua.

—Pues que no me ponga a prueba porque tengo ganas de cogerlo por el pescuezo y zarandearlo.

Un rato después me llegó un WhatsApp de un número desconocido.

X: ¿Dónde estás?

Le enseñé el móvil a Georgina y le dije que era él desde otro teléfono. No podía ser nadie más. Me dijo que le respondiera que de vacaciones y que le mandara una foto que me hiciera en ese momento, en plan chula, como si me importara una mierda.

Me metí en la piscina y ella tomó la foto con el coctel en la mano, la pamelita que llevaba blanca y el mar de fondo, además de la otra mano poniendo los dedos en plan V.

Le envié la foto y le puse la palabra vacaciones. Era lo único que iba a tener por mi parte.

Volvió a contestar con la misma pregunta.

—Este tío es tonto —dijo Georgina poniendo los ojos en blanco.

—No entiendo esa insistencia ¿ya lo mandó a tomar por culo la modelo?

—Seguro, dame el móvil que le voy a contestar.

—¡No! —reí —que se quede esperando y dentro de un rato le bloqueo este número también —le hice un guiño.

—Esa es mi amiga —chocó su mano con la mía.

Yo estaba dispuesta a hacer todo lo que pudiera porque rabiara. Solo faltaba que viniera a buscarme ahora, porque la modelito le hubiera fallado. ¡No era el segundo plato de nadie!

No tardó en volver a enviar en otro mensaje la misma pregunta. Nosotras nos reíamos, ahora le tocaba joderse a él, aunque estaba segura de que, por su forma de ser, no iba a sufrir mucho. Eso sí, al menos iba a pasar de él que es lo que debería haber hecho desde el principio.

Siguió dale que te pego y ya no me resultaba gracioso. Yo había programado ese viaje para desconectar y no para estar pendiente de sus idas y venidas. Si quería saber algo más, que se comprara un libro.

Al final lo bloqueé. Se lo había ganado a pulso, por tonto y por descarado, además de por insistente. ¡A tomar viento fresco!

Nos trajeron la comida que pedimos a la mesa que había entre la cama de mi amiga y la mía. De veras que aquello parecían camas, era una brutalidad, invitaban a quedarse inmóviles mucho tiempo. En medio había una mesa, así que nos pusimos a degustar esa paella que era todo un símbolo de España.

—Esto está de muerte —gemí de placer con aquel sabor.

—Delicioso —hizo el gesto con la mano exageradamente.

La verdad es que estaba para matarse. El marisco se notaba fresco y en ese arroz sabía increíble. Ya sabíamos que en España se comía bien, pero aquella era la mejor prueba.

—¡Qué bruta eres chupando las cabezas de los langostinos!  
—negué nerviosa con esos sonidos.

—Esto está para chillarle —decía dejándolas secas.

—Pero hija, estamos en un lugar exclusivo, compórtate.



—Yo me comporto, pero de que me como todo, me lo como.

—Ya veo —ladeé la cara.

Ella era así y no estaba dispuesta a cambiar por nada ni por nadie. En realidad, creo que es la mejor carta de presentación para cualquier persona. Mi amiga era auténtica, le pesase a quien le pesase y por mucho corte que me diera.

Menos mal que cerca de nosotras no había nadie, ya que había turistas, pero en otras hamacas más apartadas, de lo contrario ¡qué vergüenza!

Aquella paella me hizo incluso recobrar mi apetito perdido. Acabamos los platos y hasta rebañamos con pan. Nos quedamos de lo más llenas, pero a gusto. ¡Vaya delicia para el paladar!

Eso sí, quitado el antojo de la paella, también probaríamos otras muchas exquisiteces gastronómicas propias de Ibiza, pues la comida local tenía también fama de ser espectacular. Habría tiempo para todo.

Después de la comida nos echamos una siesta allí. Nos quedamos dormidas de forma fulminante, quizás porque nos habíamos bebido una botella de vino blanco entre las dos y eso ayudó.

Aquel solecito en la cabeza invitaba a estar así mientras el cuerpo pidiera descanso. Y yo estaba reventada después de las convulsas noticias de los últimos días. Para rematar, los mensajes de Alessandro aquella mañana también me habían zarandeado.

Nos despertamos dos horas después y nos metimos en la piscina. Pedimos unos cafés y miré mi móvil. Tenía otro mensaje con la misma pregunta desde otro número nuevo.

¡Era más pesado que matar un cochino a besos! ¿Qué tripa se le había roto ahora?

No le hice ni caso, no le pensaba contestar, no lo bloqueé, pero lo iba a dejar en visto esa y todas las preguntas que enviara. Le iba a mostrar mi cara menos amable, que era justo lo que se había ganado.

—Te veo con mucha fuerza, amiga —Georgina me cogió la mano.

—Creo que la fuerza para luchar contra lo que estaba empezando a sentir es proporcional al daño que me ha hecho —le sonreí.

—Así te quiero ver —e hizo un gesto de ánimo.

Pasamos un poco más de tiempo allí. Habíamos cogido un montón de color, así que nos fuimos a ducharnos, nos arreglamos y nos marchamos en taxi a una parte de la isla en la que había mucha marcha.

Comenzamos a beber en un chiringuito de una playa donde se estaba genial. La música nos hacía mover el esqueleto. Habíamos comprado un vaso gigante que llamaban maceta, un litro de bebida, así que nos íbamos a poner moradas para empezar.

Un montón de tíos intentaron acercarse, pero Georgina y yo íbamos a nuestra bola, pasábamos de hombres, queríamos disfrutar de nosotras, de la isla, del viaje, de nuestra soledad.

—Mira las estrellas, esa brilla más que todas —señalaba con el dedo.

—Es la luna —reí negando.

—Desde luego que no le echas imaginación a nada —decía como podía, el alcohol ya le hacía estragos.

— Es verdad —reí. En esos momentos era mejor dale la razón en todo.

—Pide un deseo mirando a la estrella —me agarró por el cuello y con la otra mano aguantaba la maceta mojándome cada vez que la movía.

—Ya lo he pedido.

—Ahora lo tienes que decir en voz alta —se inventaba eso, además era la luna, no una estrella. A eso había que sumar que los deseos se pedían con las fugaces y no habíamos visto ninguna, pero yo le iba a seguir el rollo.

—¡Irme este verano a otro viaje más largo a alguna isla paradisíaca! —dije por decir algo.

—Se te cumplirá, es más, si tenemos que irnos juntas ¡nos vamos!

A la mierda la maceta, cayó a la tierra y ella se sentó en sus rodillas mirándola, a punto de llorar.

—Ahora mismo traigo otra —dije riendo.

—Vale, yo me quedo velándola como se merece —estaba ya bien perjudicada por el alcohol. La dejé allí, hablando con la maceta.

Cuando volví seguía en el mismo sitio mirando a la arena con cara de pena. Cogí el vaso que había tirado y lo puse sobre una de las mesas. Volví donde ella y me senté a su lado mirando al mar, escuchando la música para tomarnos la otra de forma relajada.

Me reí un buen rato con las cosas de Georgina. Ya no sabía ni lo que decía, pero yo le daba la razón como a los locos.

Se me iba quedando dormida cuando la espabilé y la obligué a ir para la habitación. La tuve que llevar casi a cuestas. Fue entrar y caer fulminante en la cama sin quitarse la ropa.

Yo sí me cambié, pero gracias a Dios, me quedé dormida rápidamente.

## Capítulo 12



—Georgina, me voy a desayunar, ahí te quedas.

Llevaba media hora llamándola, pero nada, era mujer muerta. La resaca podía con ella y conmigo el hambre.

Fui hacia uno de los bares del exterior y me senté en la terraza, un café y unas tostadas serían los que me devolverían a la vida.

Me puse a observar el entorno. Aquello era tan exclusivo que veías a la gente haciendo foto de poses para las redes. Me hacía gracia cómo giraba todo en torno a eso.

En aquellos momentos, pensaba en que me van más las relaciones personales. Soy de las que sigue confiando en el poder de un café o una copa con una mesa de por medio para conocer a las personas. Lo demás me resulta mucho más superfluo.

Sin embargo, aquel día estaba especialmente comunicativa y también me apetecía gritar a los cuatro vientos en las redes que era libre como el viento y que estaba disfrutando de mi libertad en el mismo paraíso, en Ibiza.

Me tomé una instantánea mordisqueando la tostada y la subí a la red. Pensé que aquello haría las delicias de Georgina, que era la verdadera loca de esas cosas, mi amiga que dormía plácidamente en la habitación y que no sabía a qué hora se iba a terminar despertando.

Un carraspeo me hizo girar la cabeza.

—¿Y tú qué haces aquí? —lo iba a matar, ahora sí que me lo iba a cargar.

Alessandro se sentó y pidió un café al camarero que se acercó al verlo.

—Unos días de relax...—ladeó un poco la cabeza.

—¿De verdad te piensas que te puedes permitir el lujo de venir a joder mis vacaciones?

—Para nada, no te las pienso joder, solo quería hablar contigo —me miraba serio, pero se veía que detrás escondía una sonrisa.

—¿Y no te podías haber esperado a mi regreso? —mi cara era de querer matarlo.

—Me tienes bloqueado por todos lados. Intento comunicar contigo a través de los móviles de mis compañeros y me bloqueas de nuevo. En tu casa ni me abren la puerta...

—¿Quién te dijo que estaba aquí?

—Fácil, Georgina en sus redes sube la foto con el nombre del hotel y el lugar —la madre que la parió, era verdad, pues vaya gracia.

—Y no te has planteado la posibilidad de que yo no quiera verte ¿verdad?

—Claro, pero tú no te has planteado la posibilidad de que todo lo del programa esté preparado ¿verdad?

—Sí, por eso esas imágenes y Flavio precisamente dando la noticia... Venga Alessandro, vete a engañar a otra —negué enfadada, ya me la quería colar de nuevo, este se pensaba que yo era tonta o me había caído de un guindo.

—Las cosas en los programas son así y esas imágenes tenían más de cinco meses —sonreía con amplitud.

—¿Y las imágenes de la modelo haciendo esas declaraciones también eran de tiempo atrás? ¡Venga ya!

—Claro que no, pero le conviene estar en el foco de la noticia, en el ojo del huracán mediático. Es una amiga, no nos vemos desde hace tiempo. Además, te escribí diciéndote que me gustaría explicarte todo y tu respuesta no se hizo esperar: me bloqueaste por todos los lugares posibles.

—Y te seguiré bloqueando. No te creo Alessandro, ni te quiero creer, sinceramente no sé qué haces aquí. Creo que has atravesado los límites, no puedes aparecer metiendo las narices en algo tan personal como es una escapada de dos personas ¿Qué pretendes?

—¿Qué me escuches? —se encogió de hombros.

—Pues ve diciendo rápido y vete por donde has venido. Ten claro que no te pienso aguantar todo el día y que no vas a joder mis planes.

—No, hasta el lunes no tengo vuelo. Pedí el día en el trabajo libre —sonrió.

—No seré yo la que te aguante, vine para estar con mi amiga y no entras en nuestros planes.

—Bueno, muy bien, tampoco estaba en los míos que me dejaras de lado como si fuera una mierda o hubiera cometido un crimen. Eso sí que no es justo, pero bueno te digo que lo que viste nada tiene que ver con la realidad.

—Y lo que pasó entre nosotros no significa que tengamos que estar ya unidos para los restos...

—Pero tampoco acabarlo de golpe, bloqueándome y queriendo hacer ver que yo soy un mujeriego o algo por el estilo.

—Siempre lo fuiste, no es nada nuevo —encendí un cigarro y pedí otro café.

—Mikaela no seas injusta, al menos dame la posibilidad de demostrarte que no soy como piensas.

—Pero es que no me apetece ¿no lo entiendes? ¡No confío en ti! —dije en tono elevado y varios de los turistas que pasaban por allí nos miraron.

—Bueno vale, el tiempo pone a cada uno en su sitio, pero quiero estar contigo. No te pido que te acuestes conmigo, pero no quiero que me echés de tu vida.

—Te echaste tú solo.

—Estaba trabajando...—resopló agobiado.

—Que sí, pero que mira paso de ti, de verdad, que no te voy a creer por mucho que lo intentes.

—Ni yo quiero que lo hagas, quiero que lo sientas, que lo veas por ti misma, que conozcas cómo soy, no como piensas o quieres imaginar —decía agobiado en un intento de poder convencerme.

—¿Y por qué debería tener interés en conocerte?

—Porque estaba pasando algo y eso lo sentíamos los dos —intentó agarrar mi mano y la quité de la mesa, ladeé la cabeza en advertencia de que ni se le ocurriera.

—Estás siendo muy injusta —me señaló con el dedo y cogió la taza. Yo veía que echaba humo, pero se iba a joder por capullo.

—Lo fuiste siete años conmigo, fíjate si tengo margen —sonreí con ironía.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Georgina poniéndose las manos en la boca cuando vio a Alessandro allí conmigo, mientras se acercaba incrédula.

—Pues tu eres la culpable —dije en tono chulesco —Pones en las redes todo —resoplé volteando los ojos.

—¿Y qué hace este registrando mis perfiles? —se sentó y se puso las manos en la frente, apoyada sobre la mesa, con esa resaca que se notaba a diez kilómetros a la redonda.

—Si me bloquean de todos lados, tendré que recurrir a su círculo —soltó Alessandro en tono serio y seco.

—¿Y ahora qué? ¿Tenemos compañía? —preguntó levantando la cabeza y volviéndola a bajar.

—Un café por favor y tostadas — pedí para Georgina al camarero que se había acabado de acercar.

—Gracias, amiga —no levantó la cabeza.

Alessandro nos miraba sentado con las piernas y brazos cruzados. Creo que lo íbamos a sacar de quicio. Poco sabía él con quienes había venido a dar, pero de que se la iba a dar, se la iba a dar, ni que decir tenía.

—¿Te has tomado un Ibuprofeno?

—Sí, ahora mismo, no le dio tiempo aún a hacerme efecto.

—En nada estarás con una cerveza en la mano —reí dirigiéndome a ella en todo momento como si Alessandro no estuviera.

—Eso espero, nos quedan cuarenta y ocho horas a tope —volvió a levantar la cabeza y reírse. Miró a Alexandro negó y la volvió a agachar en un ataque de risa —¿En serio? —preguntó levantando la cabeza de nuevo y volviéndola a agachar.

—La próxima vez subes las fotos cuando hayamos regresado —negué riendo.

—Calla, que todavía llamo a la policía y lo devuelvo —gritó Georgina sin separar las manos de su frente, apoyada sobre la mesa.

—Le sienta mal beber —soltó en tono chulesco Alessandro.

—Mira Don Alessandro, no me toques los ovarios porque los tengo muy calentitos —respondió Georgina sin levantar la cabeza.

—Pues no me trates como un imbécil diciendo que me mandas de vuelta.

—He dicho que te devuelvo, a ver si te lo voy a tener que explicar por señas.

—No tranquila, cura tu resaca —le sonrió con ironía.

—Y tú tus mentiras —le devolvió la sonrisa.

—¡Basta! Uf, me está entrando hasta ansiedad de escucharos. Demasiado tengo yo con el hecho de que el karma me mande este regalillo para que vosotras encima os matéis. Ya me mato yo que no es para menos —resoplé negando.

La cara de Alessandro mirando a Georgina era un poema, pero a ella le daba igual, me sonreía ampliamente para tocarle más los cojones.

Yo estaba alucinando, esa era la palabra, aquello era surrealista...



Terminamos de desayunar y nos fuimos para las hamacas, a pie de piscina y frente al mar. Por supuesto Alessandro nos siguió. Yo me puse en medio de los dos, mejor dicho, yo cogí la mía y cada uno se puso a un lado de mí. En el fondo estaban muy picados y sabían que mejor así.

Era como un duelo de titanes. Si la situación no doliera diría que era hasta cómica, pero dadas las circunstancias, tocaba la moral y lo siguiente.

A Georgina le sonó el teléfono y era Matteo. Yo me eché a temblar porque la cosa podía ir para rato y Alessandro podría aprovechar para darme la brasa a base de bien.

Plan B. Había que moverse. Cualquier cosa menos ponerle nada en bandeja.

Me metí en la piscina y me fui a mirar hacia el mar, Alessandro no tardó en venirse y ponerse a mi lado, apoyado en ese borde dentro de la piscina que nos separaba del mar.

—No me crees ¿verdad?

—Verdad de la buena —dije con ironía sin mirarlo. Yo seguía recreándome en aquel infinito.

—¿Qué tengo que hacer para que lo hagas?

—Por ejemplo, no hacerme estas cosas, aparecer sin previo aviso, seguirme como si fuera una presa, no sé, el respeto es lo que te faltó. Respetar sobre todo este momento en el que decidí irme con una amiga a desconectar.

—Sé que en el fondo estás feliz de que esté aquí.

—No seas presuntuoso que conmigo no cuela. A otro perro con ese hueso.

—Bueno, solo quieres negar algo que es real, lo sabes...

—Lo único que sé es que me arrepiento de lo que pasó entre nosotros, esa es la verdad. Lo puedo decir más alto, pero no más claro.

Me fui nadando hacia la zona de la hamaca. Allí estaba ya volviendo a dormir mi amiga. Su resaca era monumental.

Me tumbé al lado y me puse los cascos. Un poco de música no me vendría mal. Y con eso no le estaba diciendo nada a él y se lo decía todo.

Alessandro se quedó en la piscina un rato. Yo lo miraba con disimulo y lo veía agobiado, esa era la definición, pero él solo se lo había buscado. ¡Solo faltaba que tuviera que ir yo a consolarlo!

Más tarde se tumbó en la hamaca en silencio. Yo seguía escuchando música, luego se levantó Georgina y nos fuimos a un chiringuito a comer. Por supuesto Alessandro siguiéndonos.

—Bueno vale, ya nos quedó claro que vas a hacer de seguridad —dijo Georgina levantando la copa del vino blanco que nos habían puesto a los tres —Brindemos por paz para estos dos días que nos quedan aquí y adoptemos a Alessandro como animal de compañía —dijo a modo broma guiñándole un ojo.

Brindamos con las nuestras, Alessandro negaba y yo volteaba los ojos mientras daba un trago de ese vino que estaba delicioso.

—En serio, Alessandro, te has pasado dos pueblos con mi amiga —me señaló —pero vamos a establecer una tregua hasta que te podamos perder de vista en Florencia —sonrió y Alessandro la miraba entre serio y risueño, con pequeños movimientos de cabeza.

—La tregua os la daréis vosotros, yo paso —carraspeé mientras pelaba unos langostinos que nos habían traído.

—Esto está delicioso —soltó Georgina chupeteando la cabeza.

—No empieces — la miré a modo riña.

—Paso —lo hacía peor y Alessandro sonreía.

—Yo sí que paso, anda y que os den a los dos —me saqué un poco de ensalada.

Y hubo un silencio entre risas y miradas por partes de todos. En el fondo era verdad. Por una parte, me agradaba que Alessandro hubiera pillado el primer avión para venir a mi

encuentro y, por otra parte, a pesar de que no lo creía lo amaba. No me podía engañar pues eso era lo que sentía.

—¿Qué contaba el bueno de Matteo? —le pregunté a Georgina, ignorando a Alessandro.

—Pues que espera acelerar sus trámites todo lo posible para volver a Florencia cuanto antes.

—¿Y el tema del trabajo?

—Ese es un lumbrerillas. Ya sabes que no tiene problema. Además, con la experiencia acumulada en Bruselas, ahora se lo rifan en los mejores despachos de abogados de Florencia.

—Y encima viene a por una tía fenomenal, ya lo tiene todo. Pleno al quince —le sonreí a mi amiga. Quería demostrarle que no hacía falta que ningún tío reconociera nuestra valía. Ya lo hacíamos solitas.

—Sois dos tías fenomenales —Alessandro no sabía ni cómo meterse en una conversación en la que no estaba invitado, pero en el fondo solo era cuestión de cara y eso a él le sobraba.

Lo miré, pensando rápido. Ya que estaba allí y no se iba a marchar, iba a pasármelo bien y disfrutar un poco esa tregua, a pesar de saber que ni se lo merecía y que no me convenía caer en sus redes, cosa que descartaba por completo, aunque lo deseara con toda mi alma.

Tras la comida nos fuimos del hotel, Alessandro nos sorprendió con el hecho de que tenía un coche alquilado, así que nos montamos y nos fuimos a una cala de la isla, un precioso lugar donde el ambiente reinaba las veinticuatro horas.

Cogimos un reservado en una de sus zonas *chillout*, un sofá de esos blancos balineses, en una carpa de madera, frente al mar, con su mesa en medio.

Te podías acostar, recostar, sentar...era una pasada de lugar.

Pedimos una botella de Champagne y una cesta de fruta. Eso sí que tenía una buena foto para impresionar en las redes.

—Entonces ¿Qué pasó con la modelo? —preguntó Georgina mientras tomábamos la copa y nos produjo un ataque de risa.

—Va, se lo explico yo —dije estirando mi mano hacia Alessandro para que me dejara a mí —Resulta que todo fue una emboscada de la modela. La chica le dijo de quedar para darle una información y lo besó para la foto —dije bromeando ante la cara de asombro de mi amiga que aún no sabía qué explicación me había dado él y no era precisamente esa.

—¿Y tú te lo has creído? —me preguntó con la boca abierta.

—Totalmente ¿No ves que es un santo? —lo señalé sonriendo sin exagerar para que se lo creyera Georgina.

—Un santo no, pero un diablo tampoco —respondió él.

—Bueno, bueno, que yo estoy de buenas, pero no me chupo este —le enseñó el dedo.

—No pasa nada —estiré la mano —me lo tengo que creer yo que para eso soy la víctima —ladeé la cabeza.

—Bueno, bueno, víctima tampoco —dijo Alessandro haciendo un gesto de riña con su cabeza.

—Yo soy lo que me sale de la nariz y si me califico de víctima, pues eso. No sé si me he explicado —para chula no. Buen rollo sí, pero que no me tocara las palmas, que me conocía.

Al final me di cuenta de que tenía que ceder un poco si no queríamos aguarnos el viaje.

Pasamos la tarde entre idas y venidas al agua, bromeando, en buena armonía. Aunque a veces me venían los recuerdos de lo que me había hecho y me daban ganas de matarlo, pero intentaba que la cordialidad reinara en esos momentos.

Cenamos en el mismo sitio, no nos movimos. En ese lugar tenían unos platos exquisitos, así que en el mismo reservado nos comimos un surtido de pescado frito y luego seguimos de copas.

—La paella estaba para hacerle un homenaje, pero el pescado también es para enmarcarlo —no podíamos tener más apetito.

—Y el vinito también está de vicio —Georgina volvía a tener los ojos achispadillos. Últimamente íbamos de una en otra.

Alessandro tras la cena paró de beber y se pasó al refresco. Tenía que conducir así que mi amiga y yo seguimos bebiendo de todo por los tres.

Lo que más me gustaba de él es que se ponía a nuestra altura. Si le atacábamos, nos respondía borde. Si le hablábamos con cariño, nos respondía de igual manera. Si le gastábamos bromas, él nos la seguía. Al final estábamos pasando un día de lo más divertido.

—Entonces Alessandro, mañana podemos tomarnos una foto y la vendo a tu programa y así me siguen los medios —soltó Georgina sonriente.

—Claro, además la noticia será que el periodista engaña con otra a la modelo —sonrió con ironía.

—Pues otra cornuda para la sociedad —soltó una carcajada y yo la miré negando por lo bruta que era.

—Hombre, no está bonito decir eso —regañó Alessandro, pero en plan sonriente.

—Tú calla que saquemos los trapos sucios y pierdes —le respondió Georgina en tono advertencia.

—Os calláis los dos porque veo que os volvéis a enganchar de nuevo —resoplé —Al final la única cuerda soy yo —hice un gesto de querer chocarme con la mesa por pura desesperación.

—Por cierto, yo mañana me voy a dar un circuito termal de esos que duran cinco horas —soltó mi amiga ante mi asombro —así que si queréis os apuntáis con masaje incluido, de lo contrario, que os den.

—¿Y desde cuándo tienes previsto eso? —pregunté incrédula.

—Ya sé que a ti no te apetecía, que prefieres ir en Florencia al habitual, pero como veo que tenemos Alessandro para rato, os dejo solos y me voy yo a disfrutar del SPA.

—No es que prefiera el de Florencia, pero a mí me gusta ir en rutina, al volver a mi casa, no meterme en un SPA en unas vacaciones en las que voy a perder unas horas en las que puedo estar haciendo lo que me dé la gana —contesté riendo.

—Pues eso voy a hacer yo mañana, lo que me dé la gana —rio.

En realidad, me lo había puesto clarito mi amiga. Cada una era cada una con sus *cá unás*. Ella no me decía lo que tenía que hacer, pero al contrario tampoco.

—Desde luego que tienes delito, por eso aceptaste la tregua con el pobre chaval —bromeé.

—Ahora soy pobre —hizo un gesto de resignación.

—Tú más vale que no calientes o me la llevo a ella al SPA —le advirtió Georgina.

—Para nada, lo que usted diga será lo que se hará —sonrió.

—¿Hola? ¿Sabéis que existo? —pregunté bromeando.

—Por supuesto, pero como tú eres tan conformista pues ni te tenemos en cuenta —me sacó la lengua.

—Georgina no me busques y acaba la copa, que ya es hora de irnos a dormir.

—Relax, que la noche es joven.

—Y tan joven, en unas horas va a amanecer —negué resignada, quitándole la copa y bebiéndomela yo de un buche.

La agarré y nos fuimos hacia el coche.

Llegamos al hotel y Alessandro bromeó jalándome hacia su habitación.

—¡Suelta, leches! —conseguí soltarme y salí corriendo hacia nuestra habitación.

Él comenzó a aporrear la puerta.

—¡Asilo para un pobre moribundo!

—¿Ahora eres pobre? Desde luego que no te aclaras —yo me partía de risa desde el interior de mi habitación.

—¿Así se le paga a un hombre que venga desde Florencia a buscar a su amada?

—¿A su amada? ¿Tú qué has bebido? O, mejor dicho, ¿qué has fumado? Tira ya hombre y no des más la chapa que a este paso vamos a llamar a seguridad del hotel —yo pataleaba de la risa.

—Pues que vengan y seguro que se ponen tan en mi lugar que hasta me abren con la llave maestra, porque no es para menos.

—Es para más, hombre. Vete ya y te das una duchita fresquita, que me da que te hace falta.

—Me voy, pero amenazo con mi presencia desde por la mañana. Prepárate porque no pienso parar hasta que me creas.

—Pues eso va a ser más o menos cuando las ranas críen pelos, así que cada vez que veas una charca, fíjate.

—Muy graciosa. Descansa, encanto y sueña más conmigo que con los angelitos.

Comencé a reírme cuando imaginé su cara al decir esas últimas palabras y mientras veía a Georgina ir a caer en redondo. Esa ni ropa ni nada, entera vestida para la cama.

Entré en el baño y me quité el maquillaje, que no soportaba dormir con él. Era súper coqueta y cuidaba la piel de mi cara con esmero.

Me acosté alucinando por lo que había sucedido, hasta por mí, esa capacidad de aguantarlo a pesar de lo que me había hecho.

Me hubiera encantado irme a dormir con él, pero sabía que eso sería de nuevo mi perdición y que Alessandro era buena gente, pero no tenía remedio con las mujeres.

## Capítulo 13



Ahí estaba la tía toda desparramada y el glamur por los suelos, roncando a pierna suelta.

Intenté despertarla por activa y por pasiva, pero nada. Lo suyo podía calificarse de encefalograma plano.

Me duché, me puse el bañador, el caftán corto, cogí el neceser con mis cosas y salí hacia la mesa donde desayunamos el día anterior y en la que por cierto, ya estaba Alessandro. ¡Y yo que me lo había imaginado!

—Buenos días, ¿te han echado de la cama? —pregunté mientras me sentaba.

—Me gusta madrugar —sonrió —Buenos días —dijo agarrando mi mano por encima de la mesa y apretándola con cariño.

—Madrugador y encima se levanta cariñoso ¡Toma ya! —bromeé y quité mi mano para dejar paso a los dos cafés que había pedido Alessandro. —Y encima adivino ¿Como sabías que llegaría justo al café? —señalé a mi taza.

—No lo sabía, pero como son cortos y suelos tomar dos o tres, me dije que si no venías, me los tomaba yo —ladeó la cabeza.

—Y yo pensaba que no tenías neuronas, que mal pensada soy —negué bromeando.

—Me miras con muy malos ojos.

—Con los que tengo, ni que fueran de quita y pon para el gusto del personal —reí.

—Te gusta darme fuerte.



—Ah no, esto es light, tú no me has visto muy enfadada y mejor que ni lo hagas.

—No tengo intención de enfadarte —levantó las manos en son de paz.

—Desde luego que, porque te conozco, de lo contrario pensaría que eres un santo —le hice una burla.

—Un santo no, pero tampoco el demonio que me quieres pintar —ladeó la cabeza.

—¿Pintar? A ti no te hace falta que te pinten, ya te dibujas tú solo —negué riendo.

—¿Me vas a decir algo bonito hoy? —preguntó negando — No sé, al menos no lanzar tantas directas azotando mi cabeza, vaya recuerdo que me voy a llevar —resopló riendo y le hizo señas al camarero para otros dos cafés. ¡Señor dame paciencia! —miró al cielo.

—Es que no tienes nada bonito —encendí un cigarro en forma chulesca y me crucé de piernas poniéndome de lado — Bueno sí, algo bonito sí, tienes humor, cosa que le falta a muchas personas, pero bueno, que eso no quita para que des esas contestaciones que te caracterizan.

—A tu amiga, que me busca. Soy bueno, no tonto y voy a permitir menos aún que se ponga en ese plan atacante conmigo. ¡Ni que le hubiera hecho nada!

—Pero sí a su amiga —sonreí con ironía.

—Eso dice ella —rio refiriéndose a mí.

—Una cosa Alessandro...—Carraspeé y di una calada —A la vuelta ¿vas a dejarme en paz? —pregunté con sorna.

—Cuando me creas...

—Qué obsesión con que te crea, pero si no te lo crees ni tú chaval, como para creérmelo yo —reí. Me estaba divirtiendo de lo lindo.

—Algún día lo harás —advirtió mientras asentía en agradecimiento al camarero que nos había traído dos cafés más y tostadas.

—Sí, ya te he dicho que cuando las ranas...— En serio Alessandro, que me alegro de que hayas venido y que estoy hasta dispuesta a tener buen rollo y que haya paz entre nosotros, sin rencores. Inclusive a ir algún día a comer o pasear, no me importa, pero no pienses que hay la más mínima posibilidad de que vuelva a pasar algo entre nosotros.

—Pero...

—Escucha, por favor. Yo no estoy dispuesta a vivir una relación donde a él se le puede aparecer una chica cuando quiera y que pase lo de la modelo. Está bien que te crea una, dos, tres, pero a la cuarta una ya se plantea si algo puede haber de cierto. Y no, ni te creo ahora, ni estoy dispuesta a estar en una relación así. Pero amigos, lo que quieras.

—Me duele que no me creas...

—Dejémoslo ahí ¿ok?

—Te voy a volver a ganar.

—Si lo intentas me perderás como amiga. Te pido respeto para mi decisión y creo que lo merezco. No he sido yo la que ha metido la pata —eso último sonó más chulo que un ocho.

—No puedo ver como amiga a alguien que amo —hablaba con intensidad.

—Déjalo, en serio, come la tostada, toma el café, luego una tila, pero déjalo —reí negando con incredulidad sus palabras.

Un rato después apareció Georgina.

—Sabe que me llamáis —se sentó levantando la mano para advertir al camarero que estaba allí.

—Calla anda, que lo he intentado. No me tires de la lengua, pero cualquiera, dormías como un bebé...

—Pues haberme acurrucado, hija, desde luego que mala amiga —me sacó la lengua.

—¿Tú no ibas al SPA?

—Qué ganas de echarme, desde luego —negaba —tendré que irme con la barriga llena —puso cara de asco.

—No, ganas no, pero digamos que si te deja el universo muda un rato, como que se lo agradecería.

—Vale, chicas, ahora me toca a mí poner orden. Desayunad en relax y conectad con este lugar que está lleno de buena onda.

—Pues será para ti —dije muerta de risa.

—Eso digo yo —respondió Georgina.

—Ah no, ahora no os vais a pelear conmigo, yo paso —levantó las manos.

Desde luego gracia no le faltaba. Tenía unas salidas fantásticas y lo mejor es que las acompañaba con unos gestos que eran para partirse. Era todo un *showman*.

Desayunos entre bromas, parecía que a mi amiga esta resaca no le había dado duro, así que estaba de lo más bromista y buscona.

—Pues yo voy a que me den un buen masaje. Es que tengo una tensión desde hace un tiempo que creo que no me la voy a poder quitar hasta que llegue mi Matteo —guiñó el ojo.

—¿Así que ahora se llama tensión? —a Alessandro le encantaba escucharla.

—Ahora se llama, más o menos, como a mí me dé la real gana, chaval. Yo lo único que sé es que ya me subo por una pared y bajo por la otra.

—Oye, pues no será por falta de material en esta isla, que aquí, si tú quieres...—apuntilló él.

—Y te lo dice un especialista, Georgina. No creas que es cualquiera. Este sabe bien lo que dice, vamos te digo más, este hecha una visual y nos hace un esquema del personal que podemos atacar. Es lo que tiene ser un experto.

—Menos cachondeito, ¿no? Ni experto, ni quiero indicarte a quién atacar —le salió una venita celosilla que me gustó.

—No, no, chico, deja, que Matteo y yo estamos ahí, ahí. Si esto me hubiera pillado hace unos meses, arde Ibiza, pero ahora prefiero pensar que voy a tener mi historia romántica,

aunque no sea de interés para tu programa —hizo un gesto muy gracioso del tipo porque ella lo valía.

—Me parece correcto —parecía convencido.

—Ahora le va a salir la vena santurrona —me encantaba provocarlo —Es muy monógamo él...

—Estoy pensando que me voy ya y que os vayan dando un poco de morcillas, que no estoy yo para más peleas de enamorados —hizo ademán mi amiga de levantarse.

—¿De enamorados? —tira ya anda, que te sigue afectando el alcohol de anoche. Antes me ahorcaba que darle a entender a Alessandro que sentía algo por él.

Finalmente se levantó y se fue para el circuito, así que quedó en que nos buscaría mucho más tarde y en que no nos preocupáramos por ella. Ni lo pensaba hacer, anda que no iba a estar a gusto en ese lugar que tanto le gustaba.

Nosotros nos fuimos en su coche para el centro de Ibiza. Queríamos pasear y tapear algo por allí, cosa típica en España.

La isla era preciosa, el encanto de sus casas en blanco, esas calles, ese ambiente que se multiplicaba a lo bestia en esta época del año. Era todo, aquello era especial y llenaba el alma.

Alessandro tomó un *selfie* muy chulo, ya le advertí que si me besaba no le iba a volver a hablar y lo respetó, pero la foto quedó preciosa. Me encantaba el fondo que había pillado con nosotros en primer plano.

Nos dirigimos a la zona de Vara de Rey, un paseo repleto de tiendas, bares y restaurantes. En ella había un mercadillo artesanal que me encantó. En el fondo yo tenía un alma muy hippie y aquel tipo de puestecitos me fascinaban.

Eso sí, en aquella ocasión le dije a Alessandro que se abstuviera de completar mi *look* con pulseras y collares de esos tan extraños y él se echó a reír.

Estuvimos recreando la vista con aquellos edificios de arquitectura colonial y hasta aproveché para atormentarlo, entrando en aquellas tiendecitas de ropa y boutiques tan originales que había en la zona.

—Bueno, creo que ya has purgado bastante tus culpas —me eché a reír —Elige algún sitio en el que te permito que me invites a tomar algo.

—Gracias por tamaña concesión —hizo el gesto de que me rendía pleitesía.

—Puedes relajarte, no hace falta tanto protocolo —le seguí la broma.

—Déjame en mi papel, porque como me salte el protocolo, no respondo. Te como a besos aquí mismo, vaya.

—¡Ni se te ocurra!

Y cuanto más lo provocaba yo, más veía el deseo en sus ojos. Y lo peor es que más se reflejaba también en los míos.

Tomamos una cerveza en una de las tantas terrazas que había en los bares, sobre un barril de vino en forma de mesa. Me encantaba.

Conversamos sobre todo menos sobre nosotros. Me prometió antes de salir del hotel que no iba a intentar nada ni tampoco hablar del tema, así que lo cumplió y estábamos de lo más cómodos bromeando y charlando.

Comimos en un restaurante que daba al mar, directamente. Era una pasada. Pedimos unas carnes a la brasa con patatas fritas acompañadas de refresco. Ese día no quería beber vino, ya sabía que había tenido bastante el día anterior, demasiado con las dos cervezas que me había tomado en la terraza.

Georgina me había enviado un mensaje diciendo que iba a comer en el restaurante asiático del hotel y que luego se iba a los masajes. Esa no paraba, así que nosotros fuimos a nuestro ritmo.

Durante el almuerzo estaba muy risueño, cariñoso sin pasarse, pero usaba un tono de esos que seducían al alma. Lo malo que yo tenía todas las alarmas puestas, aunque me gustaba sentirlo así.

Me daba mucha pena lo que había pasado. Me hubiera encantado tener una historia más larga con él pues a su lado

estaba cómoda, bien, pero bueno, no se podía hacer nada y yo sabía cómo era.

—¿Me vas a dejar que te invite a una escapada como esta al lugar que yo elija?

—Alessandro, contigo no voy ni a la esquina —le saqué la lengua.

—Sabes que estoy cumpliendo lo prometido. Podemos ir como buenos amigos —se cruzó de brazos y volteó los ojos.

—Anda, come —reí nerviosa.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un ni lo sueñes.

—¿Y si reservo dos habitaciones separadas?

—Bueno, entonces puede que me lo piense —hice un gesto de resignación.

—No hay nada que pensar, confía en mí —se sirvió más ensalada.

—Eso es lo peor, confiar en ti —solté una carcajada.

—¿Ni como amigos? —me miró sorprendido.

—Bueno, espero que como amigo no falles tanto —ladeé la cabeza.

No es que hubiéramos sido novios, pero si había algo bonito entre nosotros, llamémoslo momento, pero los momentos también se deben respetar y él no lo hizo. Por mucho que dijera que su historia con esa modelo era algo del pasado que habían sacado ahora.

Después de comer volvimos al hotel, nos fuimos a tumbarnos en las hamacas de la piscina. Allí se estaba genial y además me apetecía más relax que el bullicio que había en aquella parte del centro de la isla.

Alessandro se mostraba bromista, de buen humor, muy tranquilo. El hecho de que yo estuviera allí en esa actitud le tranquilizaba en cierto modo.

Pasamos la tarde juntos y luego se unió Georgina con la que cenamos en el restaurante principal del hotel.

Tras la cena tomamos un helado y nos despedimos hasta por la mañana en

la que salíamos en el mismo vuelo y bastante temprano.

## Capítulo 14



Nos vimos con él en el desayuno, un café rápido y salimos en su coche hacia el aeropuerto, donde facturamos. Después nos fuimos a desayunar tranquilamente antes de embarcar.

En cierto modo me daba pena que se hubiera acabado aquella escapada que había sido sobre todo inesperada. La aparición de Alessandro había roto todos mis esquemas y expectativas, pero para bien. Era la realidad.

En el avión nos sentamos los tres juntos. Fuimos charlando sobre esa escapada. Georgina se había dormido, así que Alessandro seguía insistiendo.

—El viernes por favor —casi me imploró —No pasará nada que no quieras y te prometo que no insistiré ni haré ningún gesto que te pueda sentar mal.

—Dicho así tengo ganas hasta de llorar —reí —No lo sé, de verdad, no estoy de ánimos aún como para eso.

—Por favor...—su tono daba hasta pena.

—¿A dónde? —pregunté riendo. Y pensé que la yaya me iba a matar cuando se lo dijera.

—¡Sorpresa! —me hizo un guiño —Me encargo de todo, del viernes al lunes igual. Yo vuelvo a pedirlo, me deben muchos días aún —carraspeó.

—No te acostumbres —reí.

—No enciendas la tele el resto de los días —frunció el ceño.

—Tienes un morro...—solté una carcajada.

—Pero hazme caso, por tu salud mental —levantó la ceja.



—Eso es que va a salir algo más ¿A que sí? —reí.

—No, no, lo peor de esto es que nunca se sabe —sonrió con resignación.

—Vaya por Dios, pobrecito de él, que no hace nada y las paga todas —dije con ironía.

—Tú hazme caso que yo tampoco quiero más sobresaltos —puso un gesto angelical.

—No la hagas y no la temas —para rostro angelical el mío.

—¡Si no la hago! —puso gesto de enfado.

—Y dale, pobre mártir. Pues nada, que tú no haces nada, pero hay una conspiración nacional para acabar con lo nuestro. ¡Vaya fastidio!

—Tú déjame a mí que conozco más los entresijos del faranduleo...

—Esos que yo estoy empezando a aborrecer —reí.

—Razón no te falta, pero todo tiene su explicación y soy de los que piensa que las cosas, al final, van solitas a su sitio.

—Mucha fe es lo que tienes tú —le saqué la lengua.

—¿Y acaso eso es malo?

—Bueno, dicen que la fe mueve montañas, pues ya tienes para entretenerte, porque lo que es conmigo, la llevas clara.

Llegamos a Florencia y fuimos a dejar a Georgina. Quedamos en hablar en los siguientes días. Luego me dejó a mí, advirtiéndome que ese mismo día reservaba el viaje.

Entré a casa y la yaya me hizo pasar a la cocina.

—¡Hija mía! Vaya si vienes guapa... Eso es porque lo has pasado muy bien.

—Lo he pasado, yaya y eso que no sabes quién se plantó allí.

—¡No! —se puso las manos en la cara y negó incrédula.

—¡Sí! —yo me partía de risa con su gesto.

—Pero esto es inaudito, hija mía. Siéntate que te pongo ahora mismo el almuerzo y me pones al día de todo, que creo que me he quedado demasiado atrás.

No era chismorreó, es que a ella le importaba de verdad todo lo que pasara en mi vida. Era mi confesora y mi paño de lágrimas.

Por supuesto le conté cómo había sido la llegada de Alessandro y ella me contó que él había estado allí buscándome, pero que como lo vio por el videoportero pues no le contestó.

—Ya me lo dijo yaya.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Pues que no le abría la puerta ni Dios —me eché a reír.

—Y tuvo suerte porque ya no tenemos perro porque, de otro modo, hubiera abierto la puerta para que atacara.

—¿Te imaginas yaya?

—Hija, de todas formas, yo ya no quiero que te fíes de él.

—No lo haré, yaya. No hace falta que me lo digas.

—Es que tú sabes que yo en ningún momento le he tenido en cuenta lo de hace años, eso era una chiquillería. Sin embargo, lo de ahora, no ha tenido nombre. Siento que se ha reído de ti y eso no se lo consiento. Vamos, que yo ya no voy ni al plató ni a ninguna parte, por mí que le vaya bonito.

La yaya estaba indignada como yo nunca la había visto.

—Lo sé, yaya.

—A ver hija. Yo respetaré lo que tú decidas, como he hecho toda la vida, pero es que me dolería mucho que tropezaras otra vez en la misma piedra. Tú vales mucho y la mayoría de los hombres se darían un chocado por estar contigo, no tienes que aguantar tonterías.

—Lo entiendo perfectamente, yaya. Y te agradezco tus palabras.

—Pues espero que te sirvan, mi niña. Tu padre y yo te hemos educado con mucho cariño y esmero para que tengas una vida bonita.

—Y yo no tendré vida para agradecerérselo, yaya.

Yo sabía que Alessandro me la iba a dar una y mil veces. Ya estaba más que advertida, pero estaba en mí el no volver a caer en la trampa, encima me había comprometido para irme de escapada con él, no tenía remedio.

Eso me lo había reservado para comentarlo en otro momento, porque tanto susto junto para la yaya me parecía demasiado. Ella estaba en la cocina y debía estar haciendo galletas porque aquel olor embriagador se impregnó en toda la casa.

Saqué mis pertenencias de la maleta y me puse a ordenar un poco. No podía quitármelo de la cabeza. Tenía un sentimiento que dolía mucho dentro de mí.

Fui un día muy casero, que pasé mayoritariamente en mi dormitorio, poniendo mis ideas en orden, con alguna incursión a la cocina para coger algunas de esas deliciosas galletas. Por lo demás, mi sensación no era buena.

A media tarde llegó mi padre y él sí traía mejor cara. Me preguntó por mi viaje y yo no entré demasiado en detalles. Era un hombre que a veces vivía en su propio universo y ni siquiera se había enterado demasiado de lo sucedido.

Lo único que le conté es que lo había pasado bien y que me había servido para desconectar.

—Pues estoy pensando yo que a mí también me vendría bien un viajecito para desconectar, que estoy un poco saturado.

—Claro, papi. Yo he estado en Ibiza y allí hay una marcha que no veas.

—Bueno, no es precisamente mucha marcha lo que necesito yo, pero vamos, que no te digo que no sea un buen

destino. Tiene mucho encanto esa isla.

—¿Y si vas con Laura?

—¿Con Laura? No sé si es buena idea.

—Es verdad, papi, ¡vaya tontería que acabo de decir! Es mucho más divertido ir solo. Pues claro, con Laura, ¿por qué no se lo propones?

—Porque no sé si...

—¿Si eso implica que tengas que ponerle un anillo en la mano? Pues no necesariamente, aunque tampoco estaría mal —me eché a reír.

—Calla, calla, no digas esas cosas.

—¡Verdad, papi! Mira que soy desconsiderada. No me he dado cuenta ni de tu alergia ni de nada. ¿Te han salido ronchas?

—¡Niña...! —me hacía mucha gracia cuando salía resoplando.

El resto de tarde no es que fuera demasiado provechosa. Creo que incluso miré un rato a las musarañas y dejé pasar las horas hasta que llegó la noche.

Me costó mucho coger el sueño, miraba el móvil y pasaban las horas, pero yo no me dormía.

El martes cambiaron algo las tornas. Ya me levanté con mejor humor y desayuné. Después me fui a la calle a dar una vuelta e ir a comprar algo de ropa para el fin de semana. Tenía decidido que iría, a no ser que pasara algo, que con él todo era posible.

Elegí un bañador muy sensual y elegante en blanco además de un bikini de color negro con la parte de arriba que se asemejaba a la forma de una camiseta.

Aproveché para almorzar con Nicoletta y ponerla al día de mi viaje con Georgina. Ella estaba metida en mil cosas. No paraba esa chica y en breve partiría para encontrarse con su amor.

Se quedó helada con todo lo ocurrido, porque lo mejor es que ella apenas veía la tele y no se había enterado de nada, por lo que todo la cogió de nuevas.

—¿Y después de eso estás segura de que te apetece ir de viaje con él?

—Sí, soy masoca o soy masoca, porque está claro que otra no cabe.

—Hombre, yo no sé si diría masoca, pero lo que sí es verdad es que mucho, mucho sentido no tiene. Salvo que estés dispuesta a perdonar su desliz.

—No, no es eso. Voy solo en calidad de amiga.

—Ya. Y yo a la próxima misión que vaya a África, lo haré en calidad del Papa de Roma, ¡no me fastidies!

—Pues créeme que otra cosa no entra en mis planes.

—Pues créeme que desde fuera esto se ve un poco raro —rio.

—No te digo que no, pero no quiero que ninguna noticia de la tele vuelva jamás a dejarme esa cara de tonta —sonreí.

El miércoles me llegó la inspiración, así que aproveché todo el día para recrearme en la novela que estaba escribiendo. Hacía tiempo que eso no ocurría y dicen que la ocasión la pintan calva, así que me puse manos a la obra.

Ni encendía la tele. Yo no tenía nada que ver con su vida sentimental, me había propuesto ir en plan de amigos y así lo haría, de manera que no quería ni cotilleos, ni nada que descentrara mi mente.

Lo dije y lo cumplí. Ni una tentación sentí. Ya creía estar por encima de esa necesidad.

El jueves desayuné y volví a ponerme a escribir, aunque la realidad era la misma que el día anterior, propuesta de ser solo amigos, pero no me lo podía quitar de la cabeza.

La yaya no paraba de recalcar me todos los días que fuera lista y pensara en frío. Tenía razón, pero yo no iba a caer de

nuevo en esas, al menos no era mi intención, pero deseaba estar a su lado en esta escapada, esa era la realidad.

Esa tarde recibí un mensaje de Alexandro avisándome de que me recogería a las diez de la mañana, cosa que, de ser así, significaba que había pedido el viernes libre también.

Me ponía muy nerviosa no saber el destino, aunque para tan poco tiempo muy lejos no debía ser. Algún lugar de Europa, seguro.

Me pasé la cena pensando en diferentes opciones, algo me decía que París, por otro lado, una isla griega, o quizás otra isla de España, pero por ahí debían andar los tiros.

## Capítulo 15



Desayuné de los nervios. Además, la yaya no ayudaba en nada con esas miraditas que me echaba a modo de reprimenda para que me portara bien ese fin de semana y no hiciera la idiota.

Cuando me envió un mensaje de que estaba en la puerta me puse nerviosa, pero intenté fingir delante de ella, a la que le di un beso. Cogí mi equipaje de mano y salí hacia el exterior donde un Alessandro guapísimo y sonriente me esperaba.

Besó mi mejilla y guardó mi equipaje en el maletero. Nos montamos y salimos rumbo a lo que yo creía que era el aeropuerto, pero no. Caí en la cuenta de que estaba cogiendo otra dirección y no tardó en llegar a una preciosa casa de piedra en un lugar maravilloso de la región. Situado sobre una colina, estaba apartado y allí solo se respiraba paz.

—Este es mi lugar de descanso —sonrió aparcando delante de la puerta.

—¿Es tuya? —pregunté sorprendida.

—Sí, la compré hará tres años —me hizo un guiño.

Bajamos y me encantaba lo que estaba viendo. Era una casa de campo rodeada de árboles.

Me pareció sencillamente sublime. Siempre me había encantado el ambiente rural y todo lo que significaba. Y Alessandro demostraba un gusto exquisito en todo, aunque estuviera mal que yo lo dijera. Me reí para mis adentros.

Antes de entrar intentó darme un fuerte abrazo y yo le hice un gesto como para que corriera el aire. Tampoco quería darle a entender que todo el monte era orégano.

No tardamos en entrar, aunque el tiempo invitaba a quedarse en el exterior, pues la casa estaba provista de un magnífico porche. Y la temperatura se había aliado con nosotros.

En el interior me sorprendió el estilo antiguo de los muebles. Eran preciosos, como si fuera un museo, pero todo decorado con un gusto exquisito.

Dejé mis cosas en una habitación que había al principio del pasillo con dos camas. La casa tenía tres dormitorios, el salón, la cocina y dos baños. Todo en una planta baja.

—Era mi único requisito. No me gustan las escaleras.

—Eres un sibarita.

—Ahí tienes razón. Me gusta lo exclusivo —puso un gesto ironiquillo.

—Ya me he dado cuenta. Lástima que todo no pueda comprarse —para irónica yo.

—Por supuesto. Eso sí, lo que puede comprarse, puede conquistarse. Y ese es el tipo de retos que me vuelven loco —no decíamos una sin dobleces.

Hice como que no me enteraba y seguí mi recorrido. Me estaba encantando aquella casa. Además, me llamó la atención porque nunca hubiera imaginado que Alessandro fuera hombre de tener su propio refugio. Aquello denotaba una personalidad profunda e intensa que me atraía.

Por la parte de atrás había otra puerta que daba a una terraza exterior con una mesa de forja y cuatro sillas con sus cojines. Me senté y encendí un cigarrillo. Él estaba en la cocina abriendo una botella de vino y cortando un poco de queso.

—Ya estoy aquí —puso las copas y el plato sobre la mesa.

—Este lugar es una pasada —miraba aquel valle que tenía ante mí y que transmitía una paz difícil de explicar.

—¿Mejor que haber cogido un vuelo e irnos a una isla?



—Diferente, pero igual de emocionante. Esto también es una manera de disfrutar. Me gusta la sensación que me propicia este lugar.

—Pues tienes tres días por delante —chocó su copa con la mía.

—Me quedaba un mes —reí.

—Podrías venirte aquí a escribir. Yo iría y vendría a trabajar —carraspeó.

—No haría falta que vinieras, ya me apaño yo solita —le saqué la lengua.

—¡Qué mal me tratas! —negaba con la copa en la mano.

—Una pregunta —hice gesto de sin importancia —por curiosidad más que nada ¿Te han sacado otro ligue esta semana? —sonreí.

—Me dirás que no viste ni un día el programa —reía.

—Pues no. No puse la tele ni una sola mañana. Es más, ni por la tarde —me encogí de hombros.

—Vaya, para una vez que salgo bien parado —volteó los ojos.

—Tú lo has dicho, para una vez —reí.

—Te gusta darme duro.

—No, no me vengas ahora de víctima, poco recibes para lo que te mereces —le hice una mueca.

El caso es que, aunque no fuera a reconocerlo ni mucho menos, me intrigaba el hecho de por qué habría salido bien parado, pero no me daba la gana de demostrarlo. Le estaba echando algunas dosis de indiferencia al asunto.

Me miraba con paciencia, haciendo gestos todo el tiempo a consecuencia de lo que le decía. Yo estaba juguetona, pero no me iba a quemar, aunque era tan seductor...

El vino me ponía tonta y ese me estaba subiendo demasiado. El rubor cobraba presencia en mis mejillas. Podía notar el calor que desprendían.

—Esta casa de verdad que es una joya —quise romper el silencio.

—Lo es. No sabes la de veces que he venido, escapando del trabajo, de la ciudad, de la gente.

—Ya te digo, no es para menos.

—En una ocasión me vine un mes entero. Iba entre semana a trabajar y volvía.

—No está tan lejos, ni cuarenta minutos y tú que solo trabajas por la mañana, tienes esa posibilidad.

—Tengo que permanecer mucho tiempo en la ciudad, en los círculos en los que se mueven muchos personajes. Así me entero de cantidad de cosas, aunque la mayoría de la información procede de mis fuentes.

—Por eso, podrías venir más veces y tiempo. Ir alternando.

—Vente conmigo y tú escribes ¿Qué te parece?

—Pues mira, me lo pensaré —reí —No siempre se puede tener un lugar así para dejar llevar a la mente.

—Es ideal, yo de ti ni lo pensaba —volvió a llenar las copas.

—Claro, mira el lunes voy a por ropa y nos volvemos al mediodía —le saqué la lengua.

—No eres capaz —dijo dando un golpe en la mesa flojo y señalándome, a modo de desafío.

—Lo soy. No me vendría mal venirme a terminar mi novela. Últimamente me está costando trabajo concentrarme.

—Además está comenzando el verano. Es una buena época y hay piscina, pequeña, pero la hay —sonreía —Traemos todo lo necesario de compra y nos quedamos aquí hasta que la acabes.

—Claro, claro —reí negando —no hace falta que me convenzas tanto, que yo aquí me quedo el tiempo que haga falta, mientras me respetes y me des mi espacio —levanté la ceja.

—Mira todo el que tienes, para irte a pasear y todo —  
señaló todo el valle.

—Ya veremos, según cómo te portes el fin de semana.

—¿Yo? Ahora mismo me voy a cocinar. Quiero preparar un estofado que te vas a chupar los dedos. Quédate aquí con el vino. Ahora vuelvo, cuando lo tenga todo en la olla.

—Te puedo ayudar.

—No necesito ayuda. Deseo que te relajes y disfrutes —me  
señaló para que no me moviera.

No era mala idea la de quedarme allí, vamos un problema enorme tenía yo, pensé aguantando la risa.

Mi móvil sonó y era un mensaje de la yaya.

Yaya: ¿Ya sabes dónde vas?

Estaba preocupada por el hecho de que me hubiera ido con Alessandro sin saber el destino. Le mandé la ubicación y no tardó en escribir. Ella se manejaba muy bien con la tecnología, pese a su edad.

Yaya: ¿Estás en la región?

Yo: Sí, es una casa en un valle. Aquí se está de lujo, es su segunda residencia. Te encantaría si la vieras, yaya. Es una auténtica preciosidad.

Yaya: ¿Y qué vais a hacer ahí tres días metidos?

Reí con su preocupación.

Yo: Relájate, no pasa nada, estaremos bien, disfrutando del relax, paseando...No te preocupes, haz el favor.

Yaya: No me hace mucha gracia, pero está bien, confío en ti. Mañana te escribo.

Yo: Vale, un beso.

Yaya: Otro para ti, hija.

Aparte de que era seca y escueta por mensajes, sabía que estaba preocupada, que no le hacía gracia que estuviera en una casa a solas con él. No me quería ver sufrir y era normal.

Eso sí, yo había sido franca con ella y quise contarle la verdad, que iba a estar con Alessandro, porque me hubiera parecido fatal mentirle y decirle que iba acompañada de otra persona.

De hecho, era ella quien me había enseñado el valor de la honestidad. Decía que la más dolorosa de las verdades era mejor que la más piadosa de las mentiras.

Me tomé el vino sin querer agobiarme por su tono. La verdad es que la adoraba y me afectaba que estuviera mal.

Encendí una radio antigua que había sobre un mueble de mampostería, allí en el exterior. Comenzó a sonar una emisora de radio con un tema muy emblemático de Albano y Romina “*Felicitá*”.

Me puse de pie con la copa en la mano. Me encantaba esa canción. Por mucho que pasaran los años era de lo más bonita. Me recordaba a las fiestas de mi infancia, celebradas en casa. Más de una vez la bailé con mi padre.

Apareció Alessandro con la copa en la mano tarareándola. ¡No podía mirarlo fijamente sin pensar en que me lo comería! ¿Por qué tendría que ser tan capullo y haber estropeado las cosas?

Nos pusimos a mirarnos cantando emocionados y moviéndonos lentamente de un lado al otro al ritmo de la canción.

Estaba siendo un momento de lo más bonito, de esos que se disfrutan y sienten, de los que te roban cualquier otro pensamiento y es imposible salir de allí. Aquello era “*felicitá*” de verdad, en estado puro.

Terminamos y nos abrazamos sonrientes, con la copa en nuestras manos.

Nos miramos, pero me retiré. No iba a pasar, por muy feliz que estuviera y por mucho que me hubiera dejado llevar en ese momento, eso no tenía que pasar.

—Buen tema —decía sonriente.

—El mejor, de esos que perduran con el tiempo y te vuelven a hacer vibrar.

—Como ahora...

—Sí, es un momentazo de los que no se olvidan en mucho tiempo.

—Espero regalarte muchos momentos más así.

—¿Perdona? Te lo he regalado yo que puse la radio y salió ese tema ¡Tendrás morro! —reí.

—Pero te he acompañado para que sea más emotivo —levantó la ceja.

—Eso sí —seguía riendo.

—Además vas a probar el mejor estofado del mundo —carraspeó —Espero que eso cuente.

—Puede ser, como salga de bueno como aquel pescado que me hiciste...

—¿Qué?

—Nada. Ejem, ejem...—yo un poco capulla sí que era también.

Y lo estuvo, cuando terminó de hacerla a presión nos metimos en la cocina a tomar otro vino mientras le daba un último hervor al descubierto. Olía que alimentaba y cuando lo probé...

—Madre del amor hermoso —gemí al contacto con el sabor de aquella comida.

—El lunes haremos una buena compra antes de volver aquí para toda la semana.

—Otra vez, mira que eres pesado —le hice un gesto de burla.

—Te gusta como cocino, el lugar, lo ves un sitio inspirador ¿Qué te frena? —se encogió de hombros.

—¡Tú! —exclamé en alto mientras resoplaba.

—Pero si me porto súper bien, además así me tendrás controlado —me hizo un guiño.

—Yo no te tengo que controlar. Ya eres mayor para saber qué debes o no debes hacer —le devolví el guiño y seguí comiendo.

La casa era muy fresca, ni encender el aire acondicionado hacía falta. Se estaba en el interior de lo mejor. Nos tiramos en los sofás después de comer a descansar mientras charlábamos hasta que nos quedamos dormidos.

Cuando desperté el ya no estaba en su sofá. Me fui a la cocina y allí lo encontré, preparando un café.

—Necesito uno.

—Si me das un beso te lo hago —me puso la mejilla.

Lo besé riendo, por mi café mataba.

—Ahora me lo tienes que hacer con mucho cariño.

—Con todo el amor del mundo, el mejor café que jamás haya probado —me echó la mano por el cuello y me devolvió el beso en la mejilla.

Me gustaba la vitalidad que tenía, el empeño con el que lo hacía todo, hasta joder, pero eso mejor ni recordarlo. El café nos lo tomamos fuera, en la calma de la tarde.

—Esta noche vamos a preparar una carne en esa barbacoa —señaló a una de piedra que había a un lateral.

—¡Qué buena! Pero vamos, a este paso salimos de aquí cebados.

—Pero bien alimentados, como decía mi abuela.

—Eso sí, lo malo es que luego cuesta mucho perder los kilos —volteé los ojos.

—A mí se me ocurre alguna forma maravillosa. Perdón, perdón, se me ha escapado —se encogió de hombros y puso cara de no haber roto un plato.

—Un listillo es lo que eres...

—No, lo único que reconozco que controlarme me cuesta. Eso sí, lo estoy haciendo, no puedes tener queja...

—Hasta ahí te doy la razón —corroboré —Lo nuestro, era estar todo el día como el perro y el gato, pero en plan megadivertido.

Cuando cayó el sol se puso a regar todas sus plantas. Todo el entorno estaba muy cuidado para lo poco que iba. Era algo que llamó mi atención. Me contó que una persona que vivía cerca se acercaba cada dos días a regar y mantener todo por las tardes. Eso me cuadraba más.

Por la noche preparamos la barbacoa y mientras charlábamos animadamente hicimos la carne. Después nos sentamos a cenar en el silencio de aquel lugar, con unas antorchas y la luna iluminándonos. Era otro momentazo para recrear en una novela.

—Una visión fantástica —me miró a los ojos fijamente.

—Cierto, la luna está increíble. No veas si alumbra.

—¿Es la luna? Yo creí que eran tus ojos.

—Y yo creo que eres el mayor zalamero del mundo, pero ahí te lo has currado y mola.

La noche no podía estar siendo más intensa y yo estaba embelesada con él y con cuanto nos rodeaba.

Alessandro estaba muy pendiente a todo, a que no me faltara de nada, como anfitrión le daba un diez y a mí me enamoraba. Esa era mi jodida condena, que todo lo que viniera de él, por mucho que lo quisiera negar, me enamoraba...

Estuvimos hasta tarde allí charlando. Me contaba cosas de cuando era joven y me hacía reír mucho con esa época suya de universitario. No negaba que había sido tremendo. Muy responsable, pero en temas de fiesta, salidas y mujeres, no había perdido el tiempo y él lo reconocía. Eso era lo mejor, aunque sabía que evitaba contarme muchas cosas.

Cuando nos fuimos a ir a dormir se metió en la habitación en la que yo tenía las cosas. En ella había dos camas. Era un cuarto de invitados.

—Una cama para cada uno —dijo con descaro.

—Ah no, hay más habitaciones. Te vas a otra.

—Pero si me voy a portar bien, voy a dormir —se echó sobre una de las camas.

—Haz lo que quieras, voy a cambiarme —cogí mi pijama corto de dos piezas y me fui al baño. ¡Pero por la cuenta que te trae...!

Quería que se quedara a mi lado, en la otra cama, pero sentir que estaba allí. Por supuesto no se lo iba a hacer saber, eso se quedaba para mí, por mucho que lo deseara.

Regresé y ya estaba con un pantalón de algodón corto y una camiseta negra, echado en su cama. ¡Estaba para comérselo! Y yo a dieta de él... ¡Vaya desperdicio!

Me tiré en la otra cama y me puse mirando hacia su lado, sonriente.

—¿De qué te ríes?

—No me río, sonrío. Es muy diferente.

—Pero algo te causará esa sonrisa —arqueó la ceja.

—Por supuesto, esta situación me la causa, que me juré no verte más y mira, aquí estoy —reí.

—¿Te arrepientes?

—Por ahora no, todo lo contrario, el lugar merece la pena.

—¿Y la compañía?

—Tampoco me puedo quejar...

—Me alegra —me miraba recostado con esos ojos que hacían que mi corazón se pusiera a mil por hora —Mañana te voy a preparar un desayuno diferente.

—¿Me vas a poner sal en el café? —bromeé.

—No, te voy a acompañar el café con unos churros que voy a hacer yo.

—¿En serio?

—Tengo la masa, solo será freírla, además que también haré chocolate.



—Ese es un plan muy caluroso para verano —abrí los ojos impactada.

—Verás que bien sienta aquí. Además, ya sabes que en la casa se está fresco y más temprano, te sentará de vicio.

—Ya casi puedo olerlo, me está volviendo a entrar hambre.

—¿Quieres que te traiga algo?

—¡No! —reí

—Solo tienes que pedir, que no me entere yo de que te quedas con las ganas de nada.

Me encantaba ese momento con él,

La única luz que nos iluminaba era una pequeña vela sobre un farolillo, así que poco a poco fuimos cayendo hasta quedar dormidos.

## Capítulo 16



Escuché a Alessandro salir de la habitación. Yo aún estaba volviendo a la vida, así que ni le di los buenos días y me quedé unos minutitos más en la cama.

Miré el móvil que estaba sobre la mesita de noche que nos separaba y comprobé que eran las nueve y media, buena hora para levantarse.

Un mensaje de la yaya aparecía entre las notificaciones. Lo leería mientras desayunaba.

Salí a la cocina y allí estaba él sonriente, haciendo esos churros y el café, con aquella sonrisa que enamoraba al mismísimo aire.

—Buenos días, guapa —se acercó a besar mi mejilla.

—Buenos días, Alessandro, ¡qué bien he dormido! —sonreí y cogí uno de los churros que había sacado de la sartén.

—Me alegra saberlo —sonreía.

Cogimos las cosas y salimos al jardín. Esa mesa de forja en aquel rincón era el prolegómeno de un comienzo de día perfecto. Allí lo era, desconectados del mundo, en aquel ambiente propio de un maravilloso rincón de la Toscana.

Le entró una llamada a Alessandro y se apartó un poco para hablar. Podía escucharlo, le estaban pasando alguna información de algún personaje público.

Miré el móvil y leí el mensaje de la yaya.

Yaya: ¿Como estás, hija?

Yo: Pensando en trasladarme aquí una temporada, no hay mejor lugar para inspirarse.

Sabía que ese mensaje la iba a poner de los nervios, pero me gustaba buscarle la lengua.

Yaya: No me digas eso que me da un paro cardíaco. Tú tienes tu casa aquí y ya sabes que no debes hacer ninguna locura.

Yo: Tranquila, serían solo unos días. Quizás el lunes vaya a recoger ropa para venirme una semana.

Yaya: Como quieras hija, pero no quiero que te vuelva a romper el corazón ese hombre. Yo no me fío, sinceramente.

Yo: Ya lo veremos, pero quédate tranquila. De verdad que no tengo ninguna pretensión. Solo estoy disfrutando del lugar.

Miraba a un lado hablar a Alessandro y me derretía. Era tan sexy, tan guapo, tan sensual...

La yaya no me había vuelto a contestar. La imaginaba sufriendo por mí. Era una jabata en ese sentido y le preocupaba mucho que Alessandro me volviera hacer una de las suyas.

Alessandro entró en la casa y volvió a salir con la conversación y dos cafés, pero no tardó en colgar.

—Un segundo café por la espera — me hizo un guiño.

—Y un tercero que me harás luego por aguantarte —ladeé la cabeza.

—Te hago todo lo que me dejes —me hizo un guiño mientras se tomaba el café con churros.

—Pues como sea como el chocolate que me ibas a hacer —le saqué la lengua.

—¡Verdad! Pero no encontraba el paquete. Te prometo que pensé que había, pero no. Me he quedado tirado y he podido parecer un mentiroso, pero vamos, eso frente a ti, en mí es normal.

—Aclara eso —reí.

—Pues que tengo la sensación de que diga lo que diga, haga lo que haga, no me vas a creer ¿verdad?

—Te creo en la mayoría de las cosas, solo hay un tema que contigo es difícil de tomar en serio.

—Eso me alivia —hizo el que se quitaba el sudor de la frente —Contigo veía negro todo.

—Y lo continuarás viendo negro, pero...

—No lo digas, deja que me emocione, que tú me dices algo bueno y luego me disparas con la flecha.

—¿Y con qué me vas a sorprender hoy de comida?

—Mira, eso sí que te gusta de mí —arqueó la ceja sonriente.

—Mucho, tienes una mano impresionante, todo sea dicho.

—Pues hoy voy a hacer pasta. Te quiero sorprender con una salsa al Alessandro.

—Al Alessandro...

—Jamás probaste algo así.

—No lo dudo, ya te digo que me encantan tus platos —carraspeé.

Y me gustaba todo de él. Esa era la verdad, no solo la cocina, lo que le fallaba era ese punto de perdición con las mujeres.

Tras el desayuno nos fuimos a pasear por aquel entorno. En silencio continuo, yo me ponía a pensar en los momentos que estábamos juntos y cómo era conmigo, eso me dejaba un poco fuera de juego.

No escondía el móvil. Lo dejaba en abierto sobre la mesa, atendía todas las llamadas sin esconderse y estaba pendiente de mí. Encima quería que le acompañara unos días, así que eso me daba por pensar que realmente no era tan mujeriego, pero luego recordaba lo rápido que la liaba y me venía abajo.

Dimos un gran paseo y hasta llegamos a una carretera donde había un bar muy campero, de esos que invitan a tomar una copa de vino, con unos terrenos lleno de viñedos. La terraza era una pasada.

Nos pusieron unas aceitunas de sus olivos. Estaban buenísimas, además vendían los botes de cristal y cogimos dos antes de volver para tenerlos en la casa.

Durante el camino me iba hablando sobre lo de ir el lunes a trabajar y yo a recoger mis cosas y volver para pasar la semana. Él iría y vendría cada día.

Acepté, además me traería el portátil y las mañanas mientras él trabajaba yo me dedicaría a escribir mi novela, esa que me estaba costando tanto trabajo de hilvanar desde que apareció Alessandro de nuevo en mi vida.

Regresamos a la casa y me senté en la cocina mientras él preparaba la comida y se animaba con otro vino. A ese paso íbamos a echarnos al alcohol ese verano. No había tomado más vinos seguidos durante días en toda mi vida.

La pasta le había quedado genial, además de su compañía. Era todo un gran anfitrión, muy buena persona, de eso me daba cuenta con cada gesto, con cada comentario. Otra cosa era su faceta mujeriega, sobre eso no cambiaba de opinión ni de broma.

Después de comer nos echamos una siesta. Parecía que nos íbamos a acostumbrar a eso que una amiga mía española me decía siempre, lo de ir a dormir la siesta, cosa que era típica de allí, por lo que entendí.

Cuando me levanté seguía durmiendo plácidamente, así que salí al jardín con un café que me había preparado y me senté plácidamente a disfrutar. Aquello para mí era vida.

Recordé ese momento de arte con la canción "*Felicitá*". Me salió una sonrisa, así como al recordar en Ibiza cuando yo estaba sentada y lo escuché carraspear detrás de mí. Fue impresionante, no lo hubiera esperado en mi vida.

Desde niña enamorada de él y nunca se me pasó eso que sentía, solo se alivió. Después apareció y engrandeció mis sentimientos. Los multiplicó considerablemente, así me sentía, aunque lo evitara deseaba con toda mi alma abrazarlo, besarlo, que jugueteara conmigo, que me hiciera suya, que me expusiera ante él.

Lo escuché desde fuera en la cocina. No tardó en salir con una botella de agua pequeña en la mano.

—Te has levantado con sed —sonreí —¿Te preparo un café?

—No, gracias —me hizo un guiño —Entre los cafés y los vinos vivo entre alterado y en otra dimensión —reía.

—Bueno, en otra dimensión vives siempre, así que no le echas la culpa a lo que bebes —negué.

—Ya recibí la primera hostia tuya, mucho estaba tardando —reía mientras se sentaba.

—Y eso que estoy relajada, dame un rato y verás —le saqué la lengua.

—¿Te has comido algo raro? Esta mañana estabas más dulce —se levantó de nuevo.

—Si yo soy un amor, eres tú el que me malinterpretas —sonreí.

— Ven, vamos a cambiarnos que te voy a llevar a cenar a un lugar espectacular —tiró de mi mano y me levantó.

—¿Más espectacular que este sitio?

—No, pero es espectacular de igual modo —volteó los ojos y me abrazó.

Le respondí al abrazo ¿Qué dos amigos no se abrazan? Pues eso, consuelo mutuo.

Cogimos la ropa y fuimos a un baño cada uno. Yo me puse un vestido suelto por la rodilla, de color rojo y estampado con margaritas grandes.

Estaba guapísimo, con un short corto blanco y una camisa de cuadros pequeños en rosa pastel. Todo le sentaba genial, tenía una percha perfecta.

Salimos hacia su coche y cogió una pequeña carretera secundaria hasta llegar a un restaurante de piedra, un precioso lugar con un encanto muy especial, también entre viñedos y olivos. Me encantaban los sitios así.

Nos sentamos en una de las mesas de la terraza y nos pusieron un vino de la casa. Por cierto, para matarse, un sabor fino, espumoso...

—Me voy a venir a vivir aquí un año, me traigo mi coche y ya me muevo yo ¿Por cuánto me alquilas la casa? —le saqué la lengua.

—No me tienes que pagar nada, solo aceptarme como compañero de estancia —me hizo un guiño.

—Pero eso con una serie de condiciones, vamos, no te pienses que te lo voy a poner fácil —le seguí la broma.

—Las que quieras, empieza...

—La primera que no se trae a ninguna mujer, que te conozco y me pones eso como una sala de alterne —reí mientras él también lo hacía negando con la cabeza.

—Nada de mujeres, prometido —se puso la mano en el pecho.

—La segunda es que no tienes que estar todo el día, mientras permanezcas en la casa, pegado a mí como una lapa. Yo necesito mi espacio, mis horarios, mis rutinas —dije seriamente continuando la broma.

—Todo el espacio del mundo.

—La tercera que yo cocino de lunes a viernes al mediodía mientras tú trabajas, pero el resto de los días y las cenas, son cosa tuya.

—Muy de acuerdo, no lo veo mal —ladeó la cabeza, convencido —¿Algo más?

—Nada, es broma, con quedarme toda la semana aquí creo que tendré bastante —reí.

—¿Te has rajado? —carraspeó.

—Pues claro, no sé si yo aguantaría todo un año aquí —reí.

—Pero sí un verano...

—Bueno, eso lo veo más fácil, luego vendría los fines de semana, ya puestos a planear...

—Al final te casas conmigo...

—Mira, ni muerta, aunque me obliguen —reí.

—Podríamos firmar un acuerdo de que tú me llevas a trabajar y me recoges y que nunca estaré solo sin ti. Así ya ves que no soy tan malo como me imaginas —puso cara triste.

—Uy no, eso de tenerte como una lapa y de hacer de chófer no me convence, prefiero una relación basada en la confianza, así que quedas descartado.

Nos trajeron la cena, una ensalada *Frutti di mare* y una berenjena rellena que estaba de muerte.

La cena fue preciosa, el lugar espectacular, la atención de diez y nuestras miradas de campeonato. Me estaban dando unas ganas de tirarme sobre él increíbles, pero me acordaba de la modelo y sabía que tenía que pasar.

Pasar de alguien al que no evitaba, ya sé, tengo una personalidad bipolar y ¿Acaso soy la única?

Salimos para la casa y cuando llegamos nos fuimos directos a dormir, esa luz de la vela en el farolillo y nuestras bromas.

—Vente aquí —dijo dando unas palmadas al lado suya.

—Ni loca —reí.

—¿No quieres dormir con mimos?

—Te conozco...

—Ven, verás como no pasa nada de lo que imaginas, solo te quiero abrazar.

—Noooo —reí.

—Hazme hueco —se levantó de su cama y se vino a la mía y se tiró detrás mía.

Yo miraba hacia el exterior. Él me agarró por la cintura desde atrás.

—Desde luego que siempre te tienes que salir con la tuya —resoplé.

—Pero no me dirás que no se duerme mejor así pegados.



—¿Mejor? Como se duerme sola...

—Sabes que no sientes eso que estás diciendo —carraspeó en mi oído.

—O será que te creas unas historias en tu cabeza...

—Pues prefiero soñar a vivir con dolor.

—Si te va mejor...

Sonreí, tenerlo pegado a mí era algo que hacía que me relajara, sentirme bien... ¡¡¡Maldito amor que salía por todos los poros de mi piel!!!

Y llegó el domingo, en sus brazos que seguían entrelazando mi cuerpo, lo podía escuchar respirar pegado a mí. Eso me hacía sentir cómo y dónde quería, a pesar de querérmelo negar a mí misma.

Quitó su mano y me levanté. Lo escuché carraspear.

—Buenos días —sonreí —voy preparando el café y las tostadas.

—Buenos días. Te ayudo —se levantó sonriente y sensual.

Llegamos a la cocina y me agarró por atrás.

—He dormido mejor que nunca —me abrazaba y hablaba al oído.

—Y ahora te va a sentar el café de muerte —saqué las cápsulas del bote que había al lado de la cafetera.

—Estaba pensando una cosa. En vez de ir mañana a Florencia, que vayamos hoy. Te dejo en tu casa un rato y preparas todo. Yo mientras voy a la mía, luego nos vamos a comer al restaurante de Marco y de allí nos vamos a hacer la compra al super grande del polígono que está abierto hoy todo el día.

—Suena bien y mañana disfruto de la paz solitaria mientras escribo en la mesa de forja ¡Acepto!

—Así mañana no te levantas con prisas y disfrutas ya de todo esto.

—Vale —sonreí.

Desayunamos en la cocina y luego nos vestimos y nos fuimos a la ciudad.

Entré a mi casa y la yaya se quedó sorprendida de verme allí. Yo le expliqué el cambio y lo aceptó con resignación no sin antes haberme leído la cartilla de las cosas que sí y no debía de permitir.

Un rato después salí con una maleta hasta la bola y un neceser en la mano con todas mis pertenencias de higiene y belleza.

Desde la puerta saludó la yaya a Alessandro. Al menos iba a darle una tregua y eso me dejaba más tranquila.

En el restaurante, él estaba risueño. Se le veía feliz, cómodo y con muy buena energía.

De allí nos fuimos al super donde llenamos un carro hasta arriba, comida para un regimiento, además de cosas cotidianas que no nos debían faltar.

Llegamos a la casa a las seis de la tarde. Esta vez puse todas mis cosas en el armario de esa habitación, aunque él decía que dormiría en la principal, pero yo no hacía ni caso. Coloqué todo allí y en el cuarto de baño que me había apropiado, en el que puse todas mis cosas a modo adorno.

Luego me fui a la cocina y comenzamos a colocar toda la comida en el frigorífico y en los muebles.

Esa noche teníamos previsto hacer un ligero pescado a la plancha con verduras. Nos pasábamos el día comiendo y no podía ser, había que cuidarse, pensé mientras se me antojaba todo lo que iba colocando.

Alessandro se puso a preparar el pescado y yo eché en remojo unos garbanzos ya que al día siguiente quería cocinarlos en una receta que probé en casa de los padres de Georgina y que me supo a gloria.

Cenamos en la cocina. Esa noche nos íbamos a acostar temprano ya que al día siguiente él tenía que ir temprano a trabajar y yo me tenía que poner las pilas.

En la cena estaba muy risueño, se le veía feliz, además aquella casa transmitía un buen rollo que te hacía estar totalmente en armonía.

Tras la cena me di una ducha y me puse un camisón corto de tirantes.

Alessandro al verme tiró de mi mano y me llevó a su habitación que ya estaba iluminada por dos farolillos a los lados de la cama.

—Siempre te sales con la tuya —protesté riendo.

—No, pero es más cómodo que la cama minúscula en la que dormimos anoche —carraspeó metiéndose en ella.

—Pues dijiste que estabas de lo más cómodo, me mentiste —reí.

—Muy cómodo por la compañía, lo bueno que al ser reducida te tenía bastante pegada a mí.

—Hoy puedes correr un tupido velo y echarte más hacia aquel extremo —señalé con la mano.

—No sé si me interesa —se puso mirando hacia mí y puso su mano en mi cintura.

—No me mires así que me pones nerviosa —reí tocando su cara y apartándola de mi vista.

—Pensé que me ibas a dar un beso —dijo bromeando.

—No te lo mereces aún.

—Bueno, ese aún me da esperanzas —arqueó la ceja.

—No te ilusiones, que te queda mucho diamante que tallar —reí y me ahuequé en su cuello.

Me abrazó y nos quedamos en silencio, sus manos jugueteaban con mi espalda revolucionando a todas las mariposas que había en mi interior.

Esa noche me costó poco dormir. Estaba agotada. El día había sido largo, emocionante e intenso, pero sobre todo me aportaba felicidad. Eso de haber organizado todo para

quedarnos allí una semana era todo lo que podía desear en aquellos momentos.

## Capítulo 17



Desperté y ya no estaba en la casa...

Me estiré y salí hacia el baño donde me aseo. Me puse una camiseta y unos pantalones cortos y me fui a la cocina. Antes dejé el portátil junto al móvil en la mesa de la terraza.

Preparé el café y dejé listo otro para luego. Solo le tendría que dar al botón.

Me senté en esa mesa de forja que tanto me gustaba. Aquello era vida, me inspiraba para escribir y eso era lo que iba a hacer casi toda la mañana, además de los garbanzos con bacalao al estilo ensalada caliente.

Desayuné tranquilamente y llamé a Georgina para que me pusiera al día de todo. Sin embargo, ella empezó por lo mío.

—¿Instalada en su casa por una semana? Nos lo dicen hace unos días y no nos lo creemos. Eres una loquilla. ¿Lo has pensado bien?

—Sí. Es un sitio maravilloso para escribir. Tendrías que verlo. Bueno, de hecho, ya lo verás. Tienes que venir en estos días. Ya lo concretamos. Aquí te olvidas del mundo, aquí te olvidas...

—¿De todo? Igual te olvidas de la modelo y al final hay tomate. Lo único es que ya sabes el defectillo del muchacho. Yo no por lo demás, no digo nada. Cremallerita en mi boca. Igual al final merece la pena. Nunca se sabe.

—No, no te pongas como la yaya. Es que es un sitio formidable.

—Sí, pero un sitio en el que probablemente no se te hubiera perdido nada de no ser por Alessandro.

—No lo veo así. Solo compartimos casa.

—Bueno, entonces ya me quedo mucho más tranquila porque como tú nunca has sentido nada por él, si dices que solo compartís casa, yo me lo creo —su risilla era maléfica.

—No adelantes acontecimientos, anda. Hay argumentos que no puedo rebatir, pero no es mi idea inicial. Eso te lo garantizo.

—Si es que el corazón no entiende de ideas iniciales, Mikaela. Entiende de que siempre te ha tirado mucho este hombre y, pese a lo que te ha hecho, estás viviendo en su casa, momentáneamente, pero en su casa. ¿No dicen que lo que está a la vista no necesita un candil?

Me quedé un poco petrificada porque no pensé que desde fuera se viera tan clara la cosa.

—Bueno, lo único que puedo decirte es que no sé lo que pasará, pero que de momento no me he dejado tocar un pelo. Te mantendré al tanto de la marcha de los acontecimientos —reí.

—Eso espero, porque me tienes en vilo, tontina.

—Ok y ahora vamos a lo romántico, ¿qué sabemos de Matteo?

—Pues que por fin tiene fecha. ¡Viene en dos semanas!

—¿Pero para quedarse?

—Sí, sí. En dos semanas se instala de nuevo en Florencia.

—¿Dónde, en tu casa?

—¡No seas loca! Estamos deseando vernos, pero no es plan de avasallar de entrada.

—Avasallar dice, como que no tienes ganas tú de atrincarlo por banda...

—Hombre para un revolcón, por supuesto. Otra cosa es para vivir. Ya hace un tiempo que no somos pareja. Las cosas

llevan su tiempo.

—Bueno, bueno. Ya veremos...

—Vuelve a vivir al antiguo piso que compartía con Maurizio que, como es un poco rarito, no había vuelto a tener un compañero. A Matteo sí lo acepta encantado porque son amigos.

—Parece que todo rodado, entonces.

—Rodado y más que rodado. Yo creo que de aquí a nada estás escribiendo nuestras propias historias románticas...

—La tuya sí, jodida. La mía no. Mi periplo con Alessandro ha sido tortuoso, más que romántico.

—Todo cambia amiga. Tiempo al tiempo.

—No lo tengo yo nada de claro —pensé para mis adentros que ojalá tuviera razón.

Luego llamé a mi padre, otro que con sus historias me hacía reír. Era un galán y las mujeres lo veneraban, pero Laura estaba cada vez más en sus planes. Me dio una gran alegría.

—¡Muy bien papá! No te vas a arrepentir. Pero entonces, ¿se lo propusiste tú? —pregunté.

—Sí, sí. El sitio me lo ha recomendado un compañero de rodaje que ha estado allí con su mujer. Dice que las Islas Shetland, en Escocia, son dignas de ver.

—Pues entonces, ya estabas tardando. Y Laura supongo que tan contenta, ¿no?

—Sí. Muy contenta. Me dijo que le había sorprendido. Que creía que no me iba a decidir nunca a hacerle una propuesta así. Vaya si es exagerada, ¿ni que hubiera tardado años!

—Nada de exagerada. Lo que tiene es más paciencia que una santa. Papá prepáralo todo con mucha ilusión y va a salir fenomenal.

—Eso espero —él seguía sin tenerlas todas consigo. Contento, pero cauto. En las cuestiones del amor, era peor que un niño.

Me comí las tostadas que hice mientras cociné el fondillo para los garbanzos, así que lo dejé todo listo en una hora y me fui a escribir de lleno.

La historia y el lugar inspiraban a que mis dedos no dejaran de teclear todas esas escenas que se agolpaban en mi cabeza.

Casi a la hora de la comida me serví un vino. Seguí escribiendo mientras lo tomaba hasta que llegó Alessandro.

—Buenas tardes, *amore* ¡Qué bien huele! —dijo acercándose con un precioso ramo de margaritas.

— No eres el único cocinillas —sonreí —Gracias —las puse sobre un jarrón de la mesa.

—Lo sé, solo que tú aún no me cuidaste mucho —me abrazó haciendo un gesto de resignación.

—Anda, anda, siéntate que pongo hasta la mesa.

El ramo me había encantado, además para la cocina era ideal. Le daría esos días vida. Me gustaban las flores, la naturaleza, los colores y esos me alegraban, en cierto modo. Además, era el gesto lo que había que agradecer.

Puse los platos y en medio unas delicias de empanadillas que habíamos comprado el día anterior.

Le encantaron los garbanzos. No dejó ni rastro en el plato. Lo dejó limpio con el pan mientras gemía de placer por aquel sabor que tanto le había llamado la atención.

—¿Escribiste?

—Tres mil preciosas palabras.

—¿Tanto?

—Y eso que anduve lenta, con esto de la comida, el relax, el cigarro, los cafés.... De lo contrario, escribo aquí en una mañana seis mil. Suelo ser bastante rápida.

—Ya veo, ¡qué barbaridad!

—Y no encendí la tele. Mi paz esta semana no me la roba nadie.

—Bueno, pero sí solo somos amigos no debería importarte.



—Ojos que no ven...

—Corazón que no siente —rio —No tienes nada por lo que preocuparte.

—Yo paso, estoy aquí de vacaciones, de desconexión y trabajando en la más absoluta paz. Lo que tú hagas me da igual —reí mientras preparaba el café e iba fregando los platos.

Nos sentamos en los sofás a tomar el café y descansar un rato. Ese momento de descanso iba a ser como una tradición cada día, lo único que esta vez me hizo echarme con él y me abrazó desde atrás. Menos mal que los sofás eran amplios y no corría riesgo de salir disparada al suelo.

Después de un par de horas de sueño me levanté y me hizo girarme hacia él, que me sostenía con la mano en la cintura.

Nos miramos. No me lo podía creer, otra vez había vuelto a caer, en esos besos, en esas caricias...

Terminé desnuda entre sus brazos, esos que con sus manos tocaban cada parte de mi piel y me hacían gemir de excitación con cada roce.

Jugueteaba con mis partes haciendo que se hincharan inmediatamente y casi hablaban para pedir más, para llegar a ese momento donde soltaría toda la excitación contenida de ese momento.

Después de llegar a un intenso orgasmo me sentó sobre él y me penetró. Comencé a moverme al ritmo que marcaban sus manos en mis caderas, volviendo a sentir otra vez que llegaba al inmenso placer que solo él sabía proporcionarme.

—Me volviste a engañar —reí abrazada a él.

—Ojalá te pudiera engañar varias veces al día durante toda mi vida —me apretó fuerte.

—Joder que intenso te salió eso —reí.

Salimos a la terraza con dos cafés. Era ya tarde, pero a eso nunca le hacíamos ascos, así que, tras fumarme un cigarro, tomarme el expreso y disfrutar de ese relax, nos fuimos a la cocina a preparar la cena.

Esa vez tocaban unos sándwiches de pollo que preparó él y yo le hacía compañía, mientras charlábamos animadamente.

Durante la cena me dijo que al día siguiente no cocinara que iba a traer algo que había encargado y que recogería a la hora de la salida de la cadena.

Nos echamos un rato en el sofá después de cenar y nos fuimos a la cama, donde volvimos a dejar salir toda nuestra fogosidad. Mi corazón cada vez latía más fuerte deseando ese momento en el que nuestros cuerpos se unían y en el que yo me sentía la mujer más deseada del mundo, siempre y cuando no pensara en nada de lo que me hacía daño.

Nos dormimos abrazados, eso me encantaba, saber que estaba pegada a él y entre sus brazos.

Por la mañana me preparé un café y salí a la terraza. Me lo tomé relajadamente mientras le contaba a la yaya que estaba bien. Intentaba relajarla con esos mensajes lleno de emoticonos de risas y corazones.

Luego me preparé otro café y las tostadas. Me puse a escribir en el sofá, cualquier rincón de la casa era inspirador, además de cómodo.

Ese día puse la tele de fondo, quería ver a Alessandro y los temas que se estaban tocando. Se le veía relajado, feliz, sonriente y no entrando en peleas con Flavio, ese que intentaba buscarlo a cada momento.

Llegué a la conclusión de que lo suyo era un tira y afloja continuo, dos personas que se caían mal y se palpaba en todo momento, pero ese día no. No le robaba la sonrisa, mucho menos le rebatía, le afirmaba cuando se dirigía a él y le daba la razón como a un loco, eso enfurecía aún más a Flavio.

Escribí bastante, algo que me hacía ver que la inspiración había vuelto a mi vida, cosa que tenía que ver mucho con mi estado de ánimo. La felicidad me ayudaba a plasmar cosas bonitas, sin duda.

A la hora del almuerzo llegó Alessandro con unas pizzas al horno del restaurante de Marco. Me encantaban, además tenía mucha hambre.

Otro ramo de flores venía en una de sus manos.

—Me vas a poner la casa que va a parecer un invernadero —reí mientras la ponía en otra de las jarras que había en un mueble de la cocina y lo llevaba a la terraza, a la mesa de forja.

Comimos en ella, esta vez fuera. El calor apretaba, pero teníamos una sombra que nos hacía estar bastante bien.

La piscina aún no la habíamos probado, no era como la de su casa de Florencia, tan llamativa y elegante. Esta era rústica, pequeña y con unos grandes jarrones al final que no dejaban de tirar agua en plan cascada.

El caso es que aquel día tampoco me apetecía bañarme, pero el sonido de esos chorros me hacía sentirme en sintonía con todo aquello mientras disfrutaba de esa deliciosa pizza. El entorno no podía acompañar más.

—Hoy vi el programa —carraspeé sonriente.

—Vaya, menos mal que no fueron a por mí —volteó los ojos bromeando.

—Mañana lo volveré a ver, pero vamos que si aparece otra no me pienso ir. Yo me quedo aquí jodiendo por lo menos hasta el domingo.

— Eso me gusta. De todas formas, no creo que te debas ir hasta que acabes la novela —tosió.

—Claro, todo el verano aquí me veo —sonreí.

—Sería buena idea, además ¿Dónde íbamos a estar mejor?

—En mi casa no se está mal, pero debo reconocer que aquí se está mejor.

—Pues por eso, aquí nos quedamos acampados todo el verano y yo tengo días libres que iré cogiendo, además de quince días de vacaciones seguidos.

—Ya veremos, los planes contigo me dan miedo —reí.

—No seas tonta y deberías aprender a confiar en mí. No tuve nada con ella.

—Paso palabra — reí.

—No pases tanto y dame un voto de confianza, creo que me lo merezco.

—Te lo vas a tener que currar un poco más —le hice un guiño. Por cierto, el jueves me quiero ir contigo, me dejas en mi casa y paso la mañana con la yaya. Quiero verla, además de coger alguna otra cosa que recordé para el finde.

—Claro.

—Mañana no. Quiero terminar dos capítulos que tengo en mente y están frescos, no vaya a ser que luego se me vayan de la cabeza.

—Cuando quieras ir solo lo tienes que hacer, además como vamos a estar todo el verano, puedes ir una o dos veces en semana y de paso invitar a tu padre, a la yaya y a la loca de Georgina a venir algún día a comer.

—Todo el verano —reí.

—Pues sí y hasta el otoño que también se está genial y en invierno ni te digo con la chimenea, ver llover, es precioso —sonreía provocando.

—Yo por lo pronto me quedo unos días, que no me echan ahora ni con agua caliente. No pongo fecha de retorno, pero... ¡Contigo no planeo! —reí.

—Y dale, ¡qué manera de fustigarme! —arqueó la ceja.

Esa tarde vimos una peli y caímos rendidos. Luego tuvimos nuestro momento más fogoso, eso no podía faltar entre nosotros. Nuestros cuerpos hacían gala de una tensión sexual brutal y continua.

Por la noche cenamos y a la cama, como el día anterior y el siguiente en el que hicimos todo exactamente igual, menos lo de la pizza. Esa vez me tocó de nuevo cocinar.

El jueves a las ocho estábamos en planta. Nos tomamos un café y salimos hacia Florencia. Yo ya había avisado a la yaya de que estaba llegando.

—Hija, se me están haciendo muy largos los días —me abrazó y pasó para la cocina a ponerme un café.

—Pues es verano, así que no me extrañes mucho, que me veo en aquella casa más tiempo que aquí —hice un gesto de miedo por lo que me iba a decir.

—Ay hija, que no quiero que te hagan daño, solo quiero que seas feliz, aunque sea fuera de esta casa.

—Tranquila, no nos juramos amor eterno. Solo que estoy muy cómoda allí y me está valiendo para centrarme por las mañanas más en mi novela.

—Y el corazón también tiene culpa, no lo excuses —sonrió mientras me lo decía a modo de regañina.

Estuve toda la mañana con ella, además metí algunas cosas más que había echado de menos y para qué mentir, sabía que el domingo no iba a volver así que tenía que llevarme cuando pudiera necesitar.

Alessandro vino a por mí y comimos en el restaurante de Marco. Después fuimos al super a coger algunas cosas que habíamos agotado con idea de tener la despensa repleta. Él también sabía que el domingo no me iba, no era tonto y más al verme aparecer con ese nuevo maletón que le sacó la mejor de sus sonrisas.

Le comenté que había estado hablando con Georgina y que al día siguiente iba a venir a comer, cosa que le pareció estupenda. Decía que la recibiría con una chaqueta antibalas y asunto resuelto.

Por la noche cenamos una ensalada en el sofá. Estábamos viendo un documental sobre la costa de Kenia y el país en el ámbito turístico. Los circuitos eran de lo más fascinante ya que primero te tirabas unos días en la playa, luego otros días con los *Masai* y además para rematar un safari por el *Serengeti*, casi nada.

Me imaginaba en una aventura así con él y me causaba mucha emoción, aunque realmente me la ocasionaba el simple hecho de tenerlo a mi lado y en cierto modo veía que todo su día era conmigo, menos el momento trabajo. Por eso me daba

igual lo que dijeran. Sabía que ahora estaba al cien por cien para mí y eso me hacía sentir muy bien, sobre todo relajada mentalmente.

Al día siguiente me levanté a la vez que Alessandro. Nos tomamos un café rápido juntos y se marchó a trabajar después de darme decenas de besos y casi tenerlo que echar a patadas.

Me puse escribir un rato, quería quitarme varias escenas de la cabeza y luego ponerme a cocinar. Mi amiga llegaría sobre las doce, mucho antes que Alessandro.

A las doce menos cuarto me llevé a la habitación el portátil y abrí una botella de vino, conociendo a Georgina y su puntualidad estaría a punto de...

Un claxon sonó fuera y salí a recibirla.

Nos abrazamos emocionadas y la hice pasar.

Le enseñé la casa y el exterior. Ella estaba alucinando, decía que aguantara todo el verano que se iba a pillar una semana y venirse.

Nos comenzamos a tomar el vino en la cocina mientras yo preparaba la comida, la verdad que estábamos emocionadas cada una con lo nuestro.

—Pues confió más en Alessandro —suspiré aguantando la copa.

—Yo también, está las veinticuatro horas contigo y encima te pide que te quedes todas las estaciones del año —ponía cara de romanticismo —es una forma sutil de pedirte que te quedes a vivir con él —sonreía.

—Es muy atento, cuidadoso, cariñoso, lo tiene todo —me puse la mano en el corazón.

—Pues tía, disfruta, aguántalo en corto y listo —me sacó la lengua.

—Hasta me trae flores —señalé al jarrón de la mesa.

—Vamos que estás que te mueres de amor por él —rio.

—Más o menos —me encogí de hombros y me puse a mover un poco la comida.

Estuvimos charlando y preparamos la mesa fuera. Cuando llegó Alessandro todo estaba listo solo para sentarse.

—Hombre, “mi más mejor amiga” en mi casa —le besó la mejilla —Aquí estás en tierra hostil, así que piénsatelo —rio mientras cogía su copa y le daba un trago.

—Bueno, no te creas que me causa respeto el que sea tu casa. Es más, le estaba diciendo a Mikaela que me voy a venir con vosotros en breve una semana —sonrió ampliamente.

—Eres bienvenida, pero con buen humor, disparando a otro lado que siempre le das al mismo —probó la comida —Ummm, esto está divino.

—Mi amiga cocina muy bien —no tardó en soltar Georgina.

—No lo dudo, la verdad es que me está sorprendiendo gratamente.

—Y eso que no conoces más facetas de ella —dijo con sorna.

—Bueno, que aproveches —señaló al plato de ella —Que te veo venir.

—La que os veo venir soy yo, así que vamos a comer, beber y callar —resoplé.

La verdad es que nunca había experimentado momentos como los que estaba viviendo en los últimos tiempos. El chico por el que suspiraba y mi mejor amiga, conmigo, batallando entre ellos y yo intentando poner orden ¿no era mágico? Lo mismo era que yo me estaba quedando loca, pero todo lo veía así...

Estuvimos charlando y tomando vino hasta las cinco de la tarde que pasamos a las copas.

Dos fueron las que se tomó Georgina ya que quería parar para más tarde conducir, así que en la cena comió con refresco y ya hacía bastante que había dejado de beber para poder volver. De todos modos, le ofrecimos la posibilidad de quedarse, pero no quería pues a la mañana siguiente tenía planes.

Esa noche nos acostamos temprano, lo bueno es que al día siguiente no trabajaba, así que nos esperaba un precioso sábado para sacarle todo su jugo.

Por la mañana nos despertamos con los deseos a flor de piel y nos dejamos llevar por la pasión, esa que sentía realmente a cada segundo por él.

Desayunamos relajadamente en la cocina y luego nos pusimos a preparar la comida para dejarla hecha y disfrutar del resto de la mañana entre copas de vino. Ese día no había responsabilidad ni prisas por nada, así que teníamos horas perfectas por delante a golpe de vinos y copas.

Alessandro estaba de lo más divertido, bromista, conquistador, besucón... No cabía en felicidad o al menos eso se percibía, sobre todo en sus gestos y miradas que se derretían con cada burla o gesto de cariño que yo le regalaba.

Ese día no hubo siesta, lo pasamos charlando y disfrutando del sol de la Toscana, ese que era especial y que enamoraba a todos los que lo contemplaban y más en una estampa como la que teníamos en nuestras narices.

A la noche estábamos que no podíamos con nuestros cuerpos, encima me quería llevar a la habitación en brazos cosa a la que me negué. Ya me veía revoloteando por todo el pasillo de la casa.

El domingo fue precioso, pero nada de vinos y alcohol. Disfrutamos de un despertar de los que nos gustaban. Después nos fuimos al desayuno y más tarde salimos a descubrir algún restaurante perdido por aquella zona y dimos con una genial, donde todo lo que hacían era a la barbacoa. Allí disfrutamos de una carne que, aparte de jugosa estaba deliciosa, y que hacer gemir de placer con cada bocado.

Después, nos fuimos a tomar un café a un bar que él conocía y que estaba enclavado en un rincón maravilloso, como todos los que se incardinaban en la región de la Toscana. No podía estar más orgullosa que haber nacido allí.

El día fue maravilloso. Solos los dos, disfrutando de nuestras charlas, de la gastronomía, de la desconexión y de



todo aquello que nos regalaba el estar apartados del bullicio de la ciudad.

Por la noche me acosté pensando en lo rápida que había pasado la semana. Menos mal que aún no me iría o de lo contrario me moriría de la pena.

## Capítulo 18



Había pasado un mes desde que me mudé a la casa de la Toscana...

Un mes en el que había sido muy feliz con Alessandro y en el que había avanzado bastante en mi novela.

Mi padre se tomaba muy bien el que estuviera allí y la tía ya había empezado a asumirlo, aunque siempre me preguntaba que cuándo volvería y yo cada vez lo tenía menos claro. Ya nos habían visitado, pasando un sábado con nosotros, además de que yo iba dos veces en semana y Alessandro también comió en nuestra casa algún que otro día.

En aquellas ocasiones, mi padre me confirmaba que las cosas con Laura iban bien, aunque despacito, en su línea, no fuera a ser que atragantara del susto. Incluso algunas veces ella se unía a esas comidas y lo pasábamos fenomenal, en familia.

Esa mañana estaba a modo reflexión mientras tomaba el café en la terraza con Alessandro, que por fin comenzaba esos quince días de vacaciones tan ansiados.

Aquel día volvíamos a Florencia, pero a su casa. Íbamos a pasar una semana allí disfrutando de la ciudad y de la piscina esa que era tan impresionante. La siguiente semana volveríamos para que él la viviera aquí, relajado, sin tener que salir.

A mí me daba igual. Yo vivía en unas eternas vacaciones en ese lugar retirado que tantos momentos de crecimiento personal me estaba dando.

Salimos hacia la ciudad con la ilusión de que íbamos a estar juntos, sin miedo a que yo me fuera a mi casa y él a la suya.

Ya ni hablábamos de hacer nada por separado, parecíamos un pack donde los planes eran conjuntos.

Llegamos a su casa y colocamos la ropa que llevamos para esos días, además iba a aprovechar para comprar algo por la ciudad, tenía mono de *shopping* y ganas de estrenar alguna que otra prenda.

Fuimos a mi casa a comer. La yaya le había hecho la lasaña favorita de Alessandro. En cierto modo se la estaba ganando poco a poco y ella estaba más relajada que antes. Eso me hacía sentir bien.

Por la tarde volvimos a la casa de Alessandro y nos bañamos en la piscina. Estuvimos un rato allí hasta que comenzó a ponerse el sol y nos fuimos a la calle a cenar, a tomar unos vinos y a disfrutar un poco de la ciudad que estaba a tope con el turismo. Aquello eran grupos y grupos, además de familias y parejas de todas las partes del mundo, atraídos por todo aquello que ofrecía Florencia, una de las ciudades clave del país, parada imprescindible en cualquier viaje a Italia.

Al día siguiente salimos a desayunar a la calle y luego nos fuimos a lo *Pretty Woman*, como yo solía calificar aquellas salidas. Compramos de todo, arrasamos por las tiendas que íbamos y tuvimos que ir a su casa a soltar tanta bolsa para ir a comer relajadamente.

Así nos pasamos el resto de los días. Por las mañanas saliendo a desayunar, luego de compras, comíamos con la yaya y mi padre o por la ciudad. Por la tarde nos metíamos en la piscina para luego por la noche salir a cenar.

El viernes quedamos con Romina y Emmanuel, Leo no podía, así que nos fuimos con ellos a cenar y luego salimos de copas.

Romina me regañó por haber creído en esa noticia. Yo le expliqué mi perspectiva para que se pusiera en mi lugar y claro que lo hizo. ¡No hay nada como ponerse en los zapatos de los demás!

Pasamos una velada estupenda con ellos y quedaron en que a la semana siguiente irían a la casa de la Toscana a pasar un día.

El sábado ya estábamos hartos de ciudad. A pesar de que su casa era de lo más comfortable, no se estaba como en aquel lugar que nos hacía sentir relajados y sin mirar el reloj. Por tal motivo, decidimos ir a hacer una buena compra y volver para el campo.

Llegamos por la noche, justo para colocar todo y cenar, pero ya estábamos allí y todo se veía diferente. Era más natural, no sabría cómo explicarlo, pero me sentía mucho mejor que en la otra casa.

Esa noche nos acostamos tarde. Habíamos visto una película después de cenar.

El domingo desperté y él estaba en la cocina. Ya tenía el desayuno preparado, nos fuimos al jardín, aquello volvía a ser un desayuno de verdad. Había conectado demasiado con el lugar y con la casa. Era una atracción como la de un imán.

Alessandro me cuidaba y me trataba como una reina. No tenía nada que ver con el concepto que yo tenía de él. Cada día me ganaba más como persona, como hombre, como todo. Ya confiaba plenamente en él y lo veía incapaz de hacerme algo que me hiciera daño.

Esa semana fue una preciosidad. Todos los días cocinábamos juntos. Salíamos a pasear, estirábamos el desayuno una hora de la forma más relajada... Aquello era vida, a su lado, fuera del alcance de todos, llenando de momentos únicos nuestros corazones.

Llegó el viernes y aparecieron a media mañana Romina, Leo y Emmanuel, sonrientes, con botellas en las manos, locos porque las comenzáramos a abrir.

Pasamos a la terraza, allí servimos la primera además de poner un cuenco de olivas que habíamos comprado en aquel restaurante.

Romina me hacía morir de la risa. Era tremenda y tenía a los tres a raya. Cualquiera se metía con ella o le llevaba la

contraria, cosa que en la tele parecía más pasota. Quizás fuera como una coraza para defenderse de algún modo de las provocaciones de Flavio, quien tenía atravesado a Alessandro. Eso sí, mi chico tenía a sus “tres mosqueteros”, así llamaba yo a sus compañeros.

La comida la hicimos en la barbacoa de piedra, un surtido de carnes a la brasa que quedaron deliciosas.

Emmanuel decía que eso era para celebrar el lunes la vuelta de Alessandro, que el plató había estado muy solitario sin él, aunque ahora le tocaba coger el relevo a Romina, que comenzaba sus vacaciones. Precisamente el lunes salía con una amiga rumbo a Cuba diez días.

Emmanuel estaba siendo esos días noticia porque su ex mujer, que era también periodista, se iba a casar con un cantante muy importante del país, así que ya lo metieron en el ajo y ponían muchas imágenes de su matrimonio con ella. Se le notaba saturado.

Romina me estuvo poniendo al tanto de todos los chismes. Sabía que rara vez veía el programa y menos esas dos semanas que habíamos estado de vacaciones y en las que quería todo, menos televisión. Eso me robaba mi paz mental.

Todos bromeaban preguntando que la boda para cuándo y yo decía que eso eran palabras mayores que mucho se lo tenía que currar para conseguirlo y dudaba que lo hiciera, cosa que Alessandro me respondió en varias ocasiones que ya lo veríamos.

Leo era todo un personaje que observaba, sonreía y no hablaba, pero luego las soltaba con buenas balas. Eso era lo peor, que no se sabía por dónde iba a venir, pero era un gran tipo y adoraba a sus compañeros, sin dudas.

El día fue perfecto, increíble, nos dieron las tantas de la noche y terminaron durmiendo allí. Además, los capullos ya venían con ropa preparada por si eso se diera, así que se quedaron de lo más a gusto. Como decían, hasta el lunes no trabajaban y les quedaban sábado y domingo para disfrutar.

Lo mismo pasó el sábado. En el desayuno ya se sentía que teníamos ganas de más fiesta y que más tarde comenzaría el tiempo de vinos, barbacoas y disfrutar otro día.

Con Romina tenía mucha complicidad y me tiraba las horas hablando, además de riendo pues era toda una cómica.

Alessandro me miraba con esos ojos que me decían cuánto me deseaba. Lo podía leer en su mirada. Eso era lo mejor de todo, que nos entendíamos sin necesidad de hablar.

Aquello se estaba convirtiendo en mi casa, en mi vida. No quería imaginar que pasara algo y me sacara de ese lugar, de Alessandro, de todo lo que ahora mismo me hacía feliz.

Los chicos se volvieron a quedar esa noche a dormir. Fue el domingo tras el desayuno cuando se marcharon para Florencia, no sin antes advertir que vendrían algún que otro fin de semana.

Le deseé a Romina que lo pasara genial por tierras cubanas. Sabía que entre nosotras había nacido una bonita amistad.

Los días pasaban en esa casa, como nuestro amor que se engrandecía y llegó el otoño, otra época preciosa en aquel lugar que no tenía intención de abandonar. Era donde más feliz me sentía.

De vez en cuando nos íbamos dos o tres días a su casa de la ciudad, además que yo seguía todas las semanas apareciendo por mi casa alguna que otra mañana, luego Alessandro comía con nosotros tras el trabajo y volvíamos al campo, así pasamos todo el otoño. Todos nos veían ya como una pareja afianzada, hasta nosotros mismos.

Los meses comenzaron a pasar volando y nuestra existencia era perfecta. Además, yo disfrutaba mucho porque mis amigas también estaban emparejadas, Nicoletta con Hans y, a esas alturas, Georgina con Matteo, pues a su vuelta de Bruselas todo fue entre ellos como la seda.

A eso había que sumar que la relación de mi padre y Laura parecía tener buenos visos. Aunque se ve que el destino no pensaba lo mismo...

El veinte de noviembre, Laura nos invitó a compartir con ella un gran acontecimiento. Era un día muy especial para ella y todos estábamos felices. Lo cierto es que, desde que había entrado en la vida de mi padre, se había convertido en una persona importante para nosotros.

Ella era una mujer con muchos valores. Aparte de guapísima, se trataba de una trabajadora incansable que había sabido llevar a lo más alto la empresa familiar de vinos que en su día heredó.

En sus manos, los caldos de su bodega habían adquirido renombre internacional y aquel día había organizado un gran evento para celebrar el lanzamiento de “la joya de la corona” de sus viñedos: un vino que ella pensaba que estaba llamado a ser grande.

Por suerte, su presencia era ya muy habitual en casa de mi padre y, aunque no vivían juntos, se dejaba caer mucho por allí. Incluso la yaya me comentaba que a veces se quedaba algunas noches de fin de semana.

El asunto es que nos habíamos encariñado mucho con ella y, sus éxitos, eran nuestros éxitos. Por esa razón, incluso Alessandro desde su programa mencionó su nuevo lanzamiento, para que adquiriera una dimensión aún mayor.

Laura tendría que pasar todo el día pendiente del montaje y Alessandro y yo quedamos en pasar por mi padre para ir los tres juntos. Entré en la casa a las ocho de la tarde y lo que me encontré confirmó que mi progenitor era un hombre impredecible.

—Papá, ¿qué haces en bata? —me quedé alucinada. Lo esperaba hecho un figurín.

—No voy, hija. No voy.

—¿Qué estás diciendo? Me dejó de una pieza. Yo había entrado sola, para indicarle que saliera. Alessandro estaba en el coche.

—Pues lo que has escuchado —me dirigí hacia la puerta y le hice a Alessandro una señal de que esperase.

—No tengo la menor de idea de a qué te estás refiriendo, pero te pido por favor que recapacites y vayas a vestirte.

—¡Menos mal que ya estás aquí, hija! —la yaya llegó en ese momento, procedente de su dormitorio.

—Yaya, explícame tú, por favor...

—¿Yo? ¡Qué me aspen si entiendo algo! No sé lo que se le ha metido a este hombre en la cabeza —salió del salón.

—Papá, espero que esto no sea lo que yo me estoy oliendo.

—¿Y qué te estás oliendo? Porque en esta casa todos sabéis más de mí que yo mismo, al parecer...

—Pues a mí me da que tú has estado muy bien con Laura durante todo este tiempo, pero lo de aparecer con ella en público esta noche te ha venido grande.

—¡Otra que piensa como ella!

—¿Cómo Laura?

—Sí, como Laura.

—¿Y no crees que tenemos razón?

—No. Yo solo le dije que quería mantenerme en un discreto segundo plano durante el evento.

—Define discreto segundo plano.

—Pues lo suficiente para que nadie nos relacionara.

—Eso está precioso, papá —apenas podía creerlo.

Al parecer y, a resultas de la chiquillada de mi padre, habían discutido y aquello colmó el vaso de la paciencia de Laura, que le dijo a mi padre que no aceptaba sus condiciones.

Después de afearle su conducta, Alessandro y yo fuimos al evento y nos disculpamos con ella, que nos agradeció muchísimo nuestra presencia, pero nos confirmó que así no podía seguir. Lo entendimos perfectamente, aunque aquella ruptura me dolió en el alma.

Al día siguiente le rogué encarecidamente a mi padre que recapacitase y la llamase, pero era más cabezón que hecho de



encargo, de modo que al final tuvimos que hacernos a la idea de que lo suyo quizás no tuviese arreglo.

## Capítulo 19



Y llegó la víspera de Navidad...

Nos habíamos venido esos días a la casa de la ciudad. Eran momentos para pasar con los nuestros, hacer compras y demás, pero siempre juntos, durmiendo en su casa. Desde ese fin de semana que me había instalado en la Toscana, no me despegué de Alessandro.

Esa noche cenábamos en casa de mi padre con la yaya y sus padres. Resulta que nuestros padres se conocían desde hacía años y se tenían mucho respeto y cariño, el mismo que me habían cogido a mí. Además, su madre tenía mucha complicidad conmigo y me trataba como a una hija.

Yo tenía elegida la ropa que me pondría para la cena, al igual que Alessandro, así que salimos a desayunar relajadamente y a ultimar algunas compras para los regalos de Navidad.

Por la mañana hacía frío a pesar de que el sol brillaba con intensidad, pero con mi bufanda y gorro de lana iba bien protegida.

Alessandro paseaba feliz de mi mano y parábamos a tomar de vez en cuando un vino dulce o similar, de los que calientan el cuerpo en esas fechas tan invernales, aunque debíamos de sentirnos dichosos por el clima que teníamos.

Al mediodía comimos en la calle y luego nos fuimos a descansar para estar bien para la cena y la noche que se presentaba tan especial, en la que nuestras familias se unían para pasar las primeras Navidades juntos.

Me puse preciosa esa Nochebuena con un vestido negro de mangas cortas y un poco de encaje, ceñido hasta la rodilla, con unas medias color carne y unos tacones negros que eran una monería.

Alessandro iba guapísimo con una chaqueta de pana de color tierra.

Llegamos los primeros, así que nos tomamos con mi padre y la tía una copa. La mesa en el salón estaba preparada, magnífica, con ese toque de elegancia acorde con la casa.

Luego llegaron los padres de Alessandro, así que ya no faltaba nadie. Todo listo para empezar a degustar la cantidad de exquisiteces que la tía había preparado y se había encargado de comprar.

Alessandro en un momento de la cena se levantó con su copa en la mano y le vi la intención de que iba a hacer un brindis o algo por el estilo.

—Quiero daros las gracias a todos por estar juntos en esta noche tan especial para mí y espero que para todos —sonreía mirándonos —Siento que este es un momento mágico de mi vida y estoy viviendo una bonita historia con ella —me señaló —en la que estoy seguro de que nuestros sentimientos van de la mano, en la que con el paso de los días, las semanas y los meses, le he demostrado que mis horas son para ella, para llenarla de felicidad.

—Ya me va a hacer llorar —dije mientras miraba a todos, que se mostraban de lo más emocionados.

—Entonces voy al grano —carraspeó y sacó algo de su bolsillo —Me gustaría que, en el mes de junio, fecha en la que se cumple un año de nuestro reencuentro, te cases conmigo. Clavó una rodilla en el suelo y se puso a mi altura, que estaba sentada.

Todos aplaudieron emocionados, de acuerdo con eso que me había pedido. Yo estaba en shock, miraba a cada uno de ellos, que me animaban a decir que sí y eso hice.

—¡Sí! —lo abracé llorando y cuando nos separamos me puso esa maravillosa joya de compromiso en el dedo.

Aquello me había hecho sentir la mujer más dichosa del mundo, la más feliz, yo lo amaba y tenía algo claro: él también me amaba a mí.

Esa noche estuvimos charlando y celebrando hasta altas horas. Después nos fuimos, al igual que sus padres. Al día siguiente nos veríamos con todos en la casa de Alessandro para entregarnos los regalos.

Me acosté feliz, ilusionada, aquello me había cambiado la vida. En ese momento me sentía más unida a él y encima sabía que quería seguir compartiendo un futuro más formal a mi lado. Yo moría de amor.

A la mañana siguiente nos levantamos y nos intercambiamos los regalos mientras desayunábamos. Me encantaban todos los detalles que había tenido conmigo: lencería, unos pendientes de una firma que me fascinaba, unas botas de diario al estilo de montar a caballo... Tenía un gusto exquisito. A él también le gustaron el bolígrafo y la ropa que le había regalado.

Sus padres aparecieron con un montón de regalos para los dos. Me llamaba la atención el gusto que tenía su madre y con el amor que había elegido nuestros regalos, de la misma forma que habían recibido los nuestros. Estuvieron un ratito y luego se fueron.

Después de comer apareció la yaya con mi padre. Hicimos lo mismo, el intercambio de regalos. Todos salimos contentísimos y se notaba el cariño que había en cada uno de ellos. Los dos habíamos conquistado los corazones de nuestra otra nueva familia.

Me sentía plenamente feliz. Aquel día me acosté con la sensación de que comenzaba una cuenta atrás hacia nuestra boda, que nuestras vidas más que nunca iban en una misma dirección y que todo lo que soñé con Alessandro se había convertido por fin en realidad y había merecido la pena.

## Capítulo 20



—No soy nadie sin mi cafelito yaya. Sabes que lo necesito —rogué.

—Ahora mismo te lo pongo, mi niña. Eso sí, vente a la cocina. Manchas el vestido de novia y me muero.

—Claro, yaya. Vamos.

Apenas podía creerlo. Era mi último día en casa y pensaba emocionada que echaría de menos el sonido característico de nuestra cafetera y el confort de nuestra cocina, esa en la que tantas horas de mi vida había pasado.

Bruno estaba en el jardín engalanando el coche. Yo todavía no sabía de qué modelo se trataba. Mi padre lo llevaba como un secreto de estado.

Cuando bajé a la cocina, él ya estaba allí.

—Puedes asomarte. Lo tienes en la puerta, mi niña —me besó en la mejilla y me dio un fuerte abrazo.

Miré de lo más intrigada.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —me fui hacia él y le di uno y mil besos.

—¿Te gusta, hija?

—Te has acordado papá. Las lágrimas corrieron como un río por mis mejillas. ¡Menos mal que todavía no me había maquillado!

—No lo he olvidado nunca. Tú tenías diez años y viniste a verme a un rodaje. Allí teníamos ese *Alfa Romeo Giulietta*. El mismito que tienes ahí afuera.

—Es verdad, papá. Es verdad —estaba verdaderamente impresionada.

—Tu cara de felicidad cuando subiste a él no tenía precio. Parece que la estoy viendo.

—Y yo te dije que quería ir vestida de novia en un coche como ese.

—Pues ahí lo tienes —sonrió.

Me lo comía a besos. Nunca imaginé que él se hubiera acordado de eso. Desde luego que mi padre era una cajita de sorpresas. Aquella preciosa escena la habíamos vivido en la costa amalfitana.

—Es una preciosidad —las lágrimas de la yaya hacían juego con las mías.

Se trataba de una maravilla de descapotable con dos puertas y una verdadera pieza con sello italiano que hacía viajar mi mente a la *dolce vita* de los años 50.

Y allí lo tenía: en un tono celeste pastel, era perfecto para mi boda con sabor mediterráneo y es que yo moría por ir de novia a lomos de mi *Giuletta* clásico, una sencilla preciosidad, por mucho que el enlace se fuera a celebrar en el corazón de Florencia.

Nos sentamos los tres en la mesa y nos cogimos las manos. Éramos la viva imagen de la felicidad. Mi padre, la yaya y yo.

De nuevo estábamos en junio, el mismo mes que, hacía un año, me había reencontrado con Alessandro, el amor de mi vida. Y el hermosísimo azul del cielo y el colorido de las flores eran la mejor prueba de ello.

Las que Bruno estaba colocando en las puertas eran lirios de martagón rosado y lirios de tigre moteado de naranja, unos raros lirios que florecían en junio y que Alessandro había mandado pedir porque sabía que eran mis flores preferidas.

Me acerqué a darle las gracias a Bruno y tomé una entre mis manos.

—Son silvestres, como tú querías —Bruno también estaba emocionado.

—Mi alma libre y yo —le di un abrazo. Al fin y al cabo, llevaba muchos años con nosotros y ya lo considerábamos uno más de la familia.

Sonaron gritos tras la verja y eran las chicas. Estaban dando saltos de alegría. Georgina y Nicoletta venían de recoger a mi prima Alisa del aeropuerto.

—Vaya trío de bellezas —dijo Bruno al abrir la puerta y ver a aquella espectacular triada. Nicoletta era morena, Georgina era rubia y, para que no faltara ningún color, mi prima Alisa era pelirroja.

—¡Ya estamos aquí! ¡Hoy es el gran día! —chillaban todas mientras corrían en tropel para la cocina a comerse a besos a mi padre y a la yaya.

Luego avanzaron hacia mí y las cuatro nos dimos un millón de besos y otros tantos saltos antes de ir corriendo hacia mi dormitorio para prepararnos. Eran las ocho de la mañana y la cita más importante de mi vida se produciría a las doce del mediodía.

—Todavía no puedo creermelo que haya aceptado la responsabilidad de peinarlo —Nicoletta negaba y reía a la par —Podías haber tenido a la mejor peluquera de toda la Toscana.

—Pero yo te prefería a ti. Tú sabes mis gustos y no quería que me hicieran nada artificial que no pareciera yo misma.

—Pues yo no respondo del resultado porque me tiemblan hasta las manos —y nos las mostraba para que viéramos lo nerviosa que estaba.

—Tú tranquila que yo le voy preparando la piel —mi prima Alisa era esteticista de profesión, así que me venía que ni pintada para la ocasión.

—¿Tú tienes claro que tan pronto te bajes del coche te van a dejar ciega a fogonazos, con las cámaras? —Georgina parecía decirlo para tranquilizarse ella, que estaba más nerviosa que yo.

—Ya me he hecho a la idea —negué con la cabeza. Esta no va a ser precisamente una boda íntima.

—Ni nada que se le parezca, pero os lo habéis ganado a pulso por pijos —Nicoletta y sus salidas — ¡Solo a vosotros se os ocurre! Una escritora notoria, hija de un galán de telenovelas, que se casa con un presentador de moda. Y nada menos que en la Toscana.

—Eso, eso, si después de ese resumen todavía piensas que puede ser una boda íntima, es más o menos, para ahogarte en un cubo. No sé si me explico.

—Sí te explicas y como un libro abierto —con Georgina había que morir.

Prepararnos todas juntas fue un ritual delicioso.

Yo miraba cada rincón de mi dormitorio y los recuerdos se agolpaban en mi mente como magníficos flashes de lo que había sido mi vida.

Le echaba un vistazo a mi vestido, que estaba colgado encima de la cama y no me lo podía creer. Era increíble y me lo habían hecho a medida en una de las firmas de novia más exclusivas de toda Florencia.

De corte princesa y con un espectacular escote corazón que realzaba mi busto, su cola bordada era un sueño. Sin mangas, gran parte de mi espalda quedaba al descubierto, aunque llevaba el complemento de un largo velo a juego que era una auténtica obra de arte. El conjunto era elegante y sexy a partes iguales.

—¡Es una joya! —decían las tres.

—Una joya es mi Alessandro —reí.

—¡Mira esta! ¡Y mi Matteo! —Georgina la ganaba o la empataba.



—¡Y mi Hans! —Nicoletta no iba a ser menos.

—¡Pues que os den morcillas, que yo soy libre como el viento! —Alisa sí que era un personaje.

Fueron unas horas llenas de ilusión en las que todas teníamos los sentimientos a flor de piel, pero también ganas de pasarlo bien hasta reventar.

—¿Te gusta cómo ha quedado? —Nicoletta se tomaba la cuestión de lo más a pecho.

—Pues no me gusta mucho, la verdad —la dejé a cuadros, para haberle hecho una foto en aquel momento.

—¿No?

—No me gusta, sino que me encanta —comencé a hacerle burla y ella casi me pega.

—¡Eres lo más bobo del mundo! —puso gesto de enfadada.

—Un poco idiota sí que es, lo que pasa es que se la quiere —Georgina hablaba o reventaba.

—¡Deberíamos hacer un brindis! —Alisa sacó una pequeña petaca de su bolso.

—¿Y se puede saber cómo brindamos con eso? —Georgina volteó los ojos.

—Voy corriendo por unas copas —Nicoletta conocía bien la casa.

Vino corriendo con cuatro y nos disponíamos a pegarnos un lingotazo cuando apareció la yaya por las puertas.

—¡Alto ahí!

¡La habíamos cagado! Hubiera sido mejor que entraran los Carabineros.

—Pero yaya...

—Ni yaya, ni nada...Aquí no hay brindis, al menos que vayáis por otra copa para mí —ahí me dejó sorprendida.

Nicoletta salió volando por una y volvió rauda y veloz.

—¡Por la niña de mis ojos! —brindó la yaya, mientras los suyos se ponían vidriosos.

—¡Y de los míos! ¿Dónde está mi copa? Aquella voz me dejó totalmente petrificada. Era Laura, que venía bellísima.

—¡Laura, no puedo creerlo, no entiendo nada! —me abracé a ella, loca de contenta.

—Ni falta que hace, yo tampoco sé lo que hago aquí. Debe ser cosa de la menopausia —estaba de un buen humor que contagiaba —Eso sí, No le digas ni una palabra a tu padre. Me ha abierto Bruno. Él no sabe que he venido...

—Lo que tú quieras.

—Yo solo quería darte un beso antes de la ceremonia. Ahora me voy. Te veo allí...

De todas las personas que pudieran haber entrado por la puerta, creo que ninguna otra me hubiera alegrado más. Crucé los dedos. Desde que mi padre y ella rompieron, nosotras habíamos mantenido el contacto y fue una de las primeras personas a las que invité a la boda, pero en principio declinó la invitación, por lo doloroso de volver a encontrarse con él. Todavía se querían y yo vi un rayo de esperanza en su gesto de asistir finalmente.

La vi partir con su precioso vestido drapeado en color azul añil y deseé que no fuera la última vez que pisara nuestra casa.

—¡Ya tenemos que ir espabilando! —la yaya también estaba espectacular con su vestido de dos piezas en rosa palo. Nunca la había visto tan elegante.

Nicoletta se subió de un salto a la cama y bajó el vestido. Entre mis tres preciosas damas de honor, que iban de verde *mint*, me ayudaron a vestirme.

—¡Dios mío, mira que he trabajado con bellezas, pero ninguna comparable a ti, hija mía! —mi padre estaba cien por cien entusiasmado y acababa de entrar en mi dormitorio.

En ese momento, me tomó de la mano y puso un solitario en mi dedo corazón. Era una auténtica maravilla. Lo miré con cara de no entender demasiado. Él no era de regalar joyas.

—Era de tu madre, Mikaela. Ella también lo llevó el día de nuestra boda y yo siempre lo he guardado para que lo llevaras en tu gran día.

—¡Papá! —le di un gran abrazo, entendiendo que, con aquel gesto, mi padre había por fin enterrado el hacha de guerra con el que parecía querer defenderse de todo y de todos, desde hacía años.

La tía fue quien colocó mi coqueto ramo de flores en mis manos. Llevaba flores verde *mint*, blancas, en tonos beige y malva, que ponían la nota de color.

Del brazo de mi padre, bajé las escaleras de nuestra casa y eché un vistazo final. De allí al coche que, al ser un dos plazas, conducía él mismo.

Fue pararlo delante de la *Catedral de Santa María del Fiore* y darme cuenta de que mi vida había cambiado para siempre. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención de aquella manera, pero la preciosa sonrisa de Alessandro, que divisé en la puerta de la misma, me llegó al alma.

Sus compañeros nos rodearon a mi padre y a mí a la bajada del coche y yo no podía dejar de sonreír. Estaba impresionada, pero inmensamente feliz.

—Mikaela, por favor, ¿algo que nos quieras decir? —iban avanzando a la par que nosotros.

—Que muchas gracias por venir y que espero que también disfrutéis de este día, como vamos a hacerlo Alessandro y yo. ¡Y que estáis todos muy guapos!

—¡Tú sí que estás guapa! —dijo una de las voces que reconocí como la de uno de los tertulianos del mismo programa de Alessandro.

La catedral me fascinaba desde niña. Nunca me cansaba de visitarla porque aquel conjunto sobrecogedor, con tantísima obra de arte, siempre parecía regalarte algún detalle nuevo que no hubieras visto en otra ocasión.

—Mikaela, ¿eres real? Te juro que necesito darte un pellizco para comprobar que tanta belleza no sea producto de un sueño —Alessandro también estaba realmente radiante. Su sonrisa parecía iluminar todo el interior.

—Soy real, no te preocupes. Y lo del pellizco me lo reservo para dártelo yo luego a ti —ni el día de mi boda podía corregirme. Yo era así.

La ceremonia fue entrañable, bonita y romántica y, para cuando mi dama y prima Alisa, que tenía una voz privilegiada, nos sorprendió con el Gloria in D Mayor de Vivaldi, la catedral entera se venía abajo. La acompañaban unos músicos que había contratado como regalo de bodas.

El “sí quiero” de ambos fue divertido, sonriente, contundente y yo diría que, hasta descarado, como éramos nosotros mismos.

Y el beso, el beso fue tan de película que si no llega a ser por el carraspeo de mi padre y de la madrina, la madre de Alessandro, todavía estaríamos fundidos en él.

A la salida de la catedral, nos esperaban nuestros muchos invitados y los periodistas, que tomaban cientos y cientos de fotos.

Recibimos el aluvión de arroz con mucha alegría y buen humor y yo escuchaba de fondo la voz de la tía diciendo “Mikaela, cierra la boca, no te vaya a entrar el arroz y te atragantes”.

Aquel grito fue motivo suficiente para que Alessandro y yo nos miráramos y empezáramos a reír sin poder parar, de modo que las fotos quedaron de dulce, con la lluvia de arroz por encima y unas carcajadas incontrolables.

De allí cambiamos la urbe por nuestra celebración soñada en la intimidad de la campiña, en un maravilloso y romántico castillo donde disfrutamos de un día en el que estaba cuidado hasta el último detalle.

En aquel escenario, y antes de que llegaran nuestros invitados, Alessandro y yo nos hicimos nuestro reportaje de

bodas entre bromas, risas y un pellizco en el culo de categoría que le di y que el fotógrafo captó porque yo lo había avisado.

—Al final el pellizco me lo has dado tú, trasto que eres un trasto —vino hacia mí para darme otro y yo eché a correr.

—No me vas a dar uno igual ni de coña —chillaba mientras el fotógrafo venía detrás de nosotros.

Al final me agarró por el velo y quedó una foto de lo más simpática.

Después fuimos recibiendo a nuestros invitados, que comentaban lo precioso que estaba el lugar y las vistas tan impresionantes que regalaban aquellos parajes. Campiña y serenidad en estado puro en contraste con la boda mediática que era.

Pero lo que más serena me dejó fue ver que mi padre y Laura llegaban juntos. Se pararon a nuestra altura y les di un fuerte beso.

—¿Me lo vas a cuidar? —le supliqué a ella con la voz y con los ojos.

—Quiera él o no quiera —me dio un efusivo abrazo.

—Y a ti no te digo nada, papá. No te digo nada...

—No hace falta, hija. No pienso perderla otra vez. ¿Crees que habrá posibilidad de que pueda comer con nosotros en la mesa principal?

—No hace falta, Luca. Ni mucho menos —Laura era un encanto y pura discreción.

—Sí hace falta —me faltó el tiempo para decir —Quiero que estés con nosotros en esa mesa. Ahora mismo lo dispongo todo para que pongan un cubierto más, y si es necesario apretarnos un poco, nos apretamos.

—Eso, eso, que a mí me gusta apretarme a ti más que a un tonto un lápiz —bromeaba Alessandro cuando nos disponíamos a arreglar el tema, tras terminar de dar la bienvenida a todos nuestros invitados.

—Pero piensa que también tendrás que pegarte a mi padre —me salió la vena maléfica que tanto me gustaba usar con él.

—¿Tú lo haces a posta o te sale solo? —me sacó la lengua.

—Solo, solo. Viene de serie —reí.

Nuestro *wedding planner*, que era gay y de lo más teatrero, se echó las manos a la cabeza con la idea.

—La mesa va a quedar muy antiestética. No puedo permitirlo —volteó los ojos.

—Déjate de monsergas, arreando que es gerundio y bébete una copita ya, que te veo muy tenso —le saqué la lengua.

—¡Mikaela, eres la novia más descarada que he visto nunca!  
—tenía pluma para siete plumeros. Era gracioso a rabiar.

—Pues no me saques de mis casillas anda, o vas a saber lo que es un torbellino. Recoloca lo que tengas que recolocar.

—¡Esto no me ha pasado nunca! —salió corriendo con la mano en la frente como si le fuera a dar un vahído. Nos morimos de risa.

Una vez dejamos a nuestros invitados dentro, salimos a saludar y a hablar con la prensa, indicando expresamente que también les sacaran comida y bebida, pues les quedaban allí varias horas por delante.

—Alessandro, ¿cómo has hecho para conquistar a esta belleza? —le preguntó uno de sus compañeros.

—¡Yo no la he conquistado, me ha conquistado ella a mí! No pudo resistirse a mis encantos.

¿¿Sería descarado??

—Mikaela, ¿eso es verdad? —me preguntó otro periodista.

—¿Tú qué crees? —lo miré y hacía como que me quitaba un zapato para darle en la cabeza a Alessandro.

—Sabes que eres un tipo con suerte, ¿no? —le preguntó otro periodista.

—¡Y ella también! —exclamó una periodista muy jovencita que se hacía hueco entre sus compañeros.

—Yo más, lo reconozco —Alessandro me cogió de la cintura y me dio un fuerte beso que todos recogieron al instante.

Nos fuimos para dentro con la promesa de salir más veces a lo largo del día para ir contándoles y ellos nos lo agradecieron mucho.

La comida salió a pedir de boca y después de los interminables aperitivos nos sentamos a comer unos platos que, si ya sabíamos que estarían buenos, nos supieron todavía mejor.

La tarta de bodas fue regalo de la yaya, que se puso de acuerdo con una de las mejores pastelerías de Florencia para que nos elaboraran un trío de tartas en diferentes niveles con *frosting* de color blanco y *cake topper* tipográficos en dorado, *macarons* en color limón y hojas de eucalipto.

A la hora del corte me apeteció hacer un guiño a mis dos queridas amigas, Georgina y Nicoletta, que tan bien habían conocido mi historia con Alessandro en todas sus etapas.

Tras cortar Alessandro y yo la más grande de las tres tartas, dejé las otras dos, para que las cortaran ellas, Georgina con Matteo y Nicoletta con Hans. Así nos hicimos unas fotos para el recuerdo de los seis que valían su peso en oro.

Llegó la hora del baile y ahí sí que tuve que chillar. Otra vez me la habían jugado, ¡y cómo! Se suponía que Eros estaba en España, para dar un concierto en Madrid, ¡Pero lo tenía delante de mí!

—¡Te como! No me lo puedo creer le decía de lejos mientras empezaba a cantar el “*You are so beautiful*” de *Joe Cocker*, que era la canción con la que yo siempre le dije de joven que querría abrir mi baile nupcial.

Alessandro y yo la bailamos casi flotando y, mientras lo hacíamos, él me decía al oído que era el momento más especial de su vida.

Nuestros invitados rompieron a aplaudir y, para el siguiente baile, mi padre le pidió la vez.

—¡Hija mía! No puedo estar más orgulloso de ti. Estás preciosa, pero lo mejor de todo es que eres una mujer todavía más bonita por dentro que por fuera.



—Gracias papá, pero una mujer que ya no podrá estar contigo todos los días. Eso sí, me da a mí que Laura podrá ayudarte a repasar los guiones.

—Lo hará, mi niña, lo hará —me besó en la frente y yo no pude sentirme más feliz.

La tarde estaba preciosa. La temperatura era ideal y los invitados no paraban de decir que era la boda más bonita a la que habían asistido nunca. Inmersos en las colinas de la Toscana, no podíamos imaginar mejor escenario para sellar nuestro amor.

Eso sí, más allá del romanticismo, empezamos a empinar todos el codo de lo lindo y pronto las risas nos tenían doblados.

—Mamá, la siguiente que te tienes que casar eres tú —a Nicoletta se le subió enseguida el champagne a la cabeza y estaba hablando con su madre Stella y con su novio, el armador multimillonario.

—Nicoletta, hija, yo creo que estás un poco perjudicada, igual te toca a ti antes.

—¿Y eso por qué? —dijo Demetrius, que así se llamaba el milloneti —Yo lo veo una buena idea, ¿Te quieres casar conmigo?

—¡Claro que sí! —Stella nos dejó patidifusos a todos los que estábamos alrededor y nos enteramos y las chicas se encargaron de propagarlo a los cuatro vientos por toda la campiña.

Tanto es así que, cuando al rato volvimos a saludar a los chicos de la prensa, nos preguntaron si era cierto que había nueva boda a la vista y nosotros nos hicimos los tontos para que ellos confirmaran la noticia.

Al volver a entrar ya Eros se había bajado del escenario.

—¡Te mato! Hacerme creer que no estarías en mi boda...

—Debe ser que a los heteros las bodas os matan las neuronas, ¿de verdad te habías creído que me la perdería?

—Pues sí, piqué el anzuelo.

—¡Ni por todo el oro del mundo! Lo has conseguido Mikaela, con la de llanteras que tuve que aguantarte por él hace años...

—Tienes el cielo ganado, desde luego —le di un gran abrazo. Lo quería con locura.

—¡De eso nada! ¿Crees que no te voy a cobrar? ¡Ya te pasaré la factura! De momento quiero fotos con la novia, que hoy la estrella eres tú.

Me cogió en brazos, sacamos la lengua, hicimos burlas, nos pusimos bizcos... de allí salieron una ensarta de fotos para hacer un collage.

—Te dejo que me la hagas reír tanto porque eres gay, que si no...—Alessandro llegó a su altura y le dio un abrazo.

Me hizo mucha gracia porque de joven Eros no lo podía ver, por lo mal que yo lo pasaba...

—Puedes entrar tranquilo, antes te entro a ti que a ella —le buscó la lengua.

—Joder, eso se avisa. Se me va a cortar la digestión —rio Alessandro.

—Menos corte de digestión y más cuidármela, que es una tía sensacional —me dio un beso en la mejilla.

—Eso está hecho —Alessandro le dio otro abrazo con el que sellaron definitivamente la paz.

La tarde pasó entre copas, decenas de canciones, bailes, brincos y comida por doquier que seguía saliendo por todos los rincones a modo de fuente de chocolate, buffet de dulces, de quesos y de todo lo habido y por haber.

Volví con mis amigas y sus parejas.

—Y vosotros, ¿no os animáis? —los miré a los cuatro.

—¿A bailar? —Matteo estaba también de lo más achispado. ¡Pues claro que sí! Empezó a bailar claqué provocando nuestras risas.

—No os hagáis los tontos... ¡a casaros!

—Bueno, Hans y yo tenemos una noticia —a Nicoletta le brillaban los ojos.

—¡Cuenta por Dios!

—Hay un pequeño en el campo de refugiados en el que hemos estado este invierno al que le hemos cogido mucho cariño y hemos comenzado con los trámites de adopción.

La noticia no pudo caernos mejor y las chicas empezamos a chillar y a abrazarnos.

Después seguimos bailando y cantando mientras Eros nos ofrecía un repertorio de su último disco que hacía suspirar a todas las invitadas y Alessandro y yo bailamos cada una de sus canciones cogidos de la cintura.

Un espectáculo de fuegos artificiales, similar al de mi veintisiete cumpleaños, pero mucho más elaborado, fue el colofón a una boda de cine que tocaba a su final.

Despedimos a cada uno de nuestros invitados y a la prensa y volvimos al interior del castillo. Allí, nos quitamos los zapatos y nos sentamos en el césped. Nos hicimos un *selfie* que, pese a que reflejaba cierto cansancio en nuestra cara, derrochaba felicidad.

—Nena, no quiero moverme de aquí. No quiero que pase este día —reía Alessandro con deje borrachuzo total.

—Pues tienes hasta que venga el chófer que ha enviado mi padre por nosotros, porque anda que estamos para conducir —por mí me quedaba debajo de las estrellas de la Toscana con él toda la noche.

Cuando escuchamos el sonido del claxon, echamos a andar hacia el coche. De la mano de Alessandro, sentí que el mundo se abría ante nosotros y supe que nunca, nunca, podría haber pasado de él. Siempre fue parte de mi vida.

## Capítulo 21



—Levanta, preciosa —tenemos que ir a despedirnos de todos y esta tarde partimos de luna de miel.

—¡Solo quiero que me corten la cabeza! —la resaca era verdaderamente monumental.

—Pues va a ser que no, porque te necesito enterita, de una pieza. Así que, ¡arriba! —Alessandro tiró de mis brazos y me llevó directamente a la ducha.

Entre que nos habíamos pasado tela con la bebida y que por la noche dimos rienda suelta a esa química bestial que surgía entre nosotros tan pronto nos rozábamos, yo estaba que no podía con mi alma.

—¿Voy a tener que ducharte como a una niña pequeña?

—Mejor ven aquí...—le señalé con el dedo y se metió conmigo en la ducha. ¡Ya estaba el lío! ¡Y el archilío! Nos dimos el lote de nuevo. Con dolor de tarro y todo, daba igual... Así me espabilaba.

Salimos de la ducha, nos secamos y vestimos y al galope para casa de mi padre.

—¡Ya están aquí los novios! —gritó Bruno al abrir la verja.

—¡Ay, mi niña! ¡Pero qué guapísima que vienes! —la yaya siempre me veía con unos ojos sensacionales.

—Pero yaya, si parece que me hayan dado una paliza. Traigo unas ojeras como un mapache...

—¿Una paliza? Yo no he sido, ¡A mí que me registren! —Alessandro levantó los brazos.

—Ni que yo me entere —aquello sí que me gustó. Laura salió también de la cocina a nuestro encuentro y, por su aspecto, había dormido en la casa.

¡Estábamos en racha! No cabía duda...

—Yaya, un...

—Cafelito en vena, hija, ya lo sé. Ahora mismo te lo pongo...

Me puso eso, un desayuno que no se lo saltaba un galgo y un Ibuprofeno. La combinación obró milagros...

En esas bajó mi padre de su dormitorio y subió Laura a arreglarse. Iban a salir a dar un paseo.

—Veo que no soy yo sola la que ha dormido bien acompañada —reí. Yo había ido esa mañana a la casa, aparte de porque me apetecía, para echar una visual a si todo seguía bien entre mi padre y Laura.

—Va a ser que no —me dio un beso y me guiñó el ojo —¿Almorzáis aquí hoy?

—No, papá. El vuelo sale a las cuatro y todavía tenemos que hacer parte del equipaje.

Terminamos de desayunar, nos despedimos de todos y nos fuimos.

Queríamos llegar pronto al aeropuerto y lo hicimos dos horas antes. La ilusión por aquel viaje se reflejaba en nuestras caras.

—Si Georgina me viera aquí, con tanta antelación, estaría orgullosa de mí —reí.

—Yo sí que estoy orgulloso de ti —me dio un beso impresionante.

Por fin embarcamos. Estábamos locos de emoción. Y es que ya se sabe que todo el que viaja a Islandia vuelve hablando maravillas tanto de sus paisajes como de su gente.

Yo llevaba enamorada de ese lugar muchos años y a Alessandro era un destino que también le llamaba poderosamente la atención, así que pocas dudas hubo.

—Dicen que es un país súper silencioso, en el que solo se oye la fuerza de la tierra y del mar —le iba yo contando.

—¿Sí? Pues por encima de todo eso, resonará la música que más me gusta a mí, la de tu risa, loquilla —me dio un gracioso beso en la punta de la nariz.

Estábamos deseando llegar y es que habíamos planificado nuestro viaje al detalle. Una semanita en Islandia con un montón de visitas imprescindibles que sabíamos que nos iban a entusiasmar. Y en la mejor compañía del mundo. Es que no se podía pedir más.

Bajamos del avión un tanto exhaustos, pero con la emoción intacta. Avanzamos por la terminal felices y cogidos fuertemente de la mano, como nos gustaba caminar.

Allí ya nos estaba esperando un coche del resort en el que nos alojaríamos y que nos dio una sensación inmejorable. Ya nos habían dicho que era la crême de la crême y no se habían equivocado. De todos modos, nosotros llevábamos activado el modo “explorador”.

—Hoy sí que nos quedamos aquí —reí y casi imploré al tumbarme en aquella inmensa cama.

—Hoy sí, te voy a secuestrar en este hotel. ¡Ya eres mía! —se abalanzó sobre mí.

—Haz conmigo lo que quieras —me hice la muerta.

—Un poquito más de entusiasmo, mujer, que si no me cortas el punto —se quejó en broma. Me encantaba buscarle la lengua.

—¿Quieres acción? ¡Pues te vas a enterar!

Me subí encima de él y empecé a rozarme con su miembro, que en un periquete ya estaba a punto de caramelo. Nos miramos y, riéndonos, nos desnudamos a la velocidad del rayo.

—¡Hace mucho que no lo hacemos! El viaje ha sido muy largo —Alessandro era un torbellino en la cama y solo hacía falta mirarlo para que se encendiera.

—Es verdad, se nos ha hecho muy largo. Ahora recuperamos tiempo, no te preocupes.

Me puse a cabalgar encima de él, clavando mi mirada en la suya, y mucho me temo que también mis uñas en sus hombros.

—Ey, ey que arañas...—lo utilizó como excusa para bajarme y tomar él las riendas de la situación.

—¡Aguanta el genio! —tenía ganas de dar yo guerras hasta el final. Y el final no tardó en llegar, para ambos a la vez. Lo habíamos cogido con unas ganas tremendas. Nos quedamos abrazados.

—¿Tienes hambre? —preguntó en un momento dado.

—Más que una pulga en un perro de peluche —provoqué su risa.

—Pues vamos allá.

Nos dimos una ducha rápida y bajamos. Comimos de maravilla. El buffet era impresionante.

—Como comamos todos los días así, al final va a ser más fácil saltarnos que darnos la vuelta —me apoyé en el hombro de mi flamante maridito al salir del comedor.

—Tú por eso no tienes que preocuparte que a mí me gusta que haya carne para coger —me dio un pellizco que me dejó sin sentido.

—¿Serás bruto? Ahora vas a tener que compensarme cuando subamos. Me lo debes...

Así que fue subir y engancharnos de nuevo. Total, había que hacer la digestión antes de bajar a la piscina y no se me ocurrió otra forma mejor.

En cuanto terminamos bajamos a la piscina geotérmica. Al resort no le faltaba un detalle. Y habíamos llegado en verano, de modo que teníamos la suerte de disfrutar de aquella temporada en la que el sol apenas se ponía.

Nos habían asegurado que, en esa época, apenas caía un pequeño velo entre la apabullante claridad proveniente de aquel cielo y que eso solo ocurría entre las dos y las cinco de

la madrugada. En junio, de hecho, se disfrutaba del día más largo del año.

El tiempo estaba de nuestro lado. Lucía un sol radiante y teníamos ganas de agua. Nos pusimos a remojo, como los garbanzos.

—¡Esto es vida! —Alessandro me enseñaba sus dedos arrugados.

—¡Hasta las arrugas de los dedos te voy a comer! —me volví a echar sobre él para darle un beso.

—Y sin prensa, eso es lo mejor...

—¿Y lo dices tú? ¿El chico de moda de la tele? Tú alimentas la bestia cada día —me encantaba meterme con él por su faceta de trabajar en el mundo del corazón.

—Calla, calla, que todavía pienso que va a salir aquí un paparazi de debajo del agua, con sus gafas de buzo...

—No, aquí no, pero a la vuelta nos van a estar esperando y nos las van a dar todas juntas —reí.

—Sí, tendremos que armarnos de paciencia. Y eso que no vendemos nuestra vida privada...Y mira que hay que reconocer que era tentadora la exclusiva que nos ofrecieron...

—Tentador eres tú —nos dimos otro beso. Aquel viaje se presentaba de lo más emocionante, pero también extremadamente ardiente.

La tarde pasó entre agua, sol y copas. Coincidimos con una pareja española y Alessandro se puso a hablar con ellos en español. Su madre era española, de Cádiz, y él dominaba el idioma a la perfección, al igual que el francés y el inglés.

Causalmente, ellos también eran andaluces, como la madre de Alessandro, pero de Granada e incluso nos invitaron a ir a conocer su tierra. Nos dijeron que ya teníamos casa allí.

Se llamaban Carolina y Héctor y eran muy simpáticos. Nosotros también les dijimos que estaríamos encantados de poder enseñarles la Toscana y Carolina dijo que moría por conocer Florencia.



—¡Cielos, vaya catedral bonita! —se puso las manos en la cabeza cuando le enseñé algunas fotos de nuestra boda.

—¿Y esos periodistas? —a Héctor le hizo gracia ver la legión que llevábamos detrás en las fotos.

Les explicamos que Alessandro era un personaje público y no lo podían creer. Les pusimos un poco al tanto de nuestra historia y ellos es que se partían de risa. Se tiraron al suelo con la anécdota de que Alessandro forzara nuestra primera cita por televisión.

—¡No puedo creerlo! —Héctor estaba flipando —Es una historia digna de un relato —Por Dios que quiero escribir un libro inspirado en ella...

—¡No puede ser! ¿Eres escritor? —pregunté.

—Sí. ¿Tú también?

—Sí.

—Pues yo esa me la guardo, si me la permitís.

—Claro...

—Y otra cosa te digo, Mikaela, Islandia da para un libro y para un ciento. Si quieres escribimos algo de aquí a medias.

Nos echamos a reír y hasta me pareció una ideal excelente. Hicimos muy buenas migas.

—No puedo creer que hasta aquí te salga trabajo. Tú dices de mí, pero al final te vas a comer el mundo —Alessandro negaba con la cabeza.

La conversación fue fluida. A Alessandro se le daban genial los idiomas. A mí en cambio, se me daban fatal. Tenía muy mal oído para ello y él siempre bromeaba con esa cuestión. Menos mal que del español, por su parecido, yo sí cogía muchas palabras y frases. Y lo que no, me lo traducía él.

Los chicos se fueron y nos pasamos los teléfonos.

—Me encanta escucharte hablar en otros idiomas. Y el español es que lo dominas igual que el italiano —me quedaba embelesada.

—Por la cuenta que me trae. Mi madre solo me hablaba en español. Así que yo venía bilingüe de serie. ¡Y cualquiera no le hace caso a una madre! Esos son palabras mayores.

Debió pensar que sus palabras me podían haber removido y me dio un abrazo.

—No te preocupes, me encanta escucharte hablar de tu madre y de tu relación con ella —yo me llevaba fenomenal con mi suegra. De hecho, ella también actuaba como una madre para mí.

—Me alegra saberlo...

—Sí, yo no tengo ninguna carencia. Al final, lo que me sobran son madres: tengo a la yaya, a tu madre y ahora otra vez a Laura, ¡estoy mejor que quiero!

—Ya te digo si estás bien. ¡Estás como un tren! ¡Estás maciza! —él no daba puntada sin hilo.

Copa para arriba y copa para abajo, la tarde pasó y a la hora de la cena, nos pusimos guapos y quisimos disfrutar de una agradable velada.

Después nos fuimos a sacarle partido a aquella magnífica noche.

—Lástima que no podamos disfrutar de la Aurora Boreal —me dio un fuerte abrazo Alessandro.

—Dime ahora mismo quién es esa Aurora, que la arrastro de los pelos —bromeé.

Y es que, según nos habían contado en la agencia de viajes, la temporada de Aurora Boreal en Islandia era la que coincidía con el máximo número de horas de oscuridad.

Dicen quienes la han visto que se trata de un espectáculo sensacional y la mejor forma de bailar con la Dama Verde, pero por suerte, ese era uno de los atractivos de una isla que tenía otros muchos.

—Este sitio es fenomenal —Alessandro decía lo que los dos pensábamos divisando aquel increíble paisaje.

—No me extraña que los islandeses sigan creyendo en las historias de duendes y elfos... Lo he sabido en cuanto hemos puesto un pie aquí esta mañana.

—No te falta razón. Desde el coche hemos visto escenarios de películas de fantasía.

—De fantasía eres tú. Como un príncipe azul, aunque en su día fueras un poco capullo.

—Espero no convertirme nunca en sapo —rio, dándome un beso.

Nos fuimos a la cama, que no a dormir, y el cielo seguía iluminándonos. Aquello era increíble. Finalmente, cuando nos rindió el sueño, después de volver a hacerlo, tuvimos que correr las tupidas cortinas. De otro modo, ¡allí no habría quien durmiera!

Las pocas horas de oscuridad que hubiera no las vimos y el día volvió a amanecer radiante.

—¡En marcha, preciosa! Islandia nos espera.

—¡Marcha te voy a dar yo a ti! —arqueé la ceja.

—Y el caso es que, en ese momento, me la dio él a mí.

Después ducha y a desayunar. Ese día tocaba la Laguna Azul, todo un imprescindible para visitar en Islandia. Habíamos alquilado un coche para movernos con tranquilidad por la isla. Nosotros no éramos mucho de salidas planificadas con guía.

Tan pronto como llegamos, tomamos conciencia de por qué el *Blue Lagoon* de Islandia es la atracción turística más visitada.

—¡Esto es lo más increíble que han visto mis ojos! —exclamó —¡Normal que en el *National Geographic* no paren de promocionarlo!

—Pues sí maridito. Están que no cagan con él y razón no les falta. Esto es una pasada.

Era de cuento. No se podía calificar de otra forma. Unas aguas cargadas de sílice de azufre de color azul intenso que

contrastaban con el paisaje negro volcánico en el que estaban situadas.

—¡No veas si está calentita! —flipé al entrar —propiedades curativas para aliviar las enfermedades de la piel, como decían, no sí se tendrían, pero sus cuarenta grados de temperatura los cogían, ¡vaya si los cogían!

—Esto es de fábula. Lo único que nos hubiera faltado es que estuviésemos solos y entonces ya no te digo lo que te hago aquí —Alessandro me abrazaba y yo notaba que su hermano de abajo se ponía en guardia.

—Pues no es que no me apetezca. Lo único es que solos, lo que se dice solos, me parece que no estamos —señalé a nuestro alrededor. Allí había más gente que en la guerra, pero se estaba en la gloria.

Nos encantó aquella visita en la que pasamos la mañana y nos hicimos así como un millón de fotos. No daban ganas de salir de aquellas aguas.

Luego se nos acercaron unos chicos ingleses y nos comentaron que ellos habían estado en otra ocasión, pero en invierno, y que el contraste de temperaturas era para flipar. No nos lo podíamos ni imaginar.

Cuando volvimos al coche disfrutamos de nuevo de aquella sensación única que nos proporcionaba Islandia. Era un país de lo más tranquilo. Por la carretera, apenas nos cruzábamos con coches y encima el paisaje se nos mostraba en estado puro, sin apenas tendido eléctrico.

—Esto sí que es naturaleza infinita —yo sacaba la cabeza por fuera de la ventanilla. Quería llevarme una parte de aquello para la Toscana.

—Mete la cabeza, anda, no seas tan infinita, que me acojonas —Alessandro me cuidaba con mimo.

—¿Qué puede pasar, tontorrón?

—Que venga otro coche y...

—Pero si aquí no hay coches, ¿no estás viendo que la carretera la han puesto solo para nosotros?

Volvimos al hotel ya por la tarde. Pasamos todo el día por ahí, perdidos por aquellos parajes incomparables. Queríamos sacarle el máximo jugo a Islandia y el día siguiente se presentaba más que movidito. Lo teníamos cargado de actividades.

Abrí los ojos y lo vi a mi lado. No pude evitarlo. Le di un bocadito en la oreja. ¡Era tan apetecible!

—¡Ay! ¡Me las pagarás!

Se lanzó sobre mí y en ese momento salí zumbando de la cama, de un salto... Él no lo esperaba y se cayó hacia delante. Yo no podía parar de reír y él salió detrás de mí, mientras corría por la habitación.

Al final me pilló y me derribó. Cayó sobre mí y lo hicimos con total intensidad, él arriba, estirando sus brazos y yo abajo, sintiéndolo vibrar dentro de mí. Nuestras miradas se mantenían y hablaban de frenesí y locura, pero también de amor y pasión. Juntos lo éramos todo.

Nos duchamos y bajamos a desayunar. Nuestro primer destino era El Círculo de Oro. Nos dirigimos al Parque Nacional de *Thingvellir*, incluido en la lista de Patrimonios de la Humanidad de la UNESCO y el lugar donde se encontraba el Parlamento de Islandia, que fue el primer parlamento del mundo.

—¡Esto sí que es para perder el norte! —exclamé cuando llegamos a la catarata de *Öxarárfoss*

Lo siguiente que nos dejó obnubilados fue *Flosagjá*, donde hicimos unas fotos chulísimas. Era una preciosa grieta llena de agua turquesa, de un turquesa como nunca habíamos visto.

Como curiosidad, nos habíamos informado de que es en aquel parque donde se separan las placas tectónicas americana y euroasiática.

—Lo que hemos visto es difícil de superar en belleza —Alessandro iba de copiloto en el coche. Nos íbamos turnando para conducir.

—Tú espera, que me da a mí que esta isla tiene mucho encanto todavía por enseñarnos...

—Mucho menos que tú, en cualquier caso —me guiñó el ojo, introduciendo su mano por debajo de mi short, que era holgado.

—Ni se te ocurra, demonio, que nos la pegamos —le di un manotazo que le quitó la idea.

—¡Te pones irresistible cuando te sale la vena guerrera! —rio, dando a entender que el manotazo había sido de aúpa.

—Pues cuando quieras te doy más —me encogí de hombros.

—No, deja, te creo, te creo —rio.

Nuestra siguiente parada nos dejó también con la boca abierta.

—¡Ante tus ojos, maridito, los surtidores de aguas naturales de *Geysir*!

—¡Ahí es nada! —aquello también era digno de ver.

Resulta que, más o menos cada diez minutos, el géiser de *Strokkur* expulsa agua hirviendo a una altura de 25 metros. Estábamos patidifusos con la escena.

Antes de irnos entramos en una tienda de souvenirs muy grande que había y donde cogimos los famosos “*lopapeysa*”, los jerseys irlandeses que las chicas me habían encargado para ellas y sus parejas. También compramos para la yaya, para mi padre y Laura, para los padres de Alessandro...

Y de allí partimos para *Gullfoss*, otra de las cataratas islandesas, que nos dejó totalmente encandilados por su extraordinaria belleza.

—Pues todavía nos queda una maravilla más por ver hoy y no es precisamente cualquiera.

—Todo tuyo —le cedí la llave del coche a Alessandro y nos dirigimos, ya fuera del Círculo de Oro, a la cascada de *Seljalandsfoss*, otra impresionante cascada de 60 metros de altura que estuvimos rodeando.

Ese día sí que llevamos al hotel totalmente molidos, hasta el punto de que nos dimos una relajante ducha y pedimos cena

en la habitación.

—¿Quieres algo de postre? —preguntó Alessandro mientras estaba telefoneando al servicio de habitaciones y yo le hice señas de que desde luego que quería, pero que era él.

Esa noche volvimos a mantener un intenso combate sexual.

—¡Arriba, preciosa! —que hoy hay mucho que ver, ¿o no? —arqueó la ceja, por la mañana.

—O no —respondí —¡Venga sí! Teníamos ganas de ver mil cosas y es que, cada salida por aquella isla era un regalo para la vista.

Y si movidito había sido el día anterior, más todavía lo iba a ser este...

—Café potente y en vena —exigí que me pusiera Alessandro, alargando el brazo, en el comedor.

—Estás como una cabra, pero eres una cabra seductora y embaucadora...

—Mientras no me digas que soy una cabrona, todo va bien —reí.

Cogimos el coche y ya íbamos con los ojos bien abiertos.

—Esta es la playa más surrealista que he visto en mi vida —la visión de la arena negra de *Dyrhólaey* me dejó anonadada.

—¡No hace falta que lo jures!

Seguimos nuestro camino y las sorpresas no parecían acabar nunca.

—¡Esto le encantaría a mi padre! ¡Si es que parece un plató de cine! Y sí. Los kilómetros y kilómetros de campos de lava que cruzamos, cubiertos por aquel musgo grisáceo, no dejaban lugar a la duda.

—Ya te digo, si además aquí hay una luz irreal. Esto parece de otro planeta...

Después más y más fotos en la cascada de columnas basálticas de *Svartifoss* que volvieron a dejarnos con los ojos

como búhos.

—¿Qué quieres hacer tú? —preguntó Alessandro al ver que la mayoría de los turistas se daban la vuelta una vez alcanzada la cascada.

—Nosotros hemos venido a jugar y eso es lo que vamos a hacer —yo quería ver más. Y fue una suerte que siguiéramos...

—Pues no se diga más. La señora quiere avanzar y avanzamos...

—No me extraña que sea el mayor glaciar de Europa. ¡Esto es la monda! —exclamé pidiendo foto ante la impactante lengua del glaciar *Vatnajökull*.

Aquel día lo agotamos completo viendo cosas. Tanto es así que, a eso de las doce de la noche, paramos en el lago *Jökulsàrlón* y estuvimos viendo icebergs.

Lo mejor de todo es que aquella preciosidad sí que pudimos disfrutarla a solas Alessandro y yo, dada la hora que era. Y no tenía desperdicio.

—¡Mira, mira allí! —le señalaba con el dedo.

—¡Y allí también! —indicaba él. Y es que los trozos de hielo impactaban contra el agua y eso, desde luego, no era algo que nosotros estuviéramos acostumbrados a ver. Ni tampoco aquellas bonitas aves campado a sus anchas ni las focas, que también tuvimos la suerte de contemplar.

El resto de los días decidimos tomarlos con algo más de calma, porque aquello era un trajín impresionante. Por esa razón, dosificamos lo que deseábamos ver. Incluso uno de ellos quedamos con Carolina y Héctor para ir de excursión juntos.

Fue el día que decidimos que era hora de estirar las piernas y darnos una buena caminata por las montañas de *Lonsöraefi* que también nos dejaron petrificados.

Para no perder la costumbre nos hicimos mogollón de fotos, pero ese día con un atractivo añadido.



—¡Vaya tonalidades de colores más alucinantes! — Carolina entendía mucho de fotografía y lo que estaba sacando parecían postales más que fotos.

—Desde luego que esto ha superado todas mis expectativas —Alessandro lo tenía claro y yo asentía. Había sido todo un acierto elegir Islandia para nuestra luna de miel.

—Y las mías, pero yo cogí una cogorza mortal anoche y voto porque nos echemos un ratito aquí —Héctor no podía con su vida.

—¡Buena idea! —a todos nos apeteció comernos el picnic que llevábamos en aquel mullido musgo en el que daban todas las ganas de acampar.

Ese día lo terminamos en *Seydisfjörður*, un encantador pueblecito de casitas de colores donde llegaban los barcos que procedían de las Islas Feroe.

Pensándolo bien, no... hubo una parada más...

—¡Yo necesito una cerveza! —me metí sin consultar en el bar El Grillo, en un pueblecito del mismo nombre.

Héctor nos contó que había leído sobre ese bar y que hacía referencia a un barco español que fue robado por los nazis y después hundido por los islandeses durante la Segunda Guerra Mundial. Y allí que nos encaminamos a ver el barco, que sigue en su sitio.

El caso es que en Islandia descubrimos que el tiempo pasaba demasiado rápido y cuando nos quisimos dar cuenta ya estábamos preparando el equipaje para volver a casa.

Camino del aeropuerto, fuimos fijando en nuestra retina todo lo que aquellos paisajes nos deparaban y Alessandro y yo hicimos la promesa de que algún día volveríamos, probablemente en invierno, para que Islandia nos enseñara su cara nevada.

—¿Lo has pasado bien? —el avión acababa de despegar y a lo lejos veíamos la silueta de la isla.

—Lo he pasado mejor —le di un beso y me acurruqué en su pecho.

Estábamos tan cansados y cargados de emociones que la vuelta la hicimos casi todo el tiempo dormidos.

Al bajar del avión olía a la Toscana, a nueva vida, a casa y a ilusión. Olía a amor.

## Epílogo



3 años después

—No para, esta criatura no para —la yaya corría detrás del pequeño de Carlo, de dieciocho meses.

—¿Acaso creías que no ibas a tener faena cuando yo me fuera de casa, yaya?

—Sí, ilusa de mí. Creía que me iba a aburrir. Ahora que una cosa te digo, como si se quiere llevar por delante todos los adornos de la casa. Nos tiene locos al abuelo y a mí.

—¡Y a la abuela! ¿O qué pasa? —Laura saltó como si tuviera un muelle en el culo.

—Es verdad, Laura. A este niño no le falta cariño —la yaya la metió enseguida en el ajo.

—¡Ni que yo me entere! —mi padre y su oído selectivo, que le había hecho salir a medio afeitarse.

—¡Tú a lo tuyo! —le saqué la lengua —que tienes contentas a todas tus fans.

—Eso, tú recuérdamelo. La ruina me vais a buscar entre todas. Aquí el único que me entiende es mi yerno. ¿A qué sí, Alessandro?

—Suegro, yo ya he aprendido que en boca cerrada no entran moscas —me cogió por la cintura y me dio un beso.

—Bueno, pues entonces estoy apañado.

—Lo que estamos es todos contra ti —Laura se asomó y le guiñó el ojo.

—No le demos mucha caña, que todavía nos hace un quiebro y se nos quita de en medio como en aquella telenovela que dejó a la muchacha compuesta y sin novio —reí.

—Esa estuvo bien —apuntó.

—No tendrás valor —Laura le hizo un gesto de que lo tenía fichado.

Era una mañana feliz para todos nosotros. Mi padre y Laura celebraban una fiesta por su compromiso, pedida de mano incluida.

El, como buen galán, se estaba haciendo esperar e iba un poco atrasado. Las mujeres estábamos listas y bajamos a la cocina. Los dejamos a él y a Alessandro conversando sobre los mártires que eran, ¡aquello era una diversión! El yerno era el que le daba consejos al suegro. ¡El mundo al revés!

Laura estaba guapísima con un vestido de dos piezas de larga falda con abertura en tafetán de color rojo y corpiño con transparencias y media manga que le hacía un juego espectacular.

—¡Por fin llegó el día! —reíamos las tres en la cocina.

—Bueno, es el primer paso. Para la boda vamos a tener que amarrarlo —ella negaba con la cabeza.

—Sabes que no. Ya todo es fachada. No abe vivir sin ti. Te digo que está entusiasmado.

—Lo sé, lo sé, Lo mío me ha costado quitarle la coraza. Nunca lo hubiera podido hacer sin vosotras.

—Y para nosotros ha sido un placer —en Laura había encontrado a otra figura materna, aparte de la de la yaya.

Por fin todo en mi vida estaba a mi gusto. Mi relación con Alessandro era un cuento de hadas en el que cada día las cosas iban mejor. Después de la boda disfrutamos de aquella

impresionante luna de miel y a la vuelta nos instalamos en su casa.

En él encontré al hombre atento y detallista que hacía que por momentos me enamorara más de aquella preciosa sonrisa que un día me cautivó.

Y encima ahora tenía esa sonrisa por duplicado, porque nuestro hijo no se podría parecer más a mi marido.

—A mí me ha venido de perilla porque además con eso os he “robado” a la yaya —con eso yo estaba encantada.

—Sí, sí, villana, has salido ganando —rio Laura.

—Pero yo que soy, ¿cómo la falsa moneda? Que de mano en mano va y ninguna se la queda —bromeó la yaya.

—Todo lo contrario, yaya. Nos peleamos por tenerte —volví a abrazarla.

Cuando Carlo nació, Laura ya vivía con mi padre y pensaron que podrían apañarse con una persona de servicio externo y con Bruno. Yo seguía escribiendo mis novelas y necesitaba una persona de mi total confianza. Yaya se trasladó a vivir con nosotros, ya que a Alessandro le pareció sensacional.

Él seguía trabajando en el programa de la tele y cada día cosechaba más éxitos y yo me sentía de lo más orgullosa.

—Yaya, agua —el pequeño ya balbuceaba muchas palabras y nos tenía a todos el seso sorbido.

La yaya le dio agua y lo empezó a pasear cantándole por toda la cocina. Él se moría de risa y cantaba con ella. La imagen era de lo más tierna.

La fiesta de pedida iba a celebrarse en los jardines de nuestra casa, como ya era tradición. Y yo estaba esperando a las chicas, que vendrían, como no podría ser de otra manera.

De hecho, fueron las primeras en llegar. Es lo que tenía ser ya de la familia.

—Ya estamos todas —Georgina avanzaba resoplando con la pequeña Alegria, que era otro bicho viviente y venía con los ojos abiertos como platos, extendiendo sus bracitos para ver qué podía pillar.

—¡Te veo relajada! —me seguía encantando buscarle la lengua.

—¿Relajada? Me ha cogido las ondas del pelo y me las ha dejado lisas. A mí me va a dar algo. Esta niña no deja títere con cabeza.

—¡Matteo esta mujer necesita una boda y la necesita ya! —bromeé —A ver si así se calma un poco. Os tenéis que casar.

—¿Qué dices de boda, loca? Lo que necesito es una tila y soltarla hoy todo el día con el padre. Se la puso a Matteo en los brazos y salió zumbando hacia un espejo.

—¡Qué no cunda el pánico! —ahora Mudiwa os los cuida —Nicoletta venía con su pequeño hijo de la mano. Tenía cuatro añitos y él fue el primero en llegar a nuestras vidas. Ella y Hans lo adoptaron y no descartaban hacer lo mismo con otro, ahora que ya vivían en Florencia.

—¡Si es que este niño es más bueno que el pan! —la yaya cogió a Mudiwa en brazos. También lo adoraba. Su llegada a nuestras vidas fue muy especial y al peque le había cambiado la suerte por completo. Era muy bueno y, al ser el mayor, presumía de que cuidaba de sus primos.

—No, Mudiwa, en brazos no puedes coger a Alegria, que es muy pequeña y se te puede caer —Nicoletta tan prudente como siempre.

—Pero Mudiwa puede...

—¡Claro que puede, mujer! Si tiene más sentido que todas nosotras juntas —Georgina estaba sofocada —Una copichuela, yo quiero una copichuela en vena —rogó —¿No hay nada de beber en esta casa para una pobre moribunda? —volteó los ojos.

—¿Y para una forastera recién llegada? —no podía creer lo que escuchaban mis oídos.

—¡Alisa! No te esperábamos...

—Ya lo sé, ya lo sé. Se me complicó mucho el viaje, pero al final he pensado que una fiesta en esta casa sin mí no iba a ser lo mismo y aquí estoy porque ya he venido —puso un gesto que nos hizo reír mientras la abrazábamos.

Mi prima había comenzado a trabajar, por mediación de mi padre, de maquilladora para una productora de televisión y viajaba más que la mochila de “El Fugitivo”, pero allí la teníamos.

—¿Vienes sola?

—¿Y con quién quieres que venga? Conmigo misma que es la mejor compañía del mundo —ella sí que era un alma libre, pero del todo.

—¡Ay, cuánto petardillo junto! —fue cogiendo a los peques, a los que también adoraba, pero apenas tenía ocasión de ver, porque ella nunca había vivido en Florencia y ahora lo suyo ya era caótico.

—Uno de esos te hacía falta a ti —la yaya y sus teorías.

—¿A mí, yaya? No me dieran más tormento. Muy monos, pero pasada la primera media hora me dan urticaria, no puedo remediarlo —era un caso mi prima.

—Ya será menos, hija. Si son unos angelitos del cielo.

—Yaya, se ha partido —el pequeño Carlo se acababa de cargar una taza que estaba en una de las baldas de la cocina.

—¿Se ha partido o la has partido? —fui hacia él.

—Se ha partido, mami. Sola —provocó las risas de todas.

—¿Veis? A eso me refería. Yo no necesito un demonio así. Lo que necesito es un lingotazo también que el avión me ha dejado seca —Alisa seguía erre que erre.

—Hija, pues para la sed te preparo yo un zumito, que es más sano —la yaya siempre tan servicial.

—Más sano, pero más aburrido —resopló.

—Aquí vengo con munición y de la buena —Georgina traía una buena botella de vino que había sacado Laura. Era de su bodega. Desde que la teníamos en nuestra vida siempre bebíamos un vino de categoría.

—Es un Gran Reserva, para las ocasiones especiales y esta lo es —Laura estaba pletórica.

Dejamos a los respectivos niños con los padres y brindamos las mujeres de la casa.

—¡Por el amor! —chocamos las copas.

Eso, que ya solo nos falta buscarle un churri a la yaya —solté y me quité de su lado, porque sabía que cobraba.

—Esta niña no tiene enmienda. Para eso estoy yo ya, vamos...

—Pues será porque tú no quieras yaya, pero yo estoy con Mikaela, por una vez y sin que sirva de precedente. Un buen meneo te iba a saber a gloria...—Georgina también tenía tela de valor.

La yaya nos mandó a todas callar muerta de la risa y hasta se atragantó con el vinito.

—Wow —dijimos todas cuando vimos bajar a mi padre con su esmoquin. Estaba increíble. Seguía siendo el galán de siempre.

—¿Merecía la pena o no insistir? —Laura lo cogió del brazo y él le dio un amoroso beso en la frente. Hacían una pareja preciosa.

Conforme salimos al jardín, empezaron a llegar el resto de los invitados.

Lo más granado del mundo de las telenovelas y del vino se dio cita en nuestra fiesta. El próximo enlace de mi padre había levantado mucha expectación ya que desde siempre había sido un soltero de oro.

Helena y Francesco, los padres de Georgina, no podían faltar a la cita, como tampoco podían hacerlo Stella y Demitrius, que ya hacía dos años que se habían casado.



La suya fue una boda espectacular en Atenas, con miles de invitados y en la que no faltaron estrellas de rock de talla internacional y hasta una fastuosa noria, entre otras decenas de entretenimientos. Era lo que tenía casarse con un millonario. Desde entonces, siempre nos reíamos con Nicoletta, bromeando al respecto.

—Ahora eres la heredera de un imperio, chica —Georgina volvía a la carga siempre que podía.

—¡Vaya cosa! Ya sabéis que a mí eso me importa un bleo —y lo mejor es que lo decía en serio —Si algún día tuviera dinero, sería para organizar mi propia ONG, algún proyecto sensacional que...

—Te juro que flipo contigo. Te admiro. Todas pensando en darnos la vida padre y tú...—ya comenzaba a estar achipasdilla. ¡Pronto empezábamos!

—Si yo fuera tú le hacía la pelota a tu padrastro hasta el día del juicio final.

—¡Anda ya!

—Que no, dice. Ya te diría yo. Oye y cambiando de tema, ¿sí o sí nos vamos de viaje este verano? Ni se te ocurra decirme que no, Mikaela, que me muero.

—Pues claro que sí. Alessandro ya lo ha preparado todo. En estos días coge los billetes. Nos vamos a España, a la costa de Cádiz, que dicen que es un paraíso.

—Para mí es un paraíso todo lo que sea desconectar. Te juro que le pienso soltar a la niña a Matteo en cuanto lleguemos allí y no la vuelvo a coger hasta que no me suba al avión, de vuelta.

—¡Mira que eres burra! Hasta con tu propia hija...

—Si yo la adoro, pero lo único que me pasa es que estoy un poco estresada. Necesito...

—Yo creo que lo que necesitas es un buen polvo. ¿Estáis bien? —arqueé la ceja.

—No podrías haberlo dicho mejor —señalaba con el dedo —Estamos bien, pero la niña no duerme y no hay intimidad. Y

a mí ya me hierve la sangre. Yo necesito una noche entera de pasión.

—¡Pues haberlo dicho, merluza! Eso está arreglado. Este fin de semana nos quedamos a nuestra sobrina nosotros.

—¿En serio me lo dices?

—Y tan en serio. Ya verás lo contenta que se pone la yaya cuando se lo diga...

—¡Te como a besos! Y luego cuando la recoja me como a la enana, pero yo necesito...

—Ya te he entendido. No hace falta que me lo cuentes con pelos y señales, cabrona.

Salió corriendo con la copa en la mano y, ni corta ni perezosa, se acercó a Matteo.

—Guapo, este fin de semana va a haber tema, pero tema —le sacó la lengua.

—¿Qué dices, loquilla? —lo dejó a cuadros, estaba con Alessandro y Hans, que empezaron a reírse diciendo que ellos también querían y nos miraban.

—Pues lo que has escuchado y todo gracias a aquella petarda —me señaló desde lejos —Matteo se tiraba al suelo de risa.

—Tú ríete, pero te pienso exprimir como a un limón —ella lo tenía clarito y lo cogió allí mismo del cuello y le dio un beso espectacular.

—Que corra el aire —carraspeó mi padre, quien en cierto modo todavía nos veía como a niñas y aquellas escenas le chocaban tela.

El momento de la pedida de mano fue increíble. Mi padre, después de todas las que le había hecho a Laura, por fin estaba convencido de que era la mujer de su vida y todos alucinamos con sus palabras.

Estaba tan nervioso que se había aprendido el guion de memoria. Y yo lo había repasado hacía unos días con él como antaño hiciera con sus papeles.

“Querida Laura. Tengo que dar gracias al universo porque estés aquí conmigo. Quiero decir, a mi lado y sin salir corriendo. Te he dado suficientes motivos durante un tiempo como para que desconfiaras de que era un hombre que mereciera la pena. Y, sin embargo, no me has fallado nunca. Cuanto vas me apartaba de ti, más te acercabas. Cuantos más muros levantaba, más derribabas. Cuando más indiferencia te mostraba, más cariño derrochabas. Créeme, que eran mis miedos y no otra cosa los que no me permitían estar contigo, pero sí apreciaba la pasta de la que estabas hecha. Me has demostrado que el amor y la perseverancia pueden con todo y que, cuando dos personas están predestinadas, nada puede separarlas. En ti he descubierto el concepto de compañera de viaje que no conocía. Eres la última cara que quiero ver cada noche antes de dormir y la primera al levantarme. Gracias, por existir y por ser mi faro, mi amada Laura”.

Todos los invitados rompieron a aplaudir y la yaya y yo llorábamos como dos niñas pequeñas. El pequeño Carlo cogía mis lágrimas con sus deditos.

—No llores mami. Carlo es bueno —me comía a mi bebé.

—Carlo es muy bueno y nuestra vida es muy bonita.

Alessandro me dio un beso en el cuello.

—Yo te quiero mucho, pero a mí no me hagas decir todo eso en público que uno tiene su reputación —me iba diciendo mientras llegábamos a la altura de los chicos, con ganas de guasita.

—Más reputación que tenía mi padre y mira. Yo nunca creí escucharle decir ese tipo de cosas. Me dejó impresionada cuando me enseñó lo que había escrito.

—Esto te puede servir de inspiración para una de tus novelas —Nicoletta estaba emocionada. Ella era muy sensible.

—Y a mí también —Hans, que no era demasiado efusivo, tenía las lágrimas a punto de rodar por sus mejillas.

Todos nos quedamos mirando.

—¿Qué te pasa, cariño? —le dijo ella.

—Eso papá, ¿qué te pasa? El pequeño Mudiwa le tiraba la chaqueta...

—Pues que me he emocionado y que yo no tengo un discurso preparado como el de Luca, Nicoletta, pero también me quiero casar contigo. Tenemos una preciosa familia y quiero que sellemos nuestro amor.

—Y yo también quiero, cariño mío —ella saltó a sus brazos y los seis nos quedamos locos. No lo esperábamos —Eso sí, vamos a tener que esperar un añito porque yo quiero ir estupenda y me da a mí que con esto...—se señaló la barriga.

En ese momento, Hans comenzó a llorar como un niño y salió corriendo con ella en brazos. Mudiwa los miraba incrédulo sin saber muy bien lo que estaba pasando y los demás aplaudíamos y vitoreábamos.

—¡Qué calladito lo tenías! —Georgina y yo fuimos directas para Nicoletta tan pronto puso los pies en el suelo.

—Pues no entraba en nuestros planes, pero ha pasado y estoy como loca. Eso no impide que volvamos a adoptar en unos años. Yo quiero una familia numerosa.

—¡Ay, Dios! ¡Dime por favor que estás borracha! —Georgina hizo con la mano el gesto de pegarse un tiro en la sien.

—¡Pues claro que no estoy borracha! A mí me encantan los niños...

—Y a mí también, pero fritos y con cebolla —era una jodida total.

—Pues a mí sí que me gustan, Alessandro me cogió de la cintura y esta vez echamos a andar juntos por el jardín.

—Y a mí, ya lo sabes —le sonreí.

—Pues por mí vamos a por el siguiente esta misma noche —me guiñó un ojo —Yo creo que Carlo estaría entusiasmado con un hermanito.

—O con una hermanita...

—Eso me cuesta más encajarlo. Tener una niña y que venga el día de mañana uno a vacilarle, me llevan los demonios solo de pensarlo...

—¿Tendrás cara?

—Yo, ¿por qué? Yo nunca le he vacilado a nadie —me cogió en brazos y salió corriendo.

—Tú eres un jeta y me hiciste pasar una temporada que vaya —me encantaban aquellos gestos espontáneos suyos.

—¿Yo? Bueno algo de eso hay, pero luego te convertiste en una chulilla por la que bebía los vientos y ahí me las diste todas juntas.

—Claro, se llama karma —le di un apasionado beso.

—No podría haber vivido sin ti, mi niña. No hubiera soportado que pasaras de mí. Te quiero más que a mi vida, Mikaela.

—Y yo a ti, Alessandro.

Nos sentamos en el césped y nos quitamos los zapatos, como hicimos el día de nuestra boda al final del convite. Desde entonces, habíamos sido inmensamente felices. Con Alessandro descubrí el amor en estado puro y ahora estábamos formando una preciosa familia, sin dejar de ser uno solo, él y yo.

—¡Eres todo para mí, preciosa!

—Y tú para mí, Alessandro. Yo tampoco hubiera podido pasar de ti.